



LONDON BOULEVARD

No todos los criminales quieren serlo

KEN BRUEN

Lectulandia

Mitchell ha pasado tres años en prisión por un delito que ni siquiera recuerda haber cometido. Al salir en libertad, su amigo Billy, que trabaja para un mafioso londinense, lo introducirá, sin que él lo quiera, en el ambiente de extorsión, drogas y violencia del sur de la ciudad. Intentando dar cierta normalidad a su vida, Mitchell comienza a trabajar en la mansión de Lillian Palmer, una actriz que es celosamente atendida por un extraño y misterioso mayordomo. La vida de Mitchell se convierte así en un huracán que lo zarandea en un mundo cada vez más violento, hasta que, en el momento en el que la vida de su hermana es amenazada, se verá obligado a actuar, descubriendo que las cosas nunca han sido como él creía.

Una trepidante historia de supervivencia y venganza del premiado Ken Bruen, llevada al cine por el ganador de un Oscar, William Monahan, con Colin Farrell y Keira Knightley como protagonistas.

Lectulandia

Ken Bruen

London Boulevard

ePub r1.0

Titivillus 26.04.15

Título original: *London Boulevard*

Ken Bruen, 2001

Traducción: Jesús M^a Abascal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO



epublibre



Este libro está dedicado:

USA

Bernadette Kennedy

IRLANDA

Dr. Edna O'Byrne

Primera parte

1

Esto lo aprendí en la cárcel. Compulsión es cuando haces algo de modo repetitivo. Obsesión es cuando piensas en algo de modo repetitivo. Por supuesto, también aprendí otras cosas. Aunque ninguna tan clara.

Tan bien definida.

El día de mi puesta en libertad el director de la prisión me llamó para charlar.

Me tuvo allí esperando mientras se inclinaba sobre su mesa, con la cabeza metida entre papeles. Todo un modelo de laboriosidad. Tenía la coronilla calva como el príncipe Carlos, lo que me hizo sentir bien. Me concentré en ella. Al final levantó la cabeza y dijo:

—¿Mitchell?

—¿Sí, señor?

Me sabía el juego. Estaba a poco más de un cigarrillo de la libertad. No iba a hacer ninguna tontería. Su acento era de algún lugar del norte. Lo había pulido, pero aún destilaba cierto tufo a Yorkshire y toda esa mierda.

—¿Cuánto tiempo has estado con nosotros?

Como si no lo supiera.

—Tres años, señor —le contesté.

Resopló como si casi no pudiera creerlo. Hojeó mis papeles.

—Rechazaste la libertad condicional.

—Quería pagar toda mi deuda, señor.

El guardia que tenía detrás soltó un bufido. Por primera vez, el director me miró directamente. Ambos mantuvimos la mirada.

—¿Sabes lo que es la reincidencia?

—¿Señor?

—Los que reinciden es como si estuviesen obsesionados con la cárcel.

Sonreí un poco.

—Creo que confunde obsesión con compulsión. —Y le expliqué la diferencia.

Selló mis papeles.

—Volverás.

Iba a replicar «sólo en la reposición», pero pensé que sería una pérdida de tiempo citar a Arnie en *Desafío total*.

—No ha sido buena idea darle conversación —me dijo el guardia en la verja de salida.

Levanté la mano derecha y repuse:

—¿Qué más podía hacer?

No había nadie para recogerme. Me quedé de pie fuera de la prisión, esperando. No miré atrás. Llamadlo superstición, si queréis. Mientras aguardaba junto a Caledonian Road me pregunté si tendría pinta de convicto. De exconvicto.

De fugado.

Sí, de fugado. De eso también.

Tenía cuarenta y cinco años. Medía cerca de uno ochenta y pesaba casi ochenta y dos kilos. No obstante, estaba en forma. Me había machacado en el gimnasio y se me daban bien las pesas. Cualquiera cosa para liberar endorfinas. Un subidón natural. ¡Joder!, lo necesitabas allí dentro. Sudar hasta el límite y más allá. Tenía el cabello blanco pero abundante aún, y los ojos oscuros. La nariz rota, redimida por una boca generosa.

¡Generosa!

Me encanta esa descripción. Me la dijo una mujer a los veintitantos. A ella la perdí, pero me quedé con el adjetivo. Uno rescata lo que puede.

Una furgoneta se detuvo e hizo sonar el claxon. Se abrió la puerta y salió Norton. Nos quedamos frente a frente un momento. ¿Era mi amigo?

No lo sé, pero allí estaba. Había aparecido, así que éramos lo bastante amigos.

—Hey —le dije.

Sonrió, se acercó y me dio un abrazo. Sólo éramos dos tíos abrazándose frente a una penitenciaría de Su Majestad. Deseé que el director estuviese observando.

Norton era irlandés e impenetrable. ¿No lo son todos? Detrás de toda la cháchara hay un montón de cosas ocultas. Tenía el pelo rojo, la piel pálida y la complexión de un galgo astuto.

—¡Dios!, Mitch, ¿cómo estás?

—Fuera.

Tardó un poco en pillarlo, me dio una palmada en el brazo.

—Fuera... Ésa es buena. Me gusta... Vámonos. La cárcel me pone nervioso.

Subimos a la furgoneta y me pasó una botella de Black Bush con un lacito verde.

—Gracias, Billy.

Casi pareció tímido al responder:

—Oh... es un detalle... por tu libertad... La celebración de verdad es esta noche... Y toma... —Sacó un paquete de Dunhills, de la variedad de lujo en caja roja —. Pensé que te morirías por uno hecho a medida.

Todavía tenía el paquete de papel marrón que te dan al soltarte. Cuando Norton arrancó el motor, dije:

—Un segundo. —Y lo tiré por la ventanilla.

—¿Qué era eso?

—Mi pasado. —Abrí el Bush y le di un buen trago. Quemaba. ¡Guau!, como siempre. Le ofrecí la botella a Norton, pero meneó la cabeza.

—Nah, no mientras conduzco.

Lo cual era gracioso, estando medio pedo como estaba. Era más que aficionado a la cerveza. Mientras nos dirigíamos hacia el sur siguió parloteando sobre la fiesta. Desconecté.

La verdad es que ya me había cansado de él.

—Te haré el tour pintoresco —dijo Norton.

—A tu bola.

Sentía cómo se me subía el *whisky*, lo que tenía toda clase de efectos en mí. Principalmente, me hacía impredecible. Ni siquiera yo podía saber qué ocurriría.

Giramos en Marble Arch y, cómo no, el semáforo en rojo nos detuvo. Apareció un tipo junto al parabrisas y empezó a limpiarlo con un paño sucio.

—¡Putos limpiadores de los semáforos! —gritó Norton—. ¡Están por todas partes!

El tío ni siquiera se esforzó: dos pasadas rápidas que dejaron marcas de suciedad en el cristal. Luego se asomó a mi ventana.

—Cuatro libras, amigo.

Me reí y bajé la ventanilla.

—Necesitas otra estrategia, colega.

El pelo largo y grasiento le llegaba a los hombros. Tenía la cara delgada y unos ojos que habría visto un centenar de veces en el patio de la cárcel. Los de un depredador al acecho. Echó la cabeza atrás y escupió.

—Ay, Dios —dijo Norton.

Ni me moví.

—¿Tienes una llave de tubo? —le pregunté.

Norton sacudió la cabeza.

—Mitch, Dios, no.

—Vale —dije.

Y salí.

El tipo estaba sorprendido pero no retrocedió. Le cogí el brazo y se lo rompí contra mi rodilla. Regresé a la furgoneta y el semáforo cambió a verde. Norton aceleró a toda prisa, gritando:

—¡Por Dios, Mitch, eres un cabrón trastornado! Llevas fuera... ¿Cuánto? Diez minutos... y ya estás otra vez. No puedes perder la cabeza así.

—No la he perdido, Billy.

—¿Cómo? ¿Romperle el brazo al tipo ese no es perder la cabeza?

—Si la hubiera perdido, le habría roto el cuello. Norton me echó una mirada llena de ansiedad.

—Bromeas... ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

2

- Creo que te sorprenderá el lugar que te he encontrado —dijo Norton.
- Considerando lo cerca que está de Brixton, claro.
- Es Clapham Common. Desde tu... ausencia... se ha vuelto más moderno.
- Oh, mierda.
- No, está bien... Es igual. Un escritor se metió en un buen lío con unos prestamistas y tuvo que salir pitando. Lo dejó todo: ropa, libros... Está todo listo.
- ¿Sigue Joe en The Oval?
- ¿Quién?
- El vendedor del *Big Issue*^[1].
- No lo conozco.
- Estábamos llegando a The Oval.
- Ahí está —dije—. Para.
- Mitch... ¿Quieres comprar el *Big Issue* ahora?
- Salí y me acerqué. Joe no había cambiado. Despeinado, sucio y jovial.
- Hola, Joe —saludé.
- Mitchell... Dios santo, oí que pasabas un tiempo a la sombra.
- Le alargué uno de cinco.
- Dame un ejemplar.
- No se mencionó el cambio.
- ¿Te hicieron daño allí dentro, Mitch?
- Nada que se vea.
- Buen chico. ¿Tienes un pitillo?
- Le di el paquete de Dunhills. Les echó un vistazo.
- Lights.
- Sólo lo mejor para ti, Joe.
- Te has perdido el Mundial.
- Y un montón de cosas más, pensé.
- ¿Cómo nos fue? —pregunté.
- No ganamos.
- Oh.
- Siempre está el críquet.
- Sí, siempre nos quedará eso.



Tres años en prisión y pierdes

tiempo
compasión
y la habilidad de que te sorprendan.

Estuve a punto de quedar asombrado cuando vi el apartamento. Toda la planta baja de una casa de dos alturas. Y estaba bien decorado, con todo tipo de colores pastel y estanterías con libros de pared a pared. Norton se quedó atrás para observar mejor mi reacción.

—Dios —dije.

—Sí, ¿verdad? Ven a ver el resto.

Me condujo al dormitorio. Cama doble. Abrió los armarios, que resultaron estar llenos de ropa.

—Aquí tienes Gucci, Armani, Calvin Klein y otros hijos de perra que no sé ni pronunciar —dijo Norton, imitando a un dependiente—. Las tallas van de la mediana a la grande.

—Con la mediana me basta.

De vuelta al salón, Norton abrió el mueble bar. También lleno.

—¿Qué te apetece?

—Una cerveza.

Abrió dos botellas y me pasó una.

—¿No hay un vaso? —pregunté.

—Ya nadie bebe en vasos.

—Oh.

—*Slàinte*, Mitch, y bienvenido a casa.

Bebimos. La cerveza sabía genial. Señalé el apartamento con la botella.

—¿Cuánta prisa tenía el tipo ese por dejar todo esto?

—Muchísima.

—¿No querrán los usureros algo de ello?

Norton sonrió.

—Ya he hecho el reparto.

Tardé en cogerlo un minuto. Maldita cerveza.

—¿Tú eras el prestamista?

Una gran sonrisa asomó a su rostro. Estaba orgulloso. Había esperado el momento.

—Soy parte de una empresa... y nos gustaría tenerte a bordo.

—Creo que no, Billy.

—Oye, no digo ahora mismo. Tómate algún tiempo, relájate.

Relajarme.

Cambié de tema.

—No sé cómo agradecértelo, Billy. Es increíble.

—No te preocupes. Somos colegas... ¿verdad?

—Claro.

—Okey. Tengo que irme. La fiesta es a las ocho en The Greyhound. No llegues tarde.

—Allí estaré. Gracias otra vez.

3

Briony está como una cabra. Una auténtica chalada de remate. Había conocido algunas mujeres seriamente perturbadas. ¡Joder!, hasta había salido con ellas, pero al lado de Bri eran ejemplos de cordura. El marido de Bri murió hace cinco años. No fue una gran tragedia, ya que el tipo era un gilipollas. La tragedia era que ella no creía que se hubiera ido. Le seguía viendo en la calle y, lo que es peor, hablaba con él por teléfono. Como todo lunático, tenía momentos de lucidez. Ratos en los que parecía

racional
coherente
funcional

... y entonces ¡zas! Te cogía de sorpresa con algún acto de increíble locura.

Además, tenía un encanto seductor que te atrapaba. Se parecía a Judy Davis, especialmente a la Judy Davis que salía con Liam Neeson en la película de Woody Allen. Su *hobby* era hurtar en las tiendas. No sé por qué nunca la cogen, ya que lo hace con una imprudencia difícil de creer. Bri es mi hermana. La llamé por teléfono. Contestó a la primera.

—¿Frank?

Suspiré. Frank era su marido.

—Soy Mitchell.

—Mitch... oh, Mitch... Has salido.

—Hoy mismo.

—Oh, qué contenta estoy. Tengo mucho que contarte. ¿Puedo hacerte la cena?
¿Tienes hambre? ¿Te han matado de hambre?

No sabía si reír o llorar.

—No... no, estoy bien... Escucha, quizás podamos vernos mañana.

Silencio.

—Bri... ¿sigues ahí?

—¿No quieres verme en tu primera noche? ¿Es que me odias?

Contra lo que dictaba mi instinto, le conté lo de la fiesta. Al instante, su voz se iluminó.

—Llevaré a Frank.

Quise gritarle: «¡Eh, puta lunática, pon los pies en la tierra!».

—Vale —dije en cambio.

—Oh, Mitch, estoy tan emocionada. Te llevaré un regalo.

Oh, Dios.

—Como quieras.

—Mitch... ¿Puedo preguntarte algo?

—Ahm... claro.

—¿Te violaron en grupo? ¿Te lo hicieron?

—Bri, tengo que irme, te veo luego.

—Adiós, cariño.

Colgué el teléfono. Vaya, estaba agotado.



Recorrí el armario de la ropa durante un rato. Cuando has llevado vaqueros y una camisa de rayas durante tres años, cualquier cosa es como la cueva de Aladino.

Primero saqué una pila de Tommy Hilfiger y la metí en una bolsa de basura. Toda esa mierda hortera... quizá Oxfam pudiera encargarse de ella. Había una chaqueta de cuero Gucci bien rematada. Ésa me la quedaba. Montones de camisetas blancas Hannes, del tipo que inmortalizó Brando en *La ley del silencio*. Los tíos de la prisión matarían por aquellas camisetas americanas para musculitos.

No había vaqueros.

Sin problema.

Pantalones Gap color caqui, media docena. Una cazadora de French Connection y sudaderas de Benetton.

No sé si ese tipo tenía gusto, pero fijo que tenía dinero.

Bueno, dinero prestado.

Había una chaqueta Barbour y un chubasquero de London Fog. ¡Joder!, me iba a convertir en un exconvicto vestido para cualquier ocasión. Lo extraño del caso es que no había calzado a la vista. Pero no me quejé. Qué cojones, yo ya tenía un par de zapatos.

Me di una ducha caliente y usé tres toallas para secarme. Habían sido robadas del Holiday Inn, así que eran suaves y agradables. Lo que más me apetecía era otra cerveza, pero sabía que tenía que tomármelo con calma. La noche que me esperaba sería dura y probablemente letal. Al menos, tenía que llegar sobrio. Le eché un vistazo rápido a los libros, toda una pared dedicada a escritores de novela policíaca. Vi a

Elmore Leonard

James Sallis

Charles Willeford

John Harvey

Jim Thompson

Andrew Vachss.

Y eso sólo en la primera pasada. ¡Buf! Podría quedarme sin salir nunca. Tan solo sumergirme en tantos crímenes.

Me puse una camiseta, unos pantalones caqui y la chaqueta de cuero, y me miré al espejo. Sin duda, podría pasar por un *roadie* de Phil Collins. Pensé: *Si tuviese dinero, sería realmente peligroso.*

Una mujer me sonrió bajando por Clapham Common. Sabía que era por la chaqueta. Había una cafetería de carretera en Old Town que solía ser fantástica. Seguía allí. El tipo de garito en el que si no está en la barra, no está en el menú.

Para un exconvicto, hay pocos placeres mayores que el de comer a solas. Cogí un reservado para mí solo, todo un lujo. Sabía exactamente lo que iba a pedir.

La pesadilla de carbohidratos, con un neón luminoso diciendo

URGENCIA MÉDICA

Dos salchichas

Beicon

Tomates fritos

Huevos

Morcilla

Tostada

Una taza de té humeante

Oh, sí. En el reservado contiguo había un vejete que me miraba.

Tenía el aspecto y las maneras de ser todo un personaje. Seguro que se llamaba Alfred.

Por supuesto, todo el mundo le querría. Alfred tendría su propia mesa en el *pub* y su propia jarra de peltre.

Sería el terror de los camareros novatos.

Mi comida llegó.

—Toda esa comida, hijo... ¿Sabes de dónde viene? —me preguntó el viejo.

—Tengo la sensación de que usted va a ilustrarme —le contesté sin levantar la cabeza.

Aquello le sorprendió, pero no lo bastante como para detenerse.

—Los tipos grandes como tú deberíais seguir una dieta de patata.

Alcé la cabeza y le miré.

—Los viejos como usted deberían meterse en sus propios asuntos.

Problema resuelto.

Intenté no devorar la comida. Ahora que estaba fuera iba a tener que readaptarme. Cuando terminé, me levanté y pagué. Al salir me detuve junto a Alfred.

—Encantado de charlar con usted —le dije.

Bajé por Streatham y entré en el banco. No estaba seguro de cuánto dinero tenía, ya que no envían extractos bancarios a la cárcel.

Lo que tendrían que hacer es enviar allí a los banqueros.

Rellené un impreso de retirada de fondos y me puse a la cola. La cosa iba lenta, pero yo sabía cómo matar el tiempo.

La cajera era simpática. Le pasé el impreso, introdujo unos datos en el ordenador.

—¡Oh! —dijo.

No dije nada.

—Es una cuenta inactiva.

—Ya no.

Me echó esa mirada. La cazadora de cuero no ayudaba a romper el hielo.

—Tendré que comprobarlo.

—Hágalo.

Un hombre detrás de mí suspiró.

—¿Va a tardar mucho? —preguntó.

Le dirigí una sonrisa neutral.

—No tengo ni la menor idea.

La cajera regresó con un ejecutivo.

—Señor Mitchell, acérquese a mi mesa, si es tan amable —dijo el señor Eficiencia.

Lo fui. Me senté y miré su escritorio. Había un cartel que rezaba

NOS PREOCUPAMOS DE VERDAD

Hizo algunas cosas de banqueros y luego:

—Señor Mitchell, su cuenta ha estado inactiva durante tres años.

—¿Va eso en contra de la ley?

Frunció el ceño.

Se recuperó.

—Oh, no... es que... mmmh... veamos... Con los intereses, usted tiene mil doscientas libras.

Esperé.

—¿Desea reactivar la cuenta?

—No.

—Señor Mitchell, ¿puedo sugerirle una cuenta de ahorro? Tenemos algunas ofertas muy atractivas para los pequeños ahorradores.

—Deme mi dinero.

—Ahm... por supuesto... ¿Desea cancelar su cuenta?

—Deje una libra... ya que «se preocupan de verdad».

Recibí mi dinero, pero ni un amistoso apretón de manos ni un saludo alegre.

Uno se pregunta cuánto se preocupan de verdad.



Hora de la fiesta. Me había echado una siesta y me desperté sobresaltado. El

corazón me latía y el sudor me chorreaba la espalda. No era porque pensara que seguía en prisión sino porque sabía que estaba fuera. Los chicos de la trena ya me habían advertido:

—Nada da más miedo que estar ahí afuera.

Supongo que por eso vuelven tantos.

—¡Y una mierda voy a volver! —juré en voz alta.



Hice cien abdominales y cien flexiones y después sentí cómo el pánico se desvanecía.

La cocina estaba llena de provisiones.

No había gachas de avena, gracias a Dios.

Tomé un zumo de naranja y una tostada quemada. Había un microondas, que usé para estropear un café. Me supo a mierda, que era exactamente a lo que estaba acostumbrado. Me duché y todo eso y pasé de afeitarme. Le di una oportunidad a aquella barba de tres días.

¿Qué era lo peor que podía pasar?

Parecerme al padre de George Michael.

Usé un desodorante de Calvin Klein en cuya etiqueta ponía «SIN ALCOHOL». Vaya, no me importaba un buen trago en ese momento.

Me senté un momento y me lié un cigarrillo. Había perdido práctica. Antes podía hacerlo con una mano. Ahora, si podía encender una cerilla sin quemarme era un éxito.

Inspeccioné la colección de música. Extrañamente, a pesar de que el lugar era de lo más moderno, el tipo no se había unido a la revolución del CD. Todo eran vinilos o cintas de casete. Por mí, genial.

Puse uno de Trisha Yearwood, una canción llamada *Love Wouldn't Lie to Me*.

La escuché dos veces.

Soy del sur de Londres. No empleamos palabras como «precioso», a menos que se trate de coches o de fútbol. Y aun así, es mejor mirar con quién estás en ese momento.

Aquella canción era preciosa. Despertó en mí sentimientos de

nostalgia

pérdida

remordimiento.

Mierda. Al rato estaría echando de menos a mujeres que nunca había conocido. Quizá fuese la cosa de «la crisis de los cuarenta».

Desperté del trance, hora de ir de fiesta. Me puse los pantalones caqui de Gap (muy ceñidos en la cintura, pero oye, no me importaba no poder respirar), una camiseta blanca y la cazadora.

Parecía elegante.

Como un imán para cualquier aprendiz de carterista.

El álbum seguía sonando. Trisha estaba haciendo un dueto con Garth Brooks.

Tuve que apagarlo.

Lo digo en serio: la música te puede joder la cabeza de mil formas distintas.

Lo que crees que es un pequeño accidente aislado acaba desatando una cadena de hechos que nunca habrías previsto. Piensas que tomas decisiones y en realidad lo único que haces es encajar las piezas de algo que ya está establecido de antemano.

Cogí el metro a The Oval. La Northern Line era tan desesperante como siempre. Dos músicos callejeros desaliñados destrozaban *The Streets of London*. Les di una contribución con la esperanza de que pararan.

No lo hicieron.

En cuanto terminaron, comenzaron de nuevo. A la salida de The Oval, Joe estaba allí con el *Big Issue*.

—¿Te apetece ir a una fiesta, Joe? —le pregunté.

—Ésta es mi fiesta, Mitch.

Cómo discutir eso.

Al otro lado de la carretera, un Aston Martin se detuvo junto a la catedral de San Marcos. Una mujer joven salió. Procedentes de los árboles de la iglesia se materializaron dos depredadores. No eran unos sin techo, sino unos rateros del tres al cuarto. Aquellos comemierdas empezaron a seguirla. Pensé en meterme, pero no quería fastidiar la cazadora.

—Adelante, Mitch —me dijo Joe.

Crucé la calle. Estaban ejecutando la típica emboscada de ciudad: uno enfrente hablando, el otro detrás a punto de atacar.

—Eh, chicos —grité.

Los tres se dieron la vuelta. Los depredadores tenían veintitantos, blancos, desagradables.

—¿Qué quieres, gilipollas? —dijo el primero.

—Sí, que te jodan, mamón —remató el otro.

Cuando estuve más cerca vi que uno era una chica.

—Dejad en paz a la señorita —dije.

El primero miró la marca de mi cazadora e hizo las conexiones mentales incorrectas.

—¿Y si no, qué, pijo de mierda?

—Esto.

Y le metí el dedo índice en el ojo derecho. Es una maniobra común de patio de cárcel. Cuando la cosa es seria, le sacas el globo ocular.

No fue así esta vez. No obstante, duele la hostia. Me moví hacia la ladrona.

—Voy a romperte la nariz.

Y corrió.

La mujer, la víctima en potencia, se me quedó mirando.

—No es un buen lugar para aparcar —le aconsejé.

Crucé la calle de regreso y pude escuchar la música procedente de The

Greyhound.

Gracias a Dios, no era *Streets of London*.

El *pub* estaba hasta la bandera. Una pancarta encima de la barra proclamaba:

BIENVENIDO A CASA, MITCH

Norton, vestido con un traje de Armani, me dio una efusiva bienvenida.

—Toma, un revólver.

—¿Qué?

—Es un cóctel.

—¿Qué lleva?

—Nada menos que Black Bush, dos medidas de Cointreau y ginger ale.

—Gracias, Billy, pero tomaré una pinta de cerveza amarga.

Varios maleantes de clase B se aproximaron para estrecharme la mano. La clase A estaba sentada y esperando que fuera yo el que me acercara.

Lo hice.

La fiesta era lo que Dominic Dunne llama «una jodienda de ratas». Demasiada gente. Por todas partes se cruzaban diferentes promesas de trabajo y los consabidos «llámame» como respuesta. Divisé a Tommy Logan, un capo de la droga en alza.

—Tommy, ¿podemos hablar? —le pregunté.

—Claro, hijo.

Tenía la mitad de mi edad.

—Te veo en forma —me dijo.

—Según para qué, ¿eh?

Ambos nos reímos, por cortesía.

—Necesito un favor, Tommy.

Me llevó al final de la barra, lejos del alcance de otros oídos. Aspiré hondo.

—Necesito algo de material.

El trabajo de Tommy consistía en no mostrar lo que pensaba o sentía.

—No te hacía aficionado a la aguja —me replicó, tras manifestar algo parecido al asombro.

—Es un caso aislado, por un amigo.

—Joder, Mitch, ése es el anzuelo... sólo una vez.

Ahí venía el discurso. Corté por lo sano.

—¿Puedes hacerlo? Necesitaría las jeringuillas, también. Una hipo... bueno, eso.

—Claro, lo tendrás listo para el final de esto. —Meneó la cabeza—. Me gustas, Mitch, así que todo lo que voy a decirte es que te lo tomes con calma^[2].

—Iris De Ment tiene una canción llamada *Easy*.

—¿Quién?

6

Briony parecía una radiante vagabunda indigente cuando llegó. Llevaba puesta alguna clase de bolsa de basura de diseño. Me dio un enorme abrazo.

—¿Te gusta mi vestido?

—Ahm...

—Lo robé de la tienda de Vivienne Westwood.

Antes de que pudiera contestar, me preguntó:

—Mitch, ¿quieres una Glock?

—Ya me he tomado un revólver.

Parecía desilusionada cuando dijo:

—Es una 9mm.

—Jesús, Bri, hablas en serio.

Rebuscó en su bolso.

—Te la enseñaré.

Le cogí de la mano.

—Por Dios Santo —le supliqué—, no saques un arma delante de esta gente... La cogeré más tarde, ¿vale?

—Okey, Mitch.

—Bri, ¿qué quieres tomar? —gritó Norton.

—Un Harvey Wallbanger.

Una mujer entró en el *pub*. Era la dama del Aston Martin.

—Disculpa un segundo —le dije a Bri.

—Luego se pasará Frank por aquí, Mitch.

El difunto Frank. Me aproximé a la mujer.

—Hola de nuevo. —Casi pegó un salto hasta el techo. Luego se recompuso.

—No te he dado las gracias.

—Encantado de ayudar... ¿Me has seguido hasta aquí?

—¿Qué? Dios mío, no... Tengo un asunto que atender.

Mi gozo en un pozo.

—¿Periodista?

—Sí, cualquier reunión de maleantes del sureste es noticia.

Miró hacia la barra. Allí, un grupo de hombres sombríos se hallaban inmersos en una conversación. Exudaban peligro.

—Esa parece una panda bastante desagradable.

—En efecto. Son policías.

Ella se rió.

—¿En serio? —preguntó.

—¿Quieres tomar algo?

—Agua mineral... Soy Sarah.

—Mitch.

Pensé en echarle algo de alcohol en el agua mineral para soltarla un poco. Luego pensé en dejar que las cosas siguieran su curso.

—Creo que es la fiesta de algún delincuente que acaba de salir de prisión —me dijo mientras tomaba un sorbo.

—Ese soy yo.

—Oh.

Bebí un poco de cerveza.

—No soy un criminal. Simplemente, estoy en paro.

—¿Y a qué te dedicas aparte de a rescatar mujeres? —preguntó cuando acabó de digerir aquello.

—Cualquier cosa que se te ocurra, puedo hacerlo.

—¿Manitas? —Se lo pensó un poco antes de seguir—. Tendré que comprobarlo. ¿Estás en la guía? —Le di mi número.

—¿No te preocupa recomendar a un exconvicto?

—Si consigues el trabajo, serás tú quien necesite tener cuidado.

Me reí, incapaz de tomarla en serio.

El primero de una serie de malos juicios.



Sarah se marchó, supongo que a investigar algo. Más tarde, Tommy Logan se acercó y me dio un paquete.

—Te debo una, Tommy.

Bri me cogió del brazo.

—Mitch, acabo de conocer a un joven divino.

—Ajá...

Con la otra mano sostenía la de un matón. Diecinueve o veinte años. Se parecía a David Beckham enfermo, pero tenía la sonrisa de satisfacción de un gángster en ciernes.

—Qué pasa, hermano —me dijo.

A menos que seas negro, no existe una verdadera respuesta a eso. Excepto chocar las palmas, pero no estaba de humor. Bri empezó a parlotear entusiasmada.

—Mitch, le he dicho que le tomarías bajo tu protección.

—No creo.

Ella aparentó sorprenderse en serio.

—¿No te gusta?

—Bri, no le conozco y no quiero conocerlo, así que déjalo.

Mi hermana desapareció entre la multitud. Di un par de vueltas más por allí y luego me harté. Vi a Norton.

—Bill, me abro —le dije.

—¿Qué... ya?

—Estoy acostumbrado a acostarme temprano.

—Oh, vale... escucha, sobre el trabajo...

—¿Prestar dinero?

—No es como crees. Sólo tendrías que venir conmigo una o dos veces por semana.

—Billy...

—No, escucha... El piso en el que estás, la ropa... No hace falta que te diga que nada es gratis en esta vida.

Demasiado para unos principios poco firmes como los míos. Quería aquel apartamento, las ropas, la vida.

—¿Cuándo? —Le dije.

—¿Te viene bien el viernes? Te recogeré sobre el mediodía.

—¿Al mediodía?

—Sí, nuestros clientes no son muy madrugadores. Por eso los muy cabrones están siempre sin blanca.



Como Jack Nicholson dijo en *La fuerza del cariño*: «Casi una salida digna». Estaba llegando a la puerta cuando Tommy Logan me llamó.

—Hay jaleo ahí detrás.

—Como si me importara una mierda.

—Pues debería. Es tu hermana.

Por un instante pensé en dejarla allí.

—Mierda —espeté después.

Y allá fui. Pasé junto a las cajas de cerveza almacenadas y los barriles vacíos y salí al patio. El matón estaba contra la pared, con un corte profundo que le bajaba por la mejilla y la Glock de Bri contra la cara.

—Bri... —Dije—. Bri, soy Mitch.

Ella no se movió.

—Quería poner su cosa en mi boca —dijo.

Me acerqué un poco más.

—Creí que esa pistola era mi regalo.

—Lo es.

—Bien, pues dámela ahora, ¿eh?

Se quedó mirando al matón fijamente.

—Okey. —Me pasó la pistola.

El tipo parecía a punto de desmayarse. Cayó hasta quedarse sentado, con la sangre brotándole del corte. Me incliné sobre él y empecé a rebuscar en sus bolsillos.

—¿Le estás robando? —preguntó Bri.

No es que le importara, tan solo tenía curiosidad.

—Le da a la coca, antes vi cómo se sorbía la nariz.

—¿Vas a hacerte una raya?

Encontré el paquete y lo abrí. Esparcí la cocaína por la herida, lo que detuvo la hemorragia.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bri.

—Es un anestésico.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi compañero de celda era drogadicto. —Me incorporé y cogí a Bri del brazo—. Vámonos.

—¿Quieres ir a un club? —me preguntó cuando estábamos fuera.

Le hice señas a un taxi y la metí en él.

—Mañana te llamo —le dije.

—Mitch, espero que no te importe que Frank no haya venido.

—No, no, no me importa.

Camino del metro, tenía heroína, una pistola y media papelina de coca. Jesús, ¿qué más le puedes pedir a una noche en Londres?



De vuelta en el apartamento, me quité los zapatos, abrí una cerveza y me derrumbé sobre el sofá. Me incorporé después de un rato, me preparé una raya de cocaína y la esnifé deprisa. Me quedé atontado en un segundo.

De puta madre.

Le había dicho a Bri la verdad sobre lo del compañero de celda drogadicto. Él me había hablado de la heroína, sobre besar a Dios. Llegar a las mismísimas estrellas.

En su momento, decidí probarlo una vez en mi primera noche de libertad.

Mi compañero había revivido su primer pico noche tras noche. Era como si hubieras pasado toda la vida en la penumbra y de repente entraras en la luz. Te ríes en voz alta. Tus nervios se vuelven de terciopelo y te brilla la piel. Y la energía... como si fueses biónico, joder.

También me habló del bajón. Pensé que podía soportarlo.

Pero no esa noche. No me sentía capaz. Fui al dormitorio, escondí la papelina bajo las sudaderas y puse la Glock bajo el colchón. Gracias a la coca me sentía enérgico, activo. Me acerqué a la estantería y escogí a James Sallis.

Poesía

Pérdida
Adicción
Perfecto.



A mitad de mi condena recibí una visita del capellán. Estaba tirado en mi camastro, leyendo. Mi compañero de celda estaba en una reunión de Alcohólicos Anónimos.

—¿Puedo entrar? —dijo. El capellán tenía modales.

—Claro.

Cualquier cosa para distraerme.

Se sentó en la cama opuesta y miró mis libros.

Filosofía
Literatura
Suspense
Poesía.

—Tu gusto es ecléctico —dijo.

Como pensé que había dicho eléctrico, le respondí:

—Es para mantenerme enchufado.

Dibujó una sonrisa religiosa; todo fachada, cero calidez.

—No... *Ecléctico*. Significa muy variado.

—Me gusta la palabra. —Y así era.

Cogió un tomo de poesía.

—Rilke. Vaya, qué sorpresa.

Intenté recordar un verso.

—*Todas las cosas horribles necesitan nuestro amor*.

Funcionó. Se quedó de piedra. Decidí seguir por ahí.

—Los convictos que estamos aquí... ¿cree que necesitamos amor?

—La mayoría de los hombres que están aquí no son horribles —dijo con su mejor tono evangélico—, tan solo... —Pero no pudo encontrar el adjetivo.

—Está claro que nunca se ha sentado a comer con nosotros —le dije—. Ayer acuchillaron a un tipo en la cara por su crema de caramelo.

—Qué mala suerte.

—Ésa es una forma de decirlo.

Me incorporé hasta sentarme, lié un cigarrillo y se lo ofrecí al capellán.

—No, pero gracias.

Como empezaba a tener cierto interés en él, le pregunté:

—¿Usted conduce?

—¿Perdona?

—En coche. Es que me gusta oír cosas sobre motores.

—No, voy en bicicleta.

Desde luego.

Se cogió las rodillas con las manos y trató de acumular toda su empatía en la expresión de su rostro.

—¿Hay algo que te preocupe? —me preguntó.

Me reí en alto.

—A ver si lo adivina —contesté, señalando al mundo fuera de la celda.

—Compartir es bueno.

—Baje la voz, padre. Eso que ha dicho podría desencadenar un motín.

Se levantó con la sensación del deber cumplido.

—Eres un hombre interesante. ¿Puedo visitarte otro día?

Volví a tumbarme en el camastro.

—Mi puerta siempre está abierta.

Por supuesto, nunca volvió.

A la mañana siguiente, estaba escuchando la Capitol cuando sonó el teléfono.

—Sí —dije al descolgar.

—¿Mitch? Soy Sarah.

—Bien. ¿Conseguiste tu historia?

—No, pero puede que un trabajo para ti sí.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía. Tengo una tía en Holland Park. Vive en una casa enorme que necesita bastantes reparaciones. La pega es que es una mujer muy difícil y ningún obrero quiere volver. Créeme, ha tenido un ejército de ellos.

—¿Por qué sería diferente conmigo?

Pausa larga.

—Bueno, le perdona cualquier cosa a un hombre cuando es atractivo.

—Oh.

—¿Quieres darle una oportunidad? Paga pero que muy bien.

—Claro, ¿por qué no?

—Vive en Los Olmos. No tiene pérdida, justo después del principio de Holland Park. Tiene un camino de entrada impresionante.

—Lo encontraré.

—Seguro que sí. ¿Sabes algo de teatro?

—No.

—Entonces no sabes quién es Lillian Palmer.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Supongo que da igual. De todos modos, es ella, mi tía.

—Estoy deseando conocerla.

—No estés tan seguro. En fin, buena suerte.

Decidí intentarlo. Me sentía en racha.

—Escucha, Sarah, ¿te gustaría salir a tomar una copa alguna vez?

—Creo que no. No soy parte del paquete.

Y colgó.

Demasiado para mi racha.

No tenía herramientas de trabajo pero supuse que lo solucionaría de camino. Conozco las suficientes personas para pedir prestado casi cualquier cosa.

Primero iría y vería el lugar para ver qué necesitaba. Si iba a ser un manitas, consideré que la ropa informal sería la más adecuada. Sudadera y vaqueros darían el pego.

Mientras me dirigía al metro pensé: *Tengo una casa, ropa, ofertas de trabajo... y sólo han pasado veinticuatro horas.*

Aquellos presos se equivocaban: la vida en el exterior es coser y cantar.



En Alcohólicos Anónimos lo llaman PS. Poder Superior. En la calle también se habla de PS... referido a Personas Sin (sin hogar, sin dinero, sin nada). La conexión entre ambos términos es el alcohol. Los alcohólicos tienen que abstenerse para sobrevivir. Los otros dependen de ello para sobrevivir.

No sé de dónde sacó mi cabeza esta idea. Uno de los legados de la cárcel son estos viajes por la tangente de un pensamiento.

En cualquier caso, para cuando volví en mí mismo ya estaba cerca de Holland Park. Salí del metro en Notting Hill y eché a andar. Encontré Los Olmos sin problema. Como había dicho Sarah, tenía un camino de entrada enorme. Lo atravesé dando un paseo, mirando los árboles que lo jalonaban.

Entonces apareció la casa.

—Guau —murmuré.

La mansión parecía gritar: RIQUEZA.

Me acerqué a la puerta hecha de roble sólido. Desde cerca la casa parecía deshabitada, incluso destartalada. Había mucho trabajo que hacer. Cogí la pesada aldaba y golpeé la puerta.

Ésta se abrió y apareció un mayordomo con todas sus galas. No podía creerlo. Pensaba que todos los mayordomos se habían ido a California o a rodar comedias. O ambas cosas. Era bajo y robusto. En realidad, se parecía al malo de una película de Bond. Me cogió tan de sorpresa que no pude hablar.

—¿Sí? —me preguntó.

Le di mi nombre, mencioné a Sarah y esperé a que me diera con la puerta en las narices.

—La señora le está esperando —dijo—. Venga por aquí.

Así lo hice.

El vestíbulo era enorme. Si hubiese llevado abrigo, el mayordomo me lo habría cogido. Me condujo hasta un salón antes de decirme:

—La señora vendrá en un momento.

Y se marchó con viento fresco.

La sala era gigantesca, amueblada al estilo Regencia. Sabía que era así porque parecía que nadie se había sentado allí nunca. Cientos de fotografías enmarcadas con una mujer rubia en todas ellas. Se parecía a una Lauren Bacall relajada pero lista para enfurecerse. Sobre la chimenea, un retrato enorme. Otra vez la rubia. Sobre la pared, carteles con frases como LILLIAN PALMER en «TRANVÍA», «EL LUTO LE SIENTA BIEN A ELECTRA», «DULCE PÁJARO DE JUVENTUD».

A pesar de los marcos caros, parecían antiguos. Las ventanas estaban cubiertas por pesadas cortinas y decidí dejar que entrara un poco de luz.

Eché las cortinas a un lado dejando al descubierto ventanas saledizas. Al otro lado, un jardín que había crecido demasiado. Sin pensarlo, empecé a liar un cigarrillo. Seguía mirando por la ventana cuando un grito me devolvió a este mundo.

—¡APAGA ESE CIGARRILLO!

Me di la vuelta. Una mujer pasó junto a mí como una centella, gritando:

—¿Cómo te atreves a abrir esas cortinas? ¡La luz arruinará los carteles!

Mientras cubría las ventanas le eché un vistazo. Llevaba un vestido negro largo. El cabello rubio le caía por la espalda. Se giró.

No era en absoluto como Bacall. Más bien como la mujer de John Cassavettes, a la que había visto en *Gloria*.

Soy malo con la edad de las personas, pero se veía que pasaba largo de los sesenta. El dinero y los cuidados habían ayudado a mantener el rostro intacto. Tenía unos ojos azules que asustaban, los cuales usó para escrutarme.

—Supongo que estás aquí para una entrevista. ¿Y bien? Habla. ¿Qué tienes que decir?

Su voz era profunda, casi ronca, con ese timbre que le ponen los cigarrillos y el *whisky*. Desde luego, la arrogancia también ayuda.

—Necesito un cenicero.

Me señaló una bandeja grande de cristal. Apagué la colilla.

Es difícil de creer pero la colilla arruinaba toda la estancia. En aquella bandeja, la colilla era como una afrenta. Reprimí el impulso de metérmela en el bolsillo.

—¿Esperas causarme buena impresión vistiendo como un corredor? —dijo ella.

—No tiene por qué ser amable conmigo —repliqué—. Quiero el trabajo.

Dio un paso al frente y pensé que iba a abofetearme. Entonces soltó una carcajada socarrona, desde el estómago, de las buenas.

—Sarah mencionó que habías estado en la cárcel. ¿Qué eres, un ladrón?

—No soy un ladrón —contesté con más brusquedad de la que pretendía.

—Oh, cariño, ¿he pinchado en nervio? ¿He violado algún código ético de los presos?

Pronunció las últimas palabras con voz dramática, como si estuviese en el escenario, pero ya estaba advertido de que sería siempre así.

—Me metí en una pelea que se fue un poco de madre.

—Aquí no habrá peleas —dijo ella para cerrar el tema.

Desde alguna parte de la mitad izquierda de mi cerebro sentí un destello de deseo. No podía creerlo. Mi cuerpo estaba respondiendo ante ella. Me dirigió una sonrisa astuta que no quise entrar a analizar. De ningún modo.

—Te daré una semana de prueba —continuó—. Jordan te pondrá al tanto de tus tareas. —Se dirigió a la puerta y se detuvo un momento más—. Y si no puedes evitar robar alguna cosa, llévate ese asqueroso cenicero.

Y se fue.



Seguí a Jordan hasta el garaje. Bueno, se parecía más a un hangar. Lo primero que vi fue un coche del carajo. Solté un silbido.

—¿Es eso lo que creo que es?

—Sí, lo es.

Traté de situar su acento.

—¿Alemán? —Arriesgué.

—Húngaro. —Hizo un amplio gesto con el brazo en dirección al garaje—. Todo lo que puede necesitar está aquí.

Herramientas

Monos de trabajo

Escaleras

Pintura

Como pensé que era genial, dije:

—Genial.

Me señaló un tablero en la pared.

—Ése es su horario.

—¿Qué?

—La señora lo quiere todo bien compartimentado. Me llevó un momento entender la última palabra pero al final capté el significado.

—Vayamos poco a poco —dije.

Él señaló el tablón.

—Por favor, examínelo.

Lunes — Pintar

Martes — Canaiones

Miércoles — Tejado

Jueves — Ventanas

Viernes — Patio

Fingí estar interesado, como si tuviera sentido.

—Y el sábado, fiesta total.

El mayordomo ignoró mi comentario.

—Llegará puntual a las siete y media. Tomará un desayuno ligero. El trabajo comenzará a las ocho en punto. A las once una pausa para el té de veinte minutos. A la una, tendrá una hora para comer. Dejará de trabajar a las cuatro en punto exactamente.

Me dieron ganas de hacer un saludo a lo Hitler y gritar: «*Jawohl, Herr*

Kommandant». En lugar de eso le pregunté:

—¿Está ella trabajando ahora?

—La señora está de vacaciones.

—Vaya, por esos pósteres se diría que lleva treinta años de vacaciones.

—Está esperando el tren adecuado.

Hice un gesto con la cabeza hacia el Rolls Royce.

—Ése debería servirle.

Cualquier réplica que pudiera haber hecho se perdió cuando llegó una furgoneta. En el lateral se podía leer:

LEE

REPARACIONES Y MANTENIMIENTO

Un hombre obeso se apeó, lo que le llevó un minuto dado el peso que soportaba. Llevaba mono de obrero y gorra de béisbol. En la gorra apenas era descifrable la palabra «LEE».

Se acercó sin prisas, saludó con la cabeza a Jordan y me miró.

—¿Quién es este chulo de mierda?

—Señor Lee —contestó Jordan—, usted ya no está empleado aquí. Creí que se lo había dejado claro.

Lee descartó el comentario con un gesto de la mano.

—Relájate, Jord. Esa vieja urraca no sabe quién está aquí. No voy a dejar escapar un asunto tan bueno como éste.

Jordan suspiró.

—Ya ha sido reemplazado, señor Lee. Debo pedirle que se marche.

Lee soltó una carcajada.

—Vete por ahí, Jord... Tráenos una taza de té, dos terrones. Yo me arreglo aquí con el colega.

Se movió en mi dirección. Jordan se movió más rápido y le lanzó a Lee dos directos rápidos en el estómago. Apenas tuve tiempo para darme cuenta de que no lo hizo con el puño, sino con la mano abierta. Lee cayó de rodillas, gruñendo y quejándose.

—¿Por qué has hecho eso?

Jordan se plantó delante de él y, con ambas manos, le abofeteó en los oídos.

—Eso debe doler —dije.

Luego Jordan ayudó a Lee a llegar a la furgoneta y lo metió en ella como si de un fardo se tratase. Al cabo de unos minutos, Lee arrancó el motor y se alejó conduciendo despacio. Jordan se volvió hacia mí.

—¿Le viene bien empezar el lunes? —preguntó.

—Ya te digo.

Encendí un cigarrillo liado mientras deshacía el camino de entrada. Cuando llegué a la verja miré atrás. La casa parecía muerta. Me dirigí hacia Notting Hill. A

medio camino estaba la furgoneta de Lee. Estaba apoyado contra ella masajeándose el estómago.

—Quiero hablar contigo, colega —me dijo cuando llegué a su altura.

—Vale.

—No he pillado tu nombre.

—No.

Se incorporó. Me di cuenta de que sus orejas estaban coloradas.

—No te conviene joderme, amigo.

—¿Por qué no?

—¿Qué eres, un listillo?

—Un listillo con un trabajo... perdón... con *tu* trabajo.

El tipo no podía decidir por qué camino seguir. Al final escogió el verbal.

—Si sabes lo que te conviene, amigo, te mantendrás al margen.

Hice un amago juguetón de golpearle el estómago pero sin tocarle.

—Vas a tener que dejar las hamburguesas, Lee.

Me marché. Pude oírle murmurar hasta llegar a Ladbroke Grove. Después de todo, casi me gustaba el viejo Lee. En el trullo se lo hubieran cargado antes de una semana.

Cuando volví a Clapham pude sentir el efecto que Lillian Palmer había tenido en mí. Pensé que ya era hora de echar un polvo. Entré en una cabina de teléfono y miré las tarjetas allí expuestas. Toda necesidad sexual estaba cubierta. Me decidí por la siguiente:

TANYA
 RECIÉN LLEGADA DE SUDAMÉRICA
 VEINTE AÑOS
 PRECIOSA, PECHUGONA, PREPARADA PARA SATISFACER TODOS TUS DESEOS

Sí.

Llamé y concordé una cita. Ñam, podía recibirme ya mismo. La dirección era de Streatham. Mientras me dirigía allí, juro que me sentía nervioso.

Después de tres años, vuelves a preguntarte cómo será.

Encontré el edificio y pulsé el timbre. Me abrieron el portal y subí dos tramos de escaleras. Llamé a la puerta. Salió un tío de unos treinta.

—Vaya —le dije—, espero que no seas Tanya.

—Cincuenta libras por adelantado. —Le pagué—. ¿Necesitas algo más, hierba, algo para ponerte, algo para relajarte...?

Negué con la cabeza. Se hizo a un lado y entré. Había una mujer sentada vestida con una combinación, medias y ligero. No tenía veinte años, ni era pechugona, ni preciosa.

—¿Quieres una copa? —dijo ella.

Ni tampoco sudamericana.

—Claro —dije.

—¿*Whisky* escocés?

—Perfecto.

La observé mientras servía la bebida. Buen cuerpo. Sentí cómo me volvía el deseo. No una excitación salvaje, pero algo es algo. Cogí el vaso que me alargó.

—Salud.

Se quedó frente a mí.

—Nada de cosas raras, ni besos, ni *bondage*.

¿Qué podía decir?

—Sin problema.

Le seguí al dormitorio. En la radio sonaba *Desperado* de The Eagles. Si *My way* es el himno de los chauvinistas, *Desperado* es la racionalización de los convictos. La mujer me pasó un condón y se tumbó en la cama boca arriba.

Fue rápido.

—Puedes limpiarte ahí —me dijo señalando el baño. Y así lo hice.

Cuando salí, me dijo:

—Por otros veinte, podemos repetirlo.

—Creo que ya he tenido toda la diversión que puedo manejar.

—Lámame otro día —dijo mientras me iba.

9

De vuelta en Clapham fui al Rose and Crown, me senté en un taburete de la barra y pedí una pinta de cerveza. Mientras esperaba me lié un cigarrillo. Un hombre de unos sesenta entró y se sentó en el taburete de al lado. Esperé que el muy cabrón no se pusiera amistoso. Puse mi mejor cara de «no me toques las narices». Pidió un Navy largo.

—Nada de esa basura para maricas —dijo.

Desconecté. Quería revolcarme en mi melancolía postcoital.

Luego me di cuenta de que me estaba hablando.

—¿Qué?

—¿Puedes creer que hace dos meses estaba en mitad de un angiograma?

—¿Que qué?

—Se suponía que era algo rutinario, pero una arteria de la que el cardiólogo no sabía nada se atascó justo cuando estaba arreglando otra y...

—Cállese —le corté—. No quiero oírlo.

Se quedó cortado.

—¿Quiere tomar algo? —me preguntó.

—Lo que quiero es que se vaya a molestar a otro.

—Sólo trataba de ser amable.

—No lo sea.

Acabé la cerveza y salí de allí. Una vez en el exterior, un hombre que estaba al otro lado de la calle se me quedó mirando. Treinta años, rubio, traje penoso. Parecía que iba a decir algo, pero luego se dio la vuelta y se marchó.

Si el tráfico no hubiera sido tan denso, habría ido tras él. «No sé de dónde salen hoy todos», pensé.



El teléfono estaba sonando cuando llegué a casa. Lo cogí.

—¿Mitch?

—Sí.

—Soy Billy Norton, ¿dónde has estado? Te he estado llamando toda la mañana.

—En una entrevista de trabajo.

—¿Qué? Ya tienes trabajo.

—¿De prestamista? Eso no es un trabajo, es un virus.

Suspiró hondo.

—Empezamos mañana, como quedamos.

—Sí.

—Mitch, es fácil, no hay problema. Todo lo que tienes que hacer es servirme de apoyo.

—¿Fácil? Es la primera vez que oigo que coger dinero es fácil.

Norton se estaba irritando en serio. Trató de calmarse diciendo:

—Llevaré unos Red Bull.

—¿Unos qué?

—Es una bebida energética. Si le echas unas anfetaminas te entra un subidón.

—Y también te vuelves loco.

—Te recojo al mediodía, ¿vale?

—No puedo esperar.

Más tarde, pedí una *pizza* por teléfono. Esperé a que llegara leyendo *Sideswipe* de Charles Willeford y lamentando que ya no fueran a salir más títulos de esa brillante serie. En la cárcel leía uno o dos libros al día. Intentaba mantener la costumbre.

Sonó el timbre. Abrí. No era la *pizza*, sino un hombre fornido de cabello plateado y traje oscuro.

—¿El señor Mitchell? —preguntó.

—Sí.

Sacó una tarjeta identificativa.

—Soy el sargento detective Bailey. ¿Podemos hablar?

—Claro.

Me siguió al interior, examinando la casa mientras tanto.

—Bonito lugar.

Asentí.

—Recibimos un boletín diario de exconvictos que vuelven a nuestro barrio —dijo tras sentarse. Si esperaba alguna respuesta por mi parte, no tenía nada que replicar. Sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno sin ofrecerme y continuó—: Reconocí tu nombre, pero vaya, no la dirección.

—No estoy en libertad condicional, soy un hombre libre.

—Por supuesto que sí. Le hice una llamada a tu amigo Norton y estuvo de lo más solícito. Así que pensé en dejarme caer para ver cómo te instalas.

El timbre otra vez. Esta vez sí era la *pizza*. Cogí la caja y la puse en la mesa.

—*Pizza*, bien —dijo Bailey—. ¿Puedo?

—Claro.

Abrió la caja y se sirvió.

—Mmm... Y gracias a Dios, sin anchoas... ¿Qué tal una taza de té?

Me fui a prepararla. Desde la sala, el detective seguía hablando con la boca llena.

—Esto está buenísimo. Mejor comerla cuando está caliente.

Cuando volví con el té ya se había comido la mitad.

—Dios, lo necesitaba, no había comido.

Se echó contra el respaldo y eructó.

—¿Había alguna razón en particular para esta visita? —pregunté. Él se servía el

té.

—Eché un vistazo a tu ficha. Cumpliste tres años por agresión con agravantes.

—Sí.

—Me preguntaba qué planes tenías ahora.

—Tengo un trabajo.

—¡Caramba! Qué rápido. Legal, ¿no?

—Por supuesto.

Se levantó y se sacudió las migas de la chaqueta.

—Tu amigo Norton camina por la cuerda floja. Harías bien en evitarlo.

Ya me había hartado de tanta afabilidad.

—¿Es eso una amenaza, sargento?

—¡Guau!, vigila ese carácter, chaval —me dijo mientras sonreía—. No querrás volver a meterte en problemas.

Bajé el tono.

—Me conmueve su preocupación.

—Volverás a liarla. Llámalo intuición.

Volví adentro, cerré la caja de la *pizza* y la tiré a la basura. Había apagado la colilla del cigarrillo en los restos del té.

—Puto cerdo —exclamé en alto.



A la mañana siguiente trataba de decidir qué ponerme para ir de extorsión. ¿Elegante o informal? Mejor no complicarse. Vaqueros y sudadera.

Norton llegó a las doce en punto. Me subí a la furgoneta.

—Bonito día para el negocio —dije.

Estaba puesto hasta las cejas: daba golpecitos con los pies, tamborileaba los dedos sobre el volante... Cuando nos poníamos en marcha vi de reojo al tipo rubio del traje negro.

—Billy —grité—, espera un momento.

Paró y me apeé de un salto. El hombre se había ido. Volví adentro.

—¿Qué? —me preguntó Norton.

Meneé la cabeza.

—Es de locos, pero creo que me están siguiendo.

—¿A ti? Vaya, debe estar pirado de verdad para seguirte a ti. Toma, una cerveza.

Había montones de latas de Red Bull.

—Nah, prefiero hacer esto sereno.

Él abrió una lata y echó un buen trago.

—A... g... gh...

—¿Le has echado algo de *speed*?

—Sólo media raya, nada especial.

Cuando bajábamos por Clapham Road, le dije:

—Estás caminando por la cuerda floja.

—¿Qué?

—Eso me ha dicho un policía. —Se me quedó mirando—. Mira a la puta carretera.

—¿Has hablado con un polizone... sobre mí? —gritó.

—Sí, con el mismo cabrón que sacó mi dirección de ti.

—Oh.

Aquello le hizo callar.

—Bailey es un gilipollas —siguió al cabo de un rato—, no tienes que preocuparte de él.

—Es un gilipollas que sabe dónde vivo. Eso siempre preocupa.

Giramos hacia Ashmole Estate.

—Tienes que relajarte, Mitch. Te tomas las cosas demasiado en serio.

—Exacto.

—Odio a las putas monjas.

Norton exclamó estas palabras mientras una monja corría por la acera. Hay un convento en Ashmole Estate.

—Pensé que vosotros los irlandeses erais religiosos.

—Lo que tenemos es mucha memoria —gruñó.

—Si no eres religioso, será mejor que te busques otra tabla de salvación.

Me echó una mirada.

—Vaya, Mitch, eso es la hostia de profundo.

—Pero nada original. Lo escribió el poeta Donald Rawley.

—Odio a los putos poetas —dijo Norton mientras nos deteníamos junto a una torre de apartamentos.

Salimos y Norton se colgó al hombro una bolsa de deporte.

—¿Quieres algo?

—Nah, como te he dicho prefiero ir limpio.

—Me refiero a protección... como un bate de béisbol. Los poemas no te servirán allá donde vamos.

—No... ¿Qué hay en la bolsa de deporte?

Una sonrisa malévola asomó a su cara.

—Incentivos.

El edificio tenía dieciocho plantas y un sistema de interfono en la puerta principal que estaba hecho trizas. Empujamos la puerta y fuimos hasta el ascensor.

—Cruza los dedos —dijo Norton.

—¿Qué?

—El ascensor... A ver si funciona.

Funcionaba.

Estaba cubierto de pintadas y olía a orina y a desesperación. Un aroma que me era familiar. Nunca te acostumbras.

Salimos en la dieciocho.

—Piensa que es como jugar al golf —dijo Norton.

—¿Golf?

—Sí, dieciocho hoyos.

Nos acercamos a un apartamento y Norton llamó a la puerta. Sacó una pequeña libreta roja. La puerta se abrió y un chiquillo se asomó.

—Llama a tu madre —le ordenó Norton.

La madre, que era india, parecía nerviosa.

—Hora de pagar.

La mujer se metió en casa, salió con un fajo de billetes y se los dio. Norton comprobó su libreta y contó los billetes.

—Te has quedado un poco corta.

—Ha sido una semana horrible.

Él le hizo callar.

—Oye, puede pasar por esta vez, pero ¿sabes?, tendrás que doblarlo la semana que viene.

Ella asintió demasiado rápido. Los tres sabíamos que nunca lo conseguiría.

Bajamos a la diecisiete.

—¿Cómo funciona? —pregunté—. Quiero decir, a mí me parece que lo único que hacen es hundirse cada vez más en el hoyo.

Norton sonrió de oreja a oreja.

—Ves —dijo a toda prisa y sin pizca de humor—, se te da bien: ya has cogido lo esencial. El tiempo se acaba y ellos no pueden con el alquiler.

—¿Y luego?

—Bueno, no te preocupes. Tenemos especialistas en mudanzas.

—Y entonces déjame adivinar. Re-realquilas.

—Bingo. A yupis que quieren una panorámica del campo de críquet. Ya tenemos seis de éstos.

Las tres plantas siguientes fueron la misma historia. Mujeres patéticas de todas las nacionalidades, embargando sus vidas.

—No saco más que lamentos de estas hispanas imbéciles —dijo Norton en la duodécima.

Cuando se abrió la puerta, se metió a la fuerza en el piso.

—¡Nada, nada, nada^[3]! —gritó una mujer. Norton echó un vistazo.

—¿Dónde está él? ¿Dónde está tu marido?

La puerta del dormitorio se abrió de súbito y un hombre sin nada más que unos brillantes calzones azules salió corriendo. Pasó junto a mí como un misil hacia el pasillo.

Norton fue tras él como un sabueso, con una sonrisa maníaca en el rostro.

Salieron del piso.

Cogió al tipo en las escaleras y le bajó los calzones. Con la mano abierta, le dio media docena de azotes en el trasero. Luego lo puso de vuelta al apartamento. El hombre lloraba.

—Coge la televisión —dijo.

Norton rebuscó en la bolsa de deporte y sacó un martillo de orejas. Se dirigió hacia el televisor e hizo añicos la pantalla.

—Dame el alquiler.

Y lo hicieron.

En la siguiente planta, Norton dijo:

—Hora del descanso.

El sudor le caía por todo el cuerpo. Estaba muy puesto.

—No tienes por qué esperar a que te lo pida, Mitch; puedes intervenir en cualquier momento y ayudarme. —Abrió una lata de Red Bull y se puso una raya de

speed—. ¿Quieres echar un polvo?

—¿Ahora?

—Claro, algunas de ellas te lo hacen en lugar del alquiler.

—Creo que no. ¿No llama nadie a la policía?

—Despierta. ¿Crees que los policías vendrían aquí?

Lié un cigarrillo y lo encendí.

—Los niños... ¿No te importa?

—Así aprenden antes. Se endurecen. —Miró con desdén mi cigarrillo—. No tienes por qué fumar eso. Ahora juegas en otra liga.

—Me gustan —repuse encogiéndome de hombros.

Sacó un paquete de Dunhills, caja roja, y sacó uno.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

Miró en derredor como si pudieran oírle. El ruido en el edificio era ensordecedor.

Portazos

Gente gritando

Niños llorando y

Música rap de fondo

—La cárcel, ¿cómo era?

Podía haberle dicho: «Exactamente igual que esto». Pero estaba pensando en Tom Kakonis, un escritor americano de novela policíaca que entendía la cárcel a la perfección. Una vez escribió:

Llámalo jungla, casa de los espejos, reino de los sociópatas, nación de rabia donde la traición es la ley, la venganza es la norma y la clemencia no se conoce o ha sido olvidada hace tiempo. O llámalo una tubería en el espinazo, el mango de una escoba metido en el trasero o un tajo en las costillas. Al final significa que estás solo. Nadie te protege.

Pero no le dije esto a Norris.

—La mayor parte del tiempo es aburrida —le conté en su lugar.

—¿Sí?

—No es para tanto.

Aplastó la lata cuando terminó y la tiró por las escaleras. Rebotó en todos los escalones. Podía oírle repiquetear como el grito de una película de serie B que dura hasta el amanecer.

En la novena planta encontramos jaleo. Norton estaba haciendo su numerito con una mujer negra cuando su marido salió de repente. Soltó un puñetazo y alcanzó a Norton en un lado de la cabeza.

Entonces vino a por mí. Era grande, fuerte, pero eso era todo.

No era sucio.

Y yo sí.

Me hice a un lado cuando arremetía y le lancé una patada en los huevos. Mientras caía doblado en dos, le clavé el codo en la nuca.

Ayudé a Norton a levantarse. Quería patear al negro hasta reventarlo, pero le contuve.

—Un día es un día.

—De todas formas ya casi hemos acabado —dijo asintiendo—. De la octava para abajo es una mierda.

Cogimos el ascensor el resto del camino. Norton se masajeara al cabeza.

—Estaba equivocado en lo de la poesía.

—¿Eh?

—Lo de que no valía para nada. El modo en que te has encargado de ese tipo... ha sido un puto poema. —Me dirigía a la furgoneta pero Norton tenía otra idea—. Ven, hay un *pub* en la esquina, te invito a una.

Una vez dentro del bar, Norton dijo:

—Somos hombres trabajadores, sírvanos un par de calderos.

—Marchando.

Tuvimos que explicarle al camarero que se trataba de pintas con chupitos de *whisky*.

Era la hora de comer. El especial del día era salchichas con puré. Olía bien, casi a confort. Cogimos una mesa en la parte trasera.

—*Slàinte* —dijo Norton.

—Eso también.

Nos relajamos tras dar cuenta del *whisky*. Norton contaba el dinero y hacía anotaciones en su libreta roja. Murmuraba las cifras mientras las escribía. Luego apartó un montón de billetes, les puso una goma elástica alrededor y me pasó el fajo empujándolo sobre la mesa.

—Tu parte.

—Joder, Billy, no he hecho tanto.

—Lo harás, Mitch, créeme.



Pasábamos junto a The Oval cuando divisé al hombre rubio entrando en el Criketers. Le pedí a Norton que parara.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Voy a acosar a un acosador.

—¿Se supone que eso tiene sentido?

—Claro que no.

Salí y crucé la calle para entrar en el *pub*. El tipo estaba en la barra, dándome la espalda. Me acerqué y le di una palmada cordial en la espalda.

—Sorpresa.

Casi se desmaya. Vi que se tomaba una cerveza pequeña. Le di un segundo para recobrar la compostura.

—Sabía que volver era un error —dijo.

Tomé un trago de su cerveza.

—Esto es pura orina —dije.

Miró a la puerta y sonrió.

—Me llamo Anthony Trent.

—Lo dices como si tuviese que significar algo. Para mí, ni una mierda.

—Oh, perdone, claro... Yo vivía en el apartamento antes de que se convirtiera en tu apartamento.

—Y ahora quieres... ¿qué?

—Tan solo recoger algunas cosas.

Bebí un poco más de su cerveza.

—¿Por qué te largaste tan rápido? —le pregunté.

—Estaba hasta el cuello con el señor Norton.

—¿Cuánto es hasta el cuello?

—Diez de los grandes.

—¿Y te esfumaste sin más?

—El señor Norton tiene algunos amigos bastante pesados.

Me estaba mirando muy fijamente.

—¿Qué pasa?

—Creo que lleva puesta una de mis sudaderas. No la meta en la secadora.

—Bueno, Anthony, ésta es una historia muy triste, pero se pondrá más triste todavía si vuelves a seguirme.

—Sí... por supuesto, comprendo. Pero... ¿podría coger alguna cosa del apartamento?

Me lo pensé un momento y luego dije:

—Ni de coña.



La puta no había servido de ayuda. No podía sacarme de la cabeza a Lillian Palmer. ¿Qué estaba diciendo? ¿Que me ponía una vieja pajarraca? ¡Baja de las nubes!

Más no podía negarlo. Aquella sonrisa de complicidad volvía a mí una y otra vez.

Ella sabía de mi excitación. Cada vez que me la quitaba del pensamiento, el deseo de follármela regresaba con fuerza.

Llamé a Briony y le pregunté si quería pasarse a cenar.

—¿Sabes cocinar? —me preguntó.

—Claro. ¿Qué tal un sofrito chino?

—Oh, Mitch, soy vegetariana.

Cómo no.

—¿Qué tal un sofrito chino vegetariano, entonces?

—Genial, Mitch. ¿Llevo vino?

Le di la dirección.

—Pobre Mitch —me dijo—, ¿es una pensión asquerosa?

—Algo así.

—Te llevaré flores para darle alegría.

Un pensamiento me vino a la cabeza.

—No estarás robando todo eso... ¿verdad?

Silencio.

—¿Bri?

—Seré buena, Mitch.

—Okey.

—Frank quiere que sea buena.

—Sí... vale... te veo a las ocho.



Para cuando cayeron las ocho, el apartamento estaba realmente acogedor. Cazuelas sobre el fuego de la cocina, el aroma de los alimentos en el aire, la mesa puesta. Abrí una botella de vino y serví un vaso. Tenía un sabor amargo, lo cual era perfecto. Tenía que mantener bien a raya el alcohol. Mi estancia en la cárcel fue resultado directo de la bebida. Cuando bebo *whisky* tengo pérdidas de memoria. Recuerdo las horas anteriores con claridad. Norton y yo habíamos resuelto un asunto que se tradujo en tres de los grandes. Por barba.

Yo bebía como si no hubiese un mañana. Hasta Norton me había dicho:

—Por Dios, Mitch, tómatelo con calma.

No lo hice.

De aquella noche no recuerdo más. La historia cuenta que me metí en una bronca con algún tipo. Salimos fuera.

Norton nos siguió.

Consiguió evitar que matara al tipo, pero por los pelos.

Me echaron tres años.

No discuto los hechos. La cosa es que mis manos estaban impolutas.
Ni siquiera un nudillo pelado. Se lo mencioné a mi abogado, quien dijo:
—Usaste los pies.
Ah.



Los hombres encuentran toda clase de maneras de pasar las noches en prisión.
Por ejemplo

licor
una maricona
pegamento.

En mi caso, hacía ejercicio todo el día hasta que mi cuerpo estaba exhausto.
Algunos rezaban, aunque en voz baja. Yo usaba un mantra de *The Songlines*, de
Bruce Chatwin:

*Veré los templos budistas de Java. Me sentaré con Saddhus en los Ghats de Benarés. Fumaré hachís
en Kabul y trabajaré en un kibutz.*

La mayor parte del tiempo funcionaba.

Sonó el timbre y fui a abrir a Bri. Estaba vestida con un pantalón negro y una
sudadera rosa. Me pasó un enorme ramo de flores.

—Entra —le dije.

—Guau —dijo ella cuando vio el apartamento—. Esto es genial.

Le serví una copa de vino y dio un sorbo.

—¿Se puede mezclar el vino con metacualona?

—Mmmh...

—Porque quiero relajarme, no alucinar.

Aquello sonaba bien, aunque poco probable.

—Me mudaré contigo —dijo al sentarse.

—¿Qué?

Bri echó una carcajada, una de las buenas, desde el estómago y con tan solo un
puntito de histeria.

—Despierta, Mitch, era broma.

—Vale.

Fui a comprobar la comida, que parecía estar bajo control.

—Qué bien huele, Mitch —gritó.

—Debería estar en diez minutos —repuse—, ¿te parece bien?

—Fantástico.

Cuando regresé, ella estaba colocando las flores. Me senté y me lié un cigarrillo.

—¿Parezco diferente? —me preguntó.

—Ah... no... pareces... bien.

—He estado yendo a terapia.

—Eso es bueno, ¿no?

Bajó la cabeza cuando dijo:

—Ya no voy a mencionar a Frank.

Quise decir «Gracias a Dios», pero lo que me salió fue:

—De acuerdo.

Mi hermana hizo un recorrido por la casa. Desde el dormitorio oí abrirse las puertas del armario.

—Parece que has aterrizado de pie, Mitch —me dijo al volver.

—«El diablo vuelve a casa».

—¿Cómo?

—Es el título de un libro de Derek Raymond.

—¿Quién?

—No importa.

Se sirvió más vino y señaló los libros.

—¿De verdad te los vas a leer todos?

—Eso planeo.

Entonces su rostro se puso triste.

—Bri, quiero leerlos, me gusta.

—Es una pena —dijo meneando la cabeza.

—¿Qué?

—No te va a dar tiempo.

—¿De qué estás hablando, Bri?

—En la fiesta, un hombre dijo que tendrías suerte si durabas seis meses.

Traté de quitarle importancia al asunto.

—Puedo leerlos fácilmente en seis meses.

Pero no funcionó.

—No quiero que vuelvas a prisión.

Me acerqué y le rodeé con el brazo.

—Oye, venga, no voy a volver.

—¿Prometido?

—Prometido. Tengo un trabajo fijo.

—No lo conseguiré sin ti, Mitch.

—Vamos a cenar... ¿qué te parece?

La comida estuvo bien. Había hecho pan de ajo y unos champiñones al ajillo que le gustaron mucho. Abrí otra botella de vino y nos la bebimos entera. El sofrito chino

estaba flojo pero nos entró bien.

—¿En qué trabajas? —preguntó Bri.

Se lo conté.

—He oído hablar de ella —dijo, cuando mencioné el nombre de Lillian—. Fue la mejor Blanche Du Bois que jamás haya visto en West End.

Cada vez que creía que conocía a Briony, me sorprendía.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté.

—Me encanta el teatro. ¿Vas a acostarte con ella?

—¿Qué? Dios, Bri, es mayor que yo.

Bri me miró fijamente.

—¿Qué aspecto tiene?

—Bueno, como Gina Rowlands. No está nada mal.

—Entonces... ¿vas a acostarte con ella?

De postre había yogur griego pastel de queso tarta Selva Negra.

—¿Cuál quieres? —le ofrecí.

—Todos.

Y no era broma.

Después hice un café que conseguí que saliera como Dios manda y lo llevé en una bandeja. La bandeja mostraba a *Lady Di*, detalle que sabía que le gustaría a Bri. Ella estaba acurrucada en el sofá, roncando ligeramente. La cogí en brazos y la llevé a mi habitación. La cubrí con el edredón y la miré durante un momento.

—Duerme bien, preciosa.

Decidí pasar de los platos. Me acomodé en el sofá y encendí la televisión manteniendo bajo el volumen. Ponían *Policías de Nueva York*. Denis Franz estaba acabando con un perrito caliente y un criminal al mismo tiempo. Apagué el televisor. No estaba de humor para policías. Ni siquiera para Sipovitz.

Media hora después, el *whisky* llegó poco a poco, filtrándose y susurrando desde los límites de mi conciencia. Me había bebido una botella como si nada. Me levanté, me puse la chaqueta y supongo que salí a pasear la mona.

Sí.

Camus escribió:

«No hay nada que no pueda lograrse con el menosprecio».

Bueno, eso y un bate de béisbol te sirven de ayuda en el camino entre Clapham y The Oval. Estaba pensando en ir a ver a Joe, el vendedor del *Big Issue*, y charlar sobre nada en particular.

En Stockwell había un tipo con un lebrero. Llevaba uno de esos guardapolvos Oz que te llegan a los tobillos y que están bien si tienes un caballo a juego. En el lebrero ponía

NO USÉIS LA SECADORA

Cuando pasé a su lado me dedicó una enorme sonrisa desdentada.

—Buen consejo —le dije.

—Que te jodan —me repuso.

Cuando llegué a The Oval, ni rastro de Joe. Un muchacho de unos veinte estaba vendiendo el periódico en su sitio.

—¿Qué le ha pasado a Joe? —Quise saber.

—Algo le habrá ocurrido —contestó.

Le cogí de la camisa y oí cómo los botones saltaban por los aires.

—No me toques las narices —le dije.

—Le han zurrado.

—¿Qué?

—Eso mismo, colega, dos tíos de Kennington le han dado una paliza.

—¿Dónde está ahora?

—En St. Thomas. Está muy mal.

Solté al chaval.

—No te acomodes —le dije—. Éste es el sitio de Joe.

—Me has roto la camisa —dijo mientras se miraba—, no tenías por qué hacerlo.

—Échale la culpa a Camus.

—¿Quién es ése?

Le hice una seña a un taxi para que me llevara al hospital. En la recepción me dieron todo tipo de condolencias antes de poder localizarlo. Estaba en el Pabellón 10. No era un buen presagio.

Cuando llegué allí, la enfermera jefe se cruzó en mi camino.

—No está en condiciones para visitas.

Un doctor que pasaba por allí se detuvo.

—¿Cuál es el problema? —La etiqueta con su nombre rezaba «Dr. R. Patel». La enfermera le contó lo que sucedía—. Oh, sí, el del *Big Issue*. De acuerdo, yo me encargo de esto. —Se giró hacia mí—. Por supuesto, usted es familiar...

—¿Familiar?

—Su hermano, pongamos.

Le miré a los ojos. Casi nunca veo miradas de amabilidad, pero sí en aquel momento.

—Claro —dije—, soy su hermano.

—Joe no está bien.

—¿Quiere decir... que se muere?

—Calculo que en veinticuatro horas.

Le tendí la mano.

—Gracias, doctor.

—De nada.



El pabellón estaba en silencio. La cama de Joe estaba al lado de la puerta para que cuando se llevasen sus restos no hubiera trastornos. Me situé al lado de la cama. Tenía mal aspecto. Ambos ojos estaban morados, tenía el rostro magullado por todas partes y los labios abiertos. En su brazo izquierdo, un goteo intravenoso. Cogí su mano derecha entre las mías.

Sus ojos se abrieron.

—Mitch. —Intentó sonreír—. Deberías ver al otro tipo.

—¿Les conocías?

—Sí, dos niños bien. Tendrán unos quince... Uno de ellos se parece a Beckham. Y la pega como él, también. El otro es negro. —Cerró los ojos—. Dios, esta morfina actúa rápido.

—Qué invento, ¿eh?

—Si la tuviese en The Oval, sería el vendedor del año.

—Lo serás, colega.

Abrió los ojos de nuevo.

—No quiero morir, Mitch.

—Oye, venga.

—¿Puedo pedirte algo, Mitch?

—Lo que sea.

—No dejes que me incineren. No me gusta el fuego.

Y cayó dormido.

Me senté en una silla sin soltar su mano. Tenía la boca reseca, imagino que por el vino.

Vino una enfermera.

—¿Puedo traerle algo? —me preguntó.

—Un té, por favor.

Cuando volvió, me dijo que sólo había café.

—Servirá, gracias.

Sabía a té con un toque de aceite de ricino. Hubiera matado por un cigarrillo pero no quería marcharme. Las horas pasaron lentamente. A veces se despertaba, veía que yo seguía allí y cerraba los ojos.

—¿Mitch? —me dijo alrededor de las cinco de la mañana.

—Estoy aquí, amigo.

—Estaba soñando con una rosa roja... ¿Qué significa?

Que me jodan si lo sabía.

—Eso es que se acerca la primavera.

—Me gusta la primavera.

Pasó un rato largo.

—Tengo los pies fríos —dijo entonces.

Me fui al extremo de la cama y metí las manos bajo la sábana. Tenía los pies como el hielo. Empecé a masajearlos.

—Te conseguiré unos calcetines térmicos, Joe, perfectos para andar por The Oval.

No sé cuánto tiempo llevaba haciéndole el masaje cuando sentí una mano en el hombro. Era el doctor.

—Se ha ido.

Dejé de frotarle los pies. La cosa es que en ese momento parecían calientes.

—Venga a mi oficina —me dijo el médico.

Le seguí.

—Fume si lo desea —me dijo cuando cerró la puerta.

—Gracias, lo haré.

Hurgó en unos papeles y luego levantó la vista.

—El ayuntamiento se encargará del entierro.

—Quiere decir incineración.

—Es lo normal.

—Creo que no. Yo me encargaré.

El médico sacudió la cabeza.

—¿Seguro? Quiero decir, una parcela en Londres es tan cara como una plaza de aparcamiento.

—Era del sudeste de Londres y ahí es donde va a reposar.

—Muy bien. Necesito que firme unos papeles.

—Le agradezco toda su ayuda —le dije mientras terminaba el cigarrillo.

—De nada.

Nos estrechamos la mano. Cuando salí me dolían todos los huesos. Detuve un taxi e hice que me llevara a Clapham. El conductor me observaba por el retrovisor.

—¿Una noche dura, amigo?

—Ha dado en el clavo.

Mucho tiempo antes me topé con un poema de Anne Kennedy titulado «Instrucciones de funeral». Entre otros versos, decía: «No quiero ser incinerada y que envíen mis ropas a casa en una bolsa». Ésta era la última estrofa:

*Dicen que es Joe
Quien te da la rosa perpetua
Pero nadie lo sabe seguro.
Asegúrate de ponerme bajo tierra
Donde tenga oportunidad de crecer.*



Cuando abrí la puerta de mi casa olía a comida casera. Bri estaba ocupada en la cocina.

—El desayuno está en un segundo —gritó.

Me dejé caer en una silla, hundido. Me llegó un aroma a café delicioso, como siempre.

Bri trajo una bandeja con

zumo de naranja
café
tostadas
brownies.

¿Brownies?

—¿Sabes lo que son? —me preguntó señalándolos.

—Mmmh...

—Galletitas espaciales. Pasteles de hachís. Aprendí a hacerlos en Amsterdam. Cómelos despacio... Suelen pegar a la cabeza.

Me tomé unas tostadas, café y consideré si mi cabeza necesitaba que le pegaran.

—¿Tú no vas a tomarte ninguno? —le pregunté a mi hermana.

—Oh, no, Mitch, no puedo mezclarlos con la medicación.

«Qué demonios», pensé.

Di un primer mordisco. Dulce. Imaginé que al menos tendría un subidón de azúcar.

—¿Estabas por ahí robando? —me dijo Bri.

—¿Cómo?

—Bueno, sé que los criminales trabajan de noche.

—Dios, Bri, no soy un malhechor... Tengo un trabajo decente.

Como no se lo creía, me repuso:

—Me da igual si eres un ladrón o no mientras no te cojan.

Tenía más espacio para pastel en el estómago.

—¿No hacías fechorías antes de ir a la cárcel?

No lo negué.

Para cambiar de tema le conté lo de Joe. Incluso mencioné lo de la rosa.

—¿También era un ladrón? —me preguntó.

Estaba perdiendo la paciencia.

—¿Qué es toda esta mierda de robar? ¿Puedes dejar de usar esa palabra?

—¿Me vas a llevar al funeral?

—Oh... claro. Eso estaría bien.

—¿Qué me pongo, Mitch?

—Mmmh... Algo negro, supongo.

Bri se puso a dar palmaditas.

—Genial, cogí un Chanel en Selfridges pero nunca he tenido ocasión de estrenarlo.

Intenté amortiguar el sarcasmo.

—¡Lo «cogiste»!

—Me has dicho que no usara la palabra «robar».

Me zampé el resto de los pastelillos y la cabeza se me dio la vuelta como un calcetín.

Jazz.

Podía oír *jazz*. La Duke Ellington Orchestra con *Satin doll*.

Mierda, ¿de dónde venía? Sabía que no estaba dormido, pero tampoco estaba consciente. Intenté moverme, pero me sentía demasiado lánguido. Percibí vagamente a Briony por el rabillo del ojo, pero difuminada. No importaba. Lo vital era identificar la siguiente canción. Sí, Billy Holiday con *Our love is here to stay*. Luego la banda sonora cambió de rumbo y me convertí en Bruce Springsteen cantando *Darkness on the edge of town*. Después yo era el amplificador, dándole caña hasta reventar. Sentí que todo se apagaba. Traté de hacerme una bola y al final me dormí. Al menos, pensaba que me había dormido.

Norton llamó por la mañana temprano. Le pedí que encontrara una parcela de sepultura.

—Eso costará —respondió—. Y no sólo dinero. Necesito tu ayuda.

—Dime.

—La ruta de Brixton. Ninguno de los muchachos se está portando.

—Vaya, la recaudación allí debe ser todo un paseíto.

—Mañana por la noche te recojo, Mitch.



Norton estaba nervioso cuando pasó a buscarme la noche siguiente. Entré en la furgoneta.

—Tengo la tumba, aquí tienes el contacto —me dijo.

Me pasó un trozo de papel con una dirección.

—Gracias, Billy, te debo una. —Miré el interior de la furgoneta—. ¿Hoy no hay Red Bull?

—No es ese tipo de trabajo.

—¿Y eso?

—Se puede poner peliagudo. Nada de timbres. Entramos, cogemos la pasta y a correr.

Brixton estaba hasta los topes. La gente se apiñaba en las calles. Casi parecía carnaval.

—Dios, ¿es que no hay nadie en casa?

Norton asintió, serio.

—Sí, las mujeres... Los sábados por la noche los hombres van de ligoteo y las mujeres se quedan pegadas a los concursos de la tele.

Aparcamos junto a un edificio de apartamentos cerca de Coldharbour Lane. Norton me pasó una bolsa de deporte.

—Un bate de béisbol. Pero si se pone chungo, corre como un hijo de puta. ¿Entendido?

—Claro.

Salimos, pasamos junto a un contenedor de escombros y entramos en el edificio. Los primeros apartamentos fueron bien. Norton recaudó en dos de ellos e hizo anotaciones en la libreta en los demás. Bajamos a la siguiente planta. Norton estaba tan nervioso como un gato.

—¿Qué pasa? —pregunté—. Está yendo bien, ¿no?

—Todavía no hemos salido —dijo sin dejar de mirar en derredor.

Salimos de otro apartamento, Norton delante y yo detrás. Afuera había seis hombres de color, ataviados con trajes negros, camisas blancas y brillantes zapatos oscuros. Uno de ellos estaba delante. Los demás formaban en fila a su espalda.

—Joder —dijo Norton.

—¿Eso no es bueno? —pregunté.

—Corre —gritó.

Y salió cagando leches. Yo no me moví. No por hacerme el gallito, sino porque aquellos tipos tenían pinta de poder alcanzarme con facilidad. Solté el bate.

—No voy a necesitarlo, ¿verdad, chicos? —El líder mostró una pequeña sonrisa—. ¿Quiénes sois? ¿Nación del Islam?

Conocía a los Nación de la cárcel y, lo más importante, sabía que no había que joderles.

—Va a dolerme, ¿verdad? —Fue mi última pregunta.

El primer golpe me rompió la nariz. Podría describir la paliza como

despiadada
concienzuda
brutal.

Y sobre todo, silenciosa. Ni una palabra mientras me reventaban. Verdaderos profesionales. Cuando terminaron, se retiraron sin un ruido.

—¿Es eso lo mejor que tenéis? —Quise gritar.

Pero la boca no me funcionaba. Dos de ellos volvieron y me recogieron, me llevaron afuera y me arrojaron al contenedor. Perdí la consciencia durante un rato. Al final logré arrastrarme fuera y caer al suelo. Cojeé hasta la comisaría y volví a desmayarme. Alguien me robó el reloj antes de que llegara la ambulancia.



Recuperé el conocimiento en St. Thomas, con el doctor Patel de pie a mi lado.

—Qué vida tan excitante lleváis tú y los tuyos —dijo meneando la cabeza.

Dios, me sentía fatal. Me dolía todo el cuerpo.

—¿Cómo de mal estoy? —pregunté.

—Tienes la nariz rota, aunque creo que ya lo sabes.

Asentí. Gran error, hacerlo me dolió de la hostia.

—No hay nada más roto —continuó— pero estás cubierto de cardenales. Es casi como si quienquiera que lo hizo supiera lo que estaba haciendo. El máximo dolor con el mínimo destrozo.

Le pedí que rebuscara en mi ropa y encontrara la dirección para la tumba de Joe.

—¿Puede ocuparse de todo?

—Sí, desde luego.

—¿Cuándo podré salir?

—Debería descansar algo.

Convinimos en que me daría el alta por la mañana. Me daría analgésicos para ayudarme a pasar los próximos días. Mientras yacía en aquel lugar, me di cuenta de que Joe, probablemente, seguiría allí. Al menos, seguía haciéndole compañía, aunque no de la manera que había planeado.

13

El domingo por la noche, de camino a casa, le ordené al taxi que se detuviera junto a una tienda de licores.

—¿Podría cogerme una botella de *whisky* irlandés? —pregunté. Suponía que yo mismo podría salir del vehículo y comprarla, pero que no sería capaz de volver a entrar. El taxista asintió.

—¿Le ha atropellado un autobús? —me dijo cuando le pasé el dinero.

—Un autobús negro.

—Son los peores. ¿Alguna marca de *whisky* en particular?

—Black Bush^[4].

—Buena elección.

Volvió en un momento y me alargó la botella.

—Tómese unos Radox y un baño de vapor.

—Lo haré, gracias.

Una vez en casa me movía como un inválido, así que tomé unos analgésicos. El doctor Patel me había advertido sobre mezclarlos con alcohol. Sí, bueno. Abrí la botella y le pegué un buen trago. Guau, menuda coz en el estómago. Cómo se las gastaba aquel *whisky*.

Encendí la radio. *Sorry*, de Tracy Chapman. Perfecto. Abrí el grifo de la bañera hasta que el agua salió hirviendo. Seguí dándole al Bush.

Una hora después, resplandeciente gracias al baño y al *whisky*, ya no me dolía nada. Encontré un albornoz de lana y me envolví con él. Tenía un logo pero lo veía todo borroso. Sonó el timbre. Me arrastré a la puerta para abrir.

Norton, con cara de corderito.

—Dios, ¿qué te han hecho?

—Lo peor que pudieron.

Miró el albornoz pero no hizo ningún comentario.

—¿Puedo pasar?

—¿Por qué no?

Vio la botella medio vacía.

—¿De fiesta?

Ignoré sus palabras, me acerqué al sofá y me desplomé sobre él.

—Hay cerveza en la nevera —dije.

—Bien, creo que tomaré una.

Abrió una lata y se sentó frente a mí.

—Lo siento, Mitch. Pensé que venías detrás de mí.

—Pues no.

Hora de intentarlo con la indignación.

—¿Qué te dije? ¿No te dije... que si se ponía chungo, corrieras?

—Debí olvidarme.

Bebió un trago largo.

—No te preocupes. Mitch, ya los cogeremos, ¿eh?

Estaba demasiado relajado como para enfadarme. Mejor dejarlo para otro momento. Norton dejó caer un fajo de billetes sobre la mesa.

—Al menos cobramos, ¿no, colega?

—Okey.

—Bueno —dijo ahora intentando ponerse amistoso—, ¿de qué va ese otro trabajo que tienes?

Se lo conté todo, incluso lo de los rápidos movimientos pugilísticos del mayordomo.

—Esa vieja damisela... —dijo— parece como si te pusiera cachondo.

—No seas estúpido.

—Cuéntame otra vez lo del Silver Ghost.

Échale la culpa al alcohol, pero le conté demasiado. Debería haber visto el brillo de sus ojos. Como ya he dicho, tenía la cabeza embotada.

—A mí me suena a botín.

—¿Qué?

—Merece la pena hacer una visita.

—Oye.

—No, venga, Mitch, como en los viejos tiempos. Seguro que hay toneladas de dinero, joyas y cuadros.

Me puse de pie, aunque no es que impusiera mucho vestido con aquel albornoz.

—Billy, olvídale. ¿A quién crees que acudirán primero los polis?

—Sólo era una idea. Mejor me voy ya.

Una vez en la puerta, le dije:

—Lo he dicho en serio, Billy: mantente alejado.

—Claro, Mitch, palabrita del Niño Jesús.

Regresé al sofá. Miré lo que quedaba del Bush, pero el sueño me atrapó antes de llegar a la botella. Me alegré de ello cuando me desperté el lunes por la mañana. Me sentía magullado y machacado, pero pensé que al menos podía dejarme caer por el trabajo.

Sonó el teléfono. El doctor Patel. Había hecho los preparativos para el funeral y me preguntaba si habría una ceremonia. Le dije que no. Joe sería enterrado el martes por la tarde. Le di las gracias y colgamos.



Increíble pero cierto: el metro estaba averiado y al final tuve que coger un

autobús. Una vez más, Holland Park parecía otro mundo.

Jordan me abrió cuando llegué a la puerta principal. Me echó una mirada de desaprobación.

—¿Accidente?

—Una sesión de entrenamiento muy intensa.

—No puede entrar por aquí.

—¿Perdona?

—La entrada de servicio está por detrás.

Nos echamos una mirada asesina, pero lo dejamos para otra ocasión.

Fui a la parte trasera de la casa y entré directamente a una cocina. Era como la de The Servant. Por desgracia, no esperaba encontrar a Sarah Miles en la mesa de la cocina. Jordan llegó en ese momento.

—¿Té? ¿Café?

—Café está bien.

Empezó a preparar los filtros.

—Vaya —exclamé—. ¿Café de verdad?

El mayordomo se permitió una leve sonrisa al tiempo que hacía un gesto en dirección al aparador.

—Hay muesli, cereales y tostadas. Lo que desee.

Asentí. Él se dio la vuelta para mirarme.

—O quizá esté más acostumbrado a las gachas de avena.

Mi turno de mostrar una pequeña sonrisa.

—Entonces, ¿tú eres todo el servicio que hay?

—La señora no necesita a nadie más.

El café comenzó a filtrarse. Olía de maravilla. Una de las decepciones de la vida es que el café nunca sabe tan bien como huele. Así la taza y lo probé.

—Joder, qué bueno está.

Jordan levantó un dedo a modo de advertencia.

—La señora no permite palabrotas en la casa.

—Puede oírnos, ¿verdad?

No contestó. Saqué dos analgésicos y me los tragué con el café.

—¿Le duele? —preguntó el mayordomo.

—Como si te importara.

Dejó la cocina para regresar con unos sobrecitos.

—Disuelva uno de éstos en agua. Son casi milagrosos.

No tenía nada que perder, así que llené un vaso, abrí uno de los sobres y se lo eché al agua. Los polvos se volvieron de color rosa.

—Bonito color.

—La señora los recibe desde Suiza.

Me lo bebí. Sabía dulce, nada mal.

—Me encantaría seguir charlando —dije—, pero mejor me voy a trabajar.

—Para eso está aquí, ¿no es cierto?

Una vez en el garaje volví a admirar el Rolls Royce. Habría dado cualquier cosa por darme una vuelta. Me llevó un rato ponerme el mono de trabajo. La nariz me dolía de cojones. Comprobé el tablón de trabajo:

Lunes — Pintar

Vaaaaale.

Estaba claro que a las ventanas y los postigos de la fachada delantera les iría bien una mano. Saqué la escalera y empecé a mezclar pintura.

Media hora después me sentí aliviado. El dolor que había azotado continuamente mi cuerpo menguaba.

—Dios bendiga a Suiza —grité.

Uno de los objetos más valiosos en prisión es un *Walkman*. Eso y un guardaespaldas. Te pones los cascos y te evades. No es muy inteligente hacerlo en el patio. No te puedes permitir no estar, al menos, cien por cien ojo avizor.

Tras apoyar la escalera en la pared, me puse los *Walkman*.

Tenía una cinta de Mary Black. Empecé con *Still believing: Strange prayers in high places...*

Créetelo.

Absorto en el ritmo de trabajo, no me di cuenta de que estaba en la ventana de un dormitorio. Pude ver una cama con dosel. Entonces apareció ella vestida con un camisón de seda. Pensé: «Ups, mejor salgo de aquí».

Ni me moví.

Se estaba quitando el camisón. Desnuda como un pajarillo. Su cuerpo estaba muy en forma. Comencé a empalmarme. Luego empezó a vestirse muy despacio. Medias negras y ropa interior de seda. Levantó la mirada, con una minúscula sonrisa en las comisuras de la boca. Bajé por la escalera con la mente en llamas. Mary Black estaba interpretando *Bright Blue Rose* pero yo no podía concentrarme. Cambié la escalera a otra ventana y seguí con lo mío.



No la vi durante el resto del día, pero su imagen me quemaba en la cabeza como un carbón candente. Llegó la hora de comer y me dirigí a la cocina. Había unos bocadillos perfectamente alineados sobre la mesa. Al lado, un bol de fruta. No había ni un ruido dentro de la casa, así que comí en silencio y luego salí para fumar.

Jordan apareció procedente de la parte delantera de la casa.

—No haces mucho ruido —le dije.

—No, no es necesario.

Imposible de rebatir. Ni lo intenté.

Pensé «que le jodan», y me concentré en el cigarrillo. Él se había quedado allí, mirándome.

—Hace un buen trabajo —me dijo al fin.

—Me encanta que te guste.

Más silencio. Dejé a propósito que fuese él quien guiara la conversación.

—¿Le gusta estar aquí? —quiso saber.

—¿Qué...? Oh... es diferente.

—¿Le gustaría mudarse?

—¿Disculpa?

—No a la casa principal. Hay una habitación sobre el garaje, un tanto espartana pero cómoda. Con televisión y ducha, por supuesto.

Me puse en pie.

—¿En serio?

—Se ahorraría los viajes.

No quería cerrar ninguna puerta. Si el asunto en Clapham se ponía feo, estaría encantado de tener una alternativa.

—Deja que lo piense —respondí.

Como si leyera mi mente, me dijo:

—Además, quizá pueda llegar a conducir el Silver Ghost —me dijo como si leyera mi mente.



Para cuando llegué a Clapham, el efecto del brebaje suizo se había pasado y estaba molido. Había un BMW aparcado frente a mi casa. Cristales tintados. La puerta se abrió y salió Norton.

—Alguien quiere conocerte —dijo.

—¿Ahora?

No pude ocultar la irritación de mi voz. Norton me chistó, cosa que nunca me ha hecho ni puta gracia.

—Es el jefe. Viene a verte en persona.

—Vaya por Dios.

Del coche se apeó un hombre alto con abrigo de cachemir, cabello negro azabache, el rostro lleno de picaduras de viruela y que andaría por los sesenta y tantos, rodeado de un despreocupado aire de poder. Otro tipo más grande aún se bajó del lado del conductor. Un musculitos.

—Señor Gant —dijo Norton—, éste es Mitch.

Gant extendió la mano y se la estreché.

—He oído hablar mucho de ti... Mitch.

—Señor Gant... Yo no he oído absolutamente nada sobre usted.

Miró a Norton por un segundo y luego soltó una gran risotada, una de las de echar la cabeza para atrás y llena de dientes.

—¿Entramos? —dijo Norton.

Abrí la puerta y les guié al interior. Gant echó un vistazo a su alrededor.

—No tienes contestador automático.

—No.

Gant chasqueó los dedos hacia Norton.

—Encárgate de ello.

—Voy a tomar una cerveza. ¿Queréis algo?

Norton y el guardaespaldas declinaron el ofrecimiento. Gant aceptó acompañarme con la cerveza. Fui a por ellas y aproveché para tomarme unos analgésicos.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Gant.

—Claro.

Se quitó el abrigo y se subió las mangas. Un tatuaje de la Marina Británica. Bebió la cerveza directamente de la botella, como si fuese un simple obrero.

Empecé a liarme un cigarrillo.

—¿Puedo fumarme uno de éstos? —me dijo.

Le pasé uno ya liado y se lo encendí. Le dio una buena calada.

—No fumo mucho, pero ésa es la mejor manera. —Asentí, suponiendo que pronto llegaríamos al grano—. ¿Qué tabaco fumas?

—Golden Virginia, ¿cuál si no?

De nuevo, un chasquido de dedos para Norton.

—Pide una remesa para Mitch.

Me di cuenta de a quién me recordaba Gant. En las novelas de Matt Scudder del escritor Lawrence Sanders hay un personaje llamado Mick Ballou. Un carnicero que despacha a sus enemigos sin piedad. Al mismo tiempo, es un obrero al que nada le gusta más que tomar una copa con los amigos.

El error es pensar que es uno de ellos.

Gant se inclinó hacia delante, en plan charla de hombre a hombre.

—Te portaste de maravilla en Brixton. —Resistí el impulso de tocarme la nariz rota—. Hay que tener pelotas para enfrentarse a media docena de tipos.

Intenté parecer modesto, lo que es muy difícil con la cara llena de golpes. Gant siguió hablando.

—Un hombre como tú es como enviar un mensaje. De modo que voy a poner un bloque de edificios en Peckham bajo tu control.

Miré a Norton, que permanecía impasible.

—Me siento muy honrado pero todavía le estoy cogiendo el tranquillo. Me gustaría seguir con Billy durante una temporada y aprender algo más.

Una gran sonrisa iluminó su rostro picoteado.

—Magnífico. Pero me gusta premiar los buenos trabajos. Te tengo reservada una sorpresa especial, hijo mío.

—¿Sí?

—¿Estás libre el miércoles?

—Claro.

—Espléndido. Billy te recogerá sobre las siete. No te decepcionará.

Concluidos los negocios, se puso en pie.

—¿Ha oído hablar de Mick Ballou? —le pregunté una vez en la puerta.

—¿Quién?

—Un personaje de novela.

—No leo ficción. Y se marcharon.



El martes ya me iba curando poco a poco. Fui a trabajar, pero no vi ni a Jordan ni a Lillian. La entrada de servicio estaba abierta y mi desayuno sobre la mesa. Cumplí con una buena mañana de trabajo, aunque fue espeluznante no ver a nadie. A la hora de comer me di un paseo hasta Notting Hill Gate, sólo para ver gente. Entré en el Devonshire y tomé media pinta y pan con queso y cebolla. Escogí un asiento al lado de una ventana para poder ver el mundo. Se me sentó delante un *hippie* con una camiseta que rezaba:

JOHN VIVE
YOKO APESTA

Era un espécimen de la variedad de Portobello Road. Largo cabello fibroso, mala dentadura. Su cerebro, frito en los sesenta, no había vuelto a tocar suelo firme desde entonces. Tenía una copia bastante manoseada de Beowulf. Me hizo la señal de la paz. Al menos, así me tomé el gesto. Tenía delante una pinta de Guinness.

—Eres un obrero —me dijo.

—Se nota, ¿eh?

—Las manos, tío. Trabajo bueno y honrado. —Pensé que podría ser un buen juez. Asentí—. Un héroe de la clase trabajadora, tío.

—¿Tú crees?

—Eso decía John, tío... ¿Tienes un cigarrillo? —Le di uno liado—. Genial.

Hora de despedirse.

—Piérdete —le dije.

—Eh, hermano, ¿quieres comprar un reloj?

—No.

—Es un Rolex, tío, auténtico.

—No tengo tanto estatus.

—Yo tampoco, tío, pero hay que intentarlo, ¿no?
Se me ocurrieron un montón de réplicas pero lo que dije fue:
—Tan solo... *Imagine*. Le alegré el día.



Terminé de trabajar a las cuatro y seguía sin haber ni un alma. Me imaginé que:

confiaban en mí
o me estaban poniendo a prueba.

En cualquier caso, no robé nada.

Para ser sinceros, me senté un rato en el Silver Ghost. Tuve algún sueño loco. El coche olía a

tapicería elegante
roble
cuero antiguo
riqueza.

Mientras recorría el camino de salida me di la vuelta rápido para mirar la casa y vi moverse una cortina en la ventana del dormitorio.

Aquello me hizo sonreír.

En Notting Hill Gate entré en el Oxfam y encontré un traje negro. Me quedaba casi perfecto.

—Vaya, qué gran hallazgo —me dijo el voluntario de la caja registradora.

—No tanto, es exactamente lo que andaba buscando.

Lo que sí fue una suerte fue una edición de Penguin de *Cuando partí una mañana de verano*, de Laurie Lee.

Enfrente del Burger King había un tipo vendiendo el *Big Issue*. Le compré uno.

—Esta tarde entierran a un vendedor del *Big Issue* —le dije.

—Sí... ¿dónde?

—En Peckham.

—Lo siento, amigo, es peligroso de cojones.

—Creo que el difunto apreciaría el esfuerzo.

—Está muerto, sus días de apreciar se han terminado.



Llevaba en casa unos veinte minutos. Me había

duchado

tomado una cerveza

tragado un analgésico.

Ya no sentía dolor.

Me puse el traje de Oxfam. Las mangas eran cortas y las perneras demasiado largas, pero por lo demás me quedaba como un guante. Me había puesto una camisa BOSS nuevecita del armario. Parecía un predicador.

Sonó el timbre.

Briony. Estaba impresionante con el vestido negro.

—Estás asombrosa.

—Lo sé.

Entró y me examinó con ojo crítico.

—Pareces un enterrador —sentenció.

—Gracias, Bri.

Rebuscó en su bolso y sacó una rosa.

—¿Te parece?

—Perfecto.

—¿Puedo tomar algo?

—Claro, ¿qué quieres?

—Cualquier cosa mortal, sólo llevo dos.

—¿Black Bush?

—Genial. —Chocó su vaso contra mi cerveza—. Por Michael.

—¿Quién?

—Tu amigo.

—Joe.

—¿Estás seguro?

—Créeme. Al cien por cien.

—Vale, por Joe.

Bebimos. Llamé a un taxi que llegó al momento. El conductor era un rastafari y el coche apestaba a hierba.

—A Peckham.

—Sin problemas.

El cementerio se halla detrás de la estación de autobuses. Al otro lado, un casino. Pensé que a Joe le gustaría oír lo de

NO VA MÁS.

El enterrador aguardaba. La tumba estaba preparada y había dos hombres a su lado. Sin cura. Unos minutos más tarde llegó un hombre.

—Doctor Patel —dije—, que bien que haya venido. —Y se lo presenté a Bri. Ella sostuvo su mano un poco más de lo normal.

—¿Unas últimas palabras? —dijo el enterrador.

Meneé la cabeza. Les hizo una seña a sus hombres y éstos bajaron el ataúd. Arrojé a la fosa el *Big Issue* y Bri la rosa. De pronto, en la verja, apareció un hombre con traje escocés y toda la parafernalia al completo. Empezó a tocar *The lonesome boatman* con la gaita.

No sé nada sobre la belleza, pero la melodía era hermosa.

—Una sorpresa de última hora —dijo Bri.

—¿Cómo lo encontraste?

—Enfrente de Selfridges. Suele tocar allí.

—Gracias, Bri.

Me echó una enigmática sonrisa.

—Gracias por el médico.

Oh-oh...



Les di algo de dinero a los enterradores.

—¿Sabía que Rod Steward fue enterrador? —me dijo uno de ellos.

¿Cómo se replica a eso?

—¿Usted canta? —Le dije.

—Ni una nota, amigo.

Soltaron una carcajada de complicidad. Luego pagué al gaitero, por así decirlo.

El doctor Patel mantenía una conversación animada con Bri.

—Como suele ser en los funerales —les dije—, hay un refrigerio al final. ¿Puedo invitaros?

—Sí —dijeron ambos.

Para largarnos de Peckham, nos fuimos al Charlie Chaplin, en Elephant. Lo mejor que puede decirse es... que es grande.

Bri y el doctor cogieron una mesa y yo fui a pedir.

—Me encanta el traje —me dijo el camarero, muy salado él.

—Ha estado en la familia durante años —repliqué.

Se le encendieron los ojos y pensó: «Un jugador».

—No lo deje escapar —me dijo.

—Ni de coña.

Con el ingenio agotado, pedí

bocadillos con pan tostado

unos ponches
unas cervezas
patatas fritas
nueces.

Cuando lo trajo todo a la mesa, el camarero exclamó:

—*Voilà!*

Nos concentramos en la comida y la bebida. El doctor no se quedó atrás. Se echó al cuerpo el ponche, lo bajó con la cerveza y le metió caña al bocadillo. Bri se acercó a la máquina de discos y de repente fuimos bombardeados con *Hey, if you happen to see the most beautiful girl...*

Hasta yo podía cantar aquélla.

—Doc, ha sido todo un detalle venir.

—Por favor, llámame Sanji.

—Lo intentaré.

Se rió antes de preguntar:

—¿Está mal que diga que me lo estoy pasando bien?

—Es esencial que se lo pase bien.

Bri volvió.

—La máquina de discos es último modelo. —Luego se dirigió sólo a Sanji—. ¿Naciste en la India?

—Sí. Soy de Goa. Aparte de las raves y los *hippies*, tenemos los restos momificados de San Francisco Javier.

Bri y yo debimos poner cara de ignorancia.

—¿No sois católicos?

—Ni siquiera somos unos ateos decentes.

Masticó unos cacahuetes antes de decir:

—Su cuerpo se ha preservado, lo que se ha reconocido como un milagro.

Como ninguno de los dos replicamos, continuó.

—Alguien robó un dedo gordo del pie.

—¿Qué?

—En serio. Hay por ahí suelto algún devoto creyente con el dedo gordo de San Francisco.

No me pude resistir, aunque le eché la culpa al ponche:

—¿Y no es eso católico, conformarse^[5]?

Sonrió pero no creo que le hiciera gracia. Bri se excusó para ir al tocador. Sanji me echó una mirada apreciativa y me preguntó:

—¿Puedo ver a... tu hermana?

Mierda.

—No te lo aconsejo.

—No obstante...

—Lo harás de todos modos. Sanji, eres un buen tipo, me caes muy bien, pero ella no es para ti.

—¿Me dejarás intentarlo?

—¿Puedo detenerte?

—No.

Bri volvió y Sanji dijo que iba a pedir otra ronda.

—¿Lo mismo para todos?

—Por qué no.

Bri se me acercó.

—Le quiero.

—Dios.

—No, en serio, Mitch... Es como mi alma gemela.

Sin una pizca de enfado, sólo para que pisara tierra, le pregunté:

—¿Qué pasa con Frank?

Me ganó una fulminante mirada de menosprecio.

—Frank está muerto, Mitch. Cuanto antes te hagas a la idea, mejor para todos.

Sanji regresó y sentí que era el momento de irme. Estreché su mano y me despedí.

—No cabe duda de que nos veremos —le dije.

Me echó una mirada preocupada, mitad médica, mitad india.

—La trataré como un caballero.

—Eso es lo que crees.

Cuando llegué a la puerta, el camarero me dijo:

—Eh, fiestero, no puedes irte aún.

—La fiesta se acabó para mí.

Se puso la mano en la cadera y puso los ojos en blanco.

—Mmmh... un tipo duro.

Una vez en el exterior le hice una seña a un taxi y decidí que la semana siguiente me compraría un coche.

De vuelta en el apartamento, sólo quería despatarrarme y descansar. Encendí la televisión y, cómo no, empezaban a emitir «A quemarropa».

—Ése sí que es un tipo duro —exclamé cuando apareció Lee Marvin con un traje parecido al mío.

El miércoles amaneció lluvioso. Aun así, fui a trabajar. Jordan, que estaba en la cocina, me echó una mirada crítica.

—Sus heridas se están curando.

—¿Tú crees?

—Eso parece.

Un comentario muy zen.

Algunos desagües estaban atascados y me preguntó si podía hacer algo.

—Claro —le dije.

Qué bastardo. Me llevó todo el día. Cerca de las cuatro estaba manos a la obra, trabajando en un canalón y con la cara chorreante de agua sucia, cuando ella apareció. Llevaba un vestido rojo de punto que se pegaba a sus curvas.

—Eso es lo que me gusta ver —dijo—, un hombre doblando la espalda.

Terminé el puto trabajo y me puse de pie. Ella se acercó a mi hombro, de nuevo con aquella sonrisa de complicidad. No sé si fue por el funeral de Joe, por la paliza, por pura química o por simple locura, pero la agarré, tiré de ella hacia mí y la besé.

Primero forcejeó un poco pero luego se pegó más a mí. Le metí la lengua en la boca y puse mis manos en su culo. La lluvia empezó a caer con más fuerza y ella se separó.

—Espero que puedas terminar lo que has empezado —me dijo.

Y se marchó.

Nos quedamos de pie bajo la lluvia, mi empalmada y yo, y recordé que era miércoles... La sorpresa del señor Gant. De vuelta en el garaje, me estaba quitando la ropa de trabajo empapada cuando apareció Jordan.

—Nos hemos tomado la libertad de seguir con lo del apartamento sobre el garaje. Está todo preparado.

—Mierda, no sé.

—Hay una ducha, un chándal limpio... Por favor, sírvase usted mismo.

Lo hice.

Era una especie de estudio con:

cama

ducha

cocina pequeña.

Y tío, montones de lujosas toallas limpias. Cuando era convicto, me daban una toalla por semana.

Me escaldé en la ducha y, al salir, reparé en un pequeño frigorífico bajo el televisor que resultó estar repleto de cerveza. Abrí una Grolsch y le di un buen trago.

La cama estaba recién hecha y me sentí muy tentado de probarla, pero tenía lo de

la sorpresa de Gant.

El chándal era nuevo, negro, de talla grande con el logo

CORTESÍA DEL HOTEL CLARIDGE

Hora de irse.

Al salir me encontré con Jordan.

—La señora Palmer ha expresado una cierta... *satisfacción* por su... trabajo.

—La satisfacción es mi objetivo.

Maldita Grolsch. Jordan sonrió con tristeza.

—Elija sus objetivos con sabiduría —dijo.



La Northern Line estaba tan concurrida como de costumbre y no llegué a casa hasta las siete. El coche de Gant estaba aparcado fuera. La puerta se abrió.

—Llegamos tarde, entra —dijo Norton.

Musculitos conducía, así que en el asiento trasero estábamos sólo Billy y yo.

—¿Dónde cojones estabas?

—Oye... Billy... despierta. Estaba trabajando.

Me miró el chándal.

—¿Estabas en el Claridge?

—Sólo como consejero.

Norton estaba muy nervioso y tenía la frente cubierta por una ligera capa de sudor. Encendía un cigarrillo tras otro.

—¿Cuál es la sorpresa? —pregunté.

Dijo algo entre dientes.

—Ya lo verás —dijo luego, lúgubre.

Condujimos hasta New Cross y nos detuvimos frente a un viejo almacén.

—¿Esto no solía ser un matadero?

Norton me echó una mirada de las que matan. Salimos del coche y entramos en el edificio.

—Vamos al sótano.

—No sabía que hubiera algo bajo el suelo.

—Hay la hostia de cosas que no sabes, colega.

Y bajó.

Allí olía a podrido, a orina y a desolación. Conocía el hedor. Abajo estaban Gant y otros dos hombres. Se encontraban de pie alrededor de un cuarto atado a una silla. Un tipo negro. Tenía en la boca una tira de cinta adhesiva de color plateado que chorreaba sangre, por lo que supe que le habían roto los dientes. La firma del sudeste

de Londres.

El hombre de color llevaba una sudadera Nike empapada de sudor. Vestía pantalones caqui Gap manchados por haberse meado encima. Gant llevaba un abrigo Barbour y pantalones de pana marrón. En una mano, una Browning automática blandida con dejadez, casi de forma accidental.

—Ah, Mitch, que bien que hayas podido unirme a nosotros —dijo Gant.

Los enormes ojos del hombre negro se fijaron en los míos, como pidiendo ayuda.

—Como ya te dije —prosiguió Gant—, aprecio de veras tu firme resistencia frente a los... protectores. Así que ahora te ofrezco uno de ellos en señal de gratitud.

Aspiré hondo.

—Éste no es uno de ellos.

Gant casi explotó, miró a Norton, al hombre de color y luego, despacio, otra vez a mí. Sus ojos eran piedras negras.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó—. Todos parecen iguales.

—Señor Gant, cuando a uno le dan una paliza con tanta precisión, se recuerda bien.

Gant movió uno de sus pies y aplastó el tobillo del prisionero. Después se volvió hacia Norton para decir:

—Tú, estúpido, ¿qué has hecho? ¿Coger al primer negrata que has visto?

Norton no dijo nada.

Gant pugnaba por mantener el control de sus emociones. Luego se encogió de hombros.

—Está bien.

Y disparó al hombre en la cabeza.

El disparo reverberó en el almacén y juro que oí cómo echaban a volar las palomas.

—Siento mucho, Mitch —dijo Gant—, haberte hecho perder el tiempo.

Un millar de pensamientos me atravesaban la cabeza pero decidí jugar al póquer.

—No todo se ha perdido, señor Gant.

—¿En serio? —me respondió tratando de refrenar el sarcasmo.

—Desde luego. Deje al hombre en la silla y envíelo como está a ese edificio de Brixton con un cartel.

—¿Un cartel?

—Claro. Algo como «El que la hace la paga».

Una sonrisita empezó a asomar en los labios de Gant y terminó por convertirse en una sonrisa de oreja a oreja.

—Brillante —dijo—, me encanta. Norton, encárgate del reparto.

Norton parecía muy cabreado.

—Señor Gant, eso puede ser complicado —dijo, lo que le valió una mirada de mil demonios de Gant.

Éste se acercó a mí y me rodeó con el brazo.

—Señor Mitchell, puede que te haya subestimado.

Adopté la más modesta de mis expresiones. Él dio un paso atrás y me miró de nuevo.

—Dios Santo, me encanta el chándal.



La mañana del jueves, de camino al trabajo, la nariz me dolía horrores. Me negué en redondo a analizar los hechos de la noche anterior.

Como decía Joe De Vecchio en *The Thirteenth Valley*: «No es nada, sigue conduciendo».

Fingí estar en la misma situación.

Como es natural, había mucha cola y todo el mundo pagaba con tarjeta. No tengo pase semanal porque me voy a hacer con un coche cuanto antes.

Un anciano delante de mí estaba malhumorado por el retraso. Al final conseguimos nuestros billetes y nos dirigimos a las puertas. Cuando las atravesamos, la cartera del anciano se le cayó del bolsillo.

Una cartera bien repleta. Sólo el revisor y yo la habíamos visto.

Hubo un momento, un glorioso segundo suspendido en el tiempo en el que los instintos superan a las creencias. Me agaché y la recogí.

—Señor, creo que se le ha caído esto.

El revisor y yo nos miramos a los ojos mientras él se tocaba la punta de la gorra con el dedo. El anciano estaba sorprendido y muy agradecido.

Me deshice de su gratitud con un encogimiento de hombros. Me conozco muy bien. Cuando duermes encerrado doce horas al día en un camastro tocas fondo. Si el revisor no la hubiera visto me la habría quedado, sin duda.

Me subí al tren, escogí un asiento en un extremo y me dispuse a encender mi *Walkman*. Tenía el *Dance me to the end of love* y la vieja *Blue raincoat* de Leonard Cohen.

El anciano se sentó entonces a mi lado.

—Lamento profundamente interrumpirle pero le estoy muy agradecido. —Su forma de hablar era más engolada aún que la de Margaret Thatcher. Asentí. Embravecido, el hombre siguió hablando—. Debo contarle una historia de lo más notable. Tiene mucha semejanza con todo lo que acaba de ocurrir.

Cada pesado de Londres tiene una historia. Tan solo me gustaría que no tuvieran que contarla en el metro... pero allá vamos.

—¡Me habían pedido una muestra de orina! —Hizo una pausa para comprobar si yo entendía lo que era la orina—. Como tuve problemas para obtenerla en el hospital, me dijeron que debía traerla de casa.

Intenté parecer como si me interesaran todas y cada una de las palabras.

—Pero, querido muchacho —prosiguió—, ¿cómo iba a llenarlo?

Como no tenía ni pajolera idea, dije:

—Es complicado.

—Por eso usé una maldita botella de Johnnie Walker.

Si estaba esperando aplausos, no me quedaban. El anciano siguió parlotando.

—De camino me detuve en la oficina de correos para cobrar mi pensión.

—Hmmmh...

—Cuando salí, la botella había desaparecido. Para morirse de risa, ¿eh?

Habíamos llegado a Embankment y tenía que cambiar a la Circle Line.

—Guárdese bien dentro de los pantalones, ¿vale? —Le dije al salir.

El anciano sonrió, aunque con reservas.



Pasé el viernes en el tejado. Necesitaba una reparación mayor y decidí decírselo a Jordan.

—Confiemos en que aguante otro invierno.

—Entonces, ¿no me molesto?

Sonrió con languidez.

—Arregle los daños más evidentes, tampoco queremos que la señora se empape.

Aquello podía tomarse de cualquier manera. Tras una jornada de reparaciones puramente decorativas empecé a sentir vértigo. Decidí darme una ducha y tomar una cerveza. No había ningún chándal nuevo esperando. Lo cierto es que me quedé un poco decepcionado.

Era mi primera semana de trabajo, si no honesto, al menos regular.

Apareció Jordan y me entregó un sobre.

—Supusimos que lo preferiría al contado.

—Bien visto, Jord.

Como no se iba, estuve tentado de decirle: «Puedes retirarte».

—¿Qué? —Dije, en cambio.

—¿No va a contarlo?

—Confío en ti, colega.

Se quitó un pelo de la solapa con el pulgar y el índice.

—Estaría usted cometiendo un tremendo error.

Lo conté.

—¡Joder! —exclamé—, ¿esto es por una semana o por un mes?

Sonrió. Yo no es que estuviese entusiasmado, pero era un exconvicto muy contento.

—¿Qué dices, Jordy? Te invito a una bien grande en tu *pub* favorito.

Tras un segundo de silencio, contestó:

—No fraternizo con el servicio.



Esperaba haber visto a Lillian un momento pero no fue así. Una vez en el tren pensé en mis planes para el fin de semana. Así de simple: encontrar a los dos cabrones que habían reventado a Joe a patadas. A las ocho, me estaba terminando un curry y dejaba temblando un blister de seis cervezas cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Señor Mitchell... Soy R. Gant. No te molesto, ¿verdad?

—No, señor, tan solo me relajaba.

—Buen muchacho, Mitch... ¿Puedo llamarte así?

—Claro.

—¿Sin rencores por lo de anoche?

—No, señor.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Me preguntaba por qué estaría hablando como un pijo de mierda pero eso era asunto suyo.

—Dispare —le dije.

Una pausa.

—Estupendo, muy oportuno. Mi pregunta es: ¿Cuál crees que es el activo más valioso?

—Vaya, no sé. Probablemente el dinero... el sexo... y la televisión digital.

—Es el poder, Mitch, y la herramienta más poderosa es la información.

—Ha dado en el blanco, señor.

—Sí, al botón de mi aburrimiento.

—Me gustaría compartir algo de información contigo.

—Sí, señor.

—No por teléfono. He reservado una mesa para ocho en Browns para mañana por la noche.

—¿Browns?

—En Covent Garden.

—Vale.

Y colgó.

Tanto «Sí, señor» me había dejado un regusto amargo en la boca y me levanté a enjuagármela. Me devané los sesos, pero no se me ocurrió ni una sola cosa que pudiera decirme que tuviese el mínimo interés para mí.

El sábado por la mañana me levanté con una ligera resaca con sabor a curry. Nada serio, tan solo debía alejarme del picante. Pensé en Browns.

Justo mi tipo de local.

Normalmente no me dejarían entrar, y no les culpo. Cada uno sabemos dónde estamos. Para ellos yo no era más que una rata de cloaca. Pero a veces, gracias a la influencia de un señor Gant, se confunden y te permiten el paso.

Mientras tanto, tenía trabajo que hacer. Sabía que los asaltantes de Joe eran adolescentes. Uno llevaba una camiseta de Beckham y el otro era negro. Así que el sábado por la tarde estarían dándole patadas a un balón.

Hora de vestirse informal.

Me puse unos vaqueros desgastados y una camiseta sin lavar, de haber estado cocinando. Cogí la Glock y la probé sin balas. Sin problema. La cargué rápido. Cogí el 36 hasta la estación de metro de Oval. Si tuviera que describir cómo estaba, diría que me sentía

seguro

y

frío.

Comprobé cómo andaba Kennington. Todavía tranquilo. Okey. Subí paseando por Walworth Road y choqué los cinco con una banda con la que salí hace tiempo. Me arrastraron a un *pub* y me preguntaron qué quería tomar.

—Una Becks.

Y al momento, tenía cuatro o cinco botellas en mi mano. Sabían que acababa de salir.

—¿Cómo es, estar en chirona y tal? —Me preguntaron.

—Se está mejor aquí.

Las risas correspondientes.

Era un *pub* seguro. Es decir, el dueño había cumplido condena. Dieciocho, sin libertad condicional. Por lo tanto, allí se podía hablar.

—¿Necesitas pasta? —me preguntó Jeff, el organizador de la banda.

—Nah, tengo trabajo fijo.

Más carcajadas y otras cuatro botellas de Becks. El grupo hacía oficinas de correos, generalmente en la parte oeste o norte. No eran avariciosos aunque se llevaban un buen pico. Había pasado tiempo con ellos a los veintitantos.

—La semana que viene vamos al norte, Mitch —me dijo Jeff—. ¿Quieres venir?

Estuve tentado. Serían dos de los grandes sin complicaciones, pero ya no me dedicaba a eso.

—Quizá en otro momento.

No había tocado ni una cerveza. Se acercaban las dos y media de la tarde. Les dije que tenía que irme e intercambiamos las habituales despedidas de corazón del sudeste de Londres. En la calle deseé, por un momento, poder volver atrás.

En Kennington tenía lugar un disputado partido de fútbol. Me senté en el muro y observé con paciencia. Cinco contra cinco, mucha seriedad. Divisé al chaval de color justo a la derecha. Era uno de los suplentes.

Un par de residentes de la zona se sentaron junto a mí. Les ayudé a beberse unas latas de cerveza y charlé con ellos.

Entonces le vi, con su camiseta de Beckham y su talento salvaje, feroz. Marcó un golazo indescriptible desde el mediocampo.

A mi lado, uno de los hombres dijo:

—Ahí tiene, le han seleccionado.

—¿Perdone?

—Ese chaval, jugará en un equipo profesional cuando empiece la temporada.

—Tiene mucho talento —dije, y lo creía en serio.

—Sí, vive para jugar. Si le quitas el fútbol no es nadie.

El partido decayó después de aquello. Esperé. Al final, los espectadores se fueron yendo poco a poco. Pero no Beckham. Él siguió jugando, regateando, conduciendo el balón, aferrado a su sueño futbolístico. El chico negro esperaba, aburrido de narices.

Hora de darle al *rock and roll*.

Me levanté, estiré los músculos y miré en derredor. Despejado. Caminé despacio aproximándome al aspirante a Beckham. Ni siquiera llegó a verme. Saqué la Glock y le disparé a las dos rodillas desde atrás.

Cuatro veces.

Me fui directo a por el chico de color, cuya mandíbula se había caído literalmente. Le metí el cañón en la boca y le dije:

—No esta vez, pero pronto.

Y me fui. Cogí el 3 en el extremo más lejano de Kennington Park y en dos minutos estaba en Lambeth Bridge.

Cuando llegamos a la altura de Embankment, entrando en Westminster, dejé que la canción de Hendrix llenara mi cabeza. Tenía el cuerpo bañado en sudor.

—Hey, Joe.



Llegué a casa con el cuerpo lleno de adrenalina y alternando sudores fríos con sofocos. Pensaba: «Entonces, para matar a alguien basta con apuntar más arriba».

Jesús. Repasé mentalmente los disparos a Beckham. Tan fácil...

Lo peor había sido parar tras los cuatro disparos. Tan solo estaba empezando. Tío,

empecé a comprender la seducción de las armas.

Miré el reloj, dos horas para encontrarme con Gant. Tenía que sosegarme. Me lié un porro bien grande, murmurando:

—Una Zanahoria de Camberwell^[6], una cerveza y todos tranquilos.

Un par de profundas caladas después estaba más relajado.

Entré en la ducha con el agua tan fría como fue posible.

—¡Joder! —grité—. ¡Me estoy congelando!

Recordé la primera semana en prisión, cuando me hicieron el «trenecito». Ocho o nueve tipos metiéndomela, sangre por todas partes... y pensaba: «Aprenderé».

Y lo hice.

Salí de la ducha, sacudiéndome el agua y los recuerdos.

Vestirse para impresionar. Sí, nena.

Me puse los caquis Gap, una sudadera azul oscuro y la cazadora.

Pensé: «Phil Collins vive».

Preparado para la fiesta, me acabé el porro y entonces sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Mitch, soy Briony.

—Hola, hermanita.

—¿Estás bien?

—¿Qué?

—Suenas raro.

Mierda, te pasas el día disparando a futbolistas y tu voz ya suena rara.

—¿Querías algo? —No pude evitar ponerme irascible.

—Estoy enamorada, Mitch.

—Bien por ti.

—Pareces enfadado, Mitch.

—Me alegro por ti, Bri, ¿vale?

—Me dio tres orgasmos.

Lo cual era el triple de información que necesitaba.

—Oh —dije.

—¿Estás cabreado, Mitch? ¿Por haber traicionado nuestra raza?

—¿Qué?

—Habría preferido un blanco, pero así es el karma.

Pensé en un millón de frases despectivas pero me decidí por:

—Que seas feliz, Bri.

—Al primer niño le pondremos tu nombre.

—Gracias, Bri.

—Te quiero.

—Lo mismo digo.

Y colgó.

Ahora en serio: después de una llamada como ésa, ¿cómo es posible creer que la

vida tiene un propósito?



Llegué a Covent Garden a las ocho. Browns tenía portero. Antes de que él empezara a jugar a los nazis, le dije:

—El señor Gant me está esperando.

—Adelante, señor.

El interior era todo felpa y estilo Regencia. Repetí el numerito Gant en recepción y me guiaron hacia el comedor. Sólo había unos pocos invitados y en la mesa de la ventana el hombre en persona.

Se levantó para saludarme. Ataviado con un traje gris de lana, era la viva imagen del éxito. Me estrechó la mano con calidez.

—Estoy encantado de que pudieras venir. Dime, hay dos Browns en Covent Garden, ¿cómo supiste cuál era?

—El otro no tenía portero.

Se rió en silencio.

—¿Una copa antes de cenar?

Dennis Lehane tiene una novela titulada «Un trago antes de la guerra».

—Vodka martini —dije, pensando que a donde fueres, haz lo que vieres.

El camarero vino y Gant pidió dos martinis. Los ojos de aquél, quien pasaba por poco de los cuarenta, se encontraron con los míos por un momento. Fue suficiente. Contenían arrogancia y desdén a partes iguales. Además, aquel bastardo era feísimo. La cárcel tenía un buen montón de ellos... los guardias.

Llegaron las bebidas y echamos un trago.

—Me gustaría que organizaras las recaudaciones en Brixton, Clapham, Streatham y Kennington.

—No estoy seguro, señor Gant.

—Llámame Rob, ¿vale?

—Okey. Rob.

—Ya no tendrás que llamar a la puerta nunca más. Supervisarás los equipos y te asegurarás de que no sisen demasiado. A todos nos gusta robar un poquito pero a nadie le gusta un hijo de puta avaricioso. Tu señor Norton, por ejemplo, se está volviendo demasiado ambicioso.

—Rob, es mi colega.

El camarero trajo los menús.

—Te recomiendo el lenguado al limón —dijo Rob.

—Creo que probaré el bistec.

—Oh.

Pedimos, y Rob añadió dos botellas de un vino que no sé pronunciar. El camarero repitió la marca con un acento intachable para que yo lo entendiera. Llegó la comida y ambos apartamos la verdura y las patatas. Rob atacó su plato con entusiasmo.

—En serio —dijo—, deberías haber pedido el pescado.

—En la cárcel hay un montón de pescado.

El camarero escanciaba nuestras copas cuando dije aquello. Para que él me entendiera a mí.

—¿Has oído lo del tiroteo de hoy en Kennington? —preguntó Rob.

—No, me he perdido las noticias.

—Un joven futbolista.

—Si viera Sky Sports, no podría creer que no disparasen a la mitad de ellos.

—Te pasaste por allí, ¿verdad?

—¿Por Kennington? No... No es mi estilo de barrio.

Ya se había terminado su comida y me miraba fijamente.

—No comes como un convicto.

—¿Disculpe?

—Protegiendo el plato.

—No desde que leí «Miami Blues».

Rob pidió el postre: tarta de manzana con dos bolas de helado.

Yo pasé. Llegamos al café y encendió un cigarrillo.

—Fuma si quieres —me dijo.

Quería que el camarero me viera liarme uno, para hacer su noche más miserable.

—Ese libro —continuó— no elimina todos los hábitos, ¿eh?

Pensé que no hacía falta responder.

—Recordarás que te dije que la información es poder —dijo Rob cambiando de tercio.

—Sí.

—A cambio de lo que voy a decirte, quiero algo de ti. ¿Te interesa?

—Desde luego.

Apagó el cigarrillo.

—Cumpliste tres años por agresión.

—Sí.

—Pero no recuerdas nada.

—Eso es.

—Tú no lo hiciste.

—¿Qué?

—El de la paliza fue tu amigo Norton.

—Eso es imposible.

—¿Tenías marcas en las manos?

—No... pero...

—Las de Norton estaban hechas trizas. El camarero que salió detrás de ti lo vio

todo. Tú estabas demasiado ebrio para ponerte en pie. Norton salió pitando y los polis te encontraron a ti. ¿Más café?

—Dios... yo... No.

—Un coñac para el disgusto.

El camarero trajo una de esas copas anchas en las que casi se puede lavar una camisa y dejó una botella de Armagnac en la mesa.

Rob sirvió una copa generosa.

Mi mente giraba sin parar. Me bebí el coñac de un trago. Me abrasó las entrañas pero me puso el corazón en marcha.

—Necesitarás tiempo para... digerir la información.

—¿Por qué me lo cuenta?

Rob lo pensó un poco antes de contestar.

—Podría decir que es porque te aprecio, pero no creo que te tragues eso. Norton se ha convertido en un gran problema. Y ahora, el problema es tuyo.

—¿Y si no hago nada?

Rob extendió las manos sobre la mesa antes de decir:

—Eso sí que sería una gran sorpresa.

Encendí otro cigarrillo y traté de asimilarlo todo.

—Dijo que quería algo de mí.

—Sí. ¿Crees que mi información era valiosa?

—Es una buena forma de expresarlo. ¿Qué es lo que quiere?

—Un Rolls Royce Silver Ghost.

Me eché a reír en alto.

—Está de broma. Yo uso el autobús.

—Pero tienes acceso a uno.

Las piezas encajaron en su sitio.

—El hijo de perra de Norton se lo ha dicho.

Rob sonrió.

—¿Por qué no lo roba usted mismo? —le pregunté—. Mierda, ya sabe dónde está.

Meneó el dedo índice en señal de desaprobación. El gesto me gustó la hostia.

—No lo entiendes, Mitch. Quiero que tú lo robes por mí.

—¿Por qué demonios?

—Llámalo un gesto de buena fe.

Se excusó para ir al baño. El camarero aprovechó para abalanzarse sobre mí y decirme con desprecio:

—¿Le traigo la cuenta, señor?

—Sí, y date una prisa de cojones.

Rob volvió e insistió en pagar él. No discutí.

Cuando nos íbamos, me tocó el hombro.

—No hay prisa... pero digamos que la entrega podría ser... ¿en un mes?

Afuera, donde su coche ya esperaba, me dijo:

—Me ofrecería a llevarte pero, como tú mismo has dicho, eres más de autobús.

—Rob, no creo que acepte su oferta de trabajo.

—Bien, entonces el alquiler de tu apartamento son quinientas libras a la semana.

—Venga, Rob...

—Oh, y otra cosa, ahora que estamos fuera... es señor Gant para ti.

Y con eso, se metió en el coche y se largó.

Iba a caminar por Drury Lane pero decidí que ya había tenido suficiente teatro por una noche.

Me largué de Clapham al día siguiente. Metí en la maleta lo esencial:

pistola
dinero
droga.

Me llevé la chaqueta Gucci (sólo un loco no lo haría). Y algunas sudaderas y vaqueros. Dejé la cazadora y el traje oscuro. No entraba en mis planes asistir a más funerales. Media docena de novelas negras. Fui capaz de meterlo todo en una sola bolsa. Se trataba de viajar ligero. Y con las mismas, me fui.

Mientras subía por la entrada de Holland Park deseé que hubiera alguien en casa. Rodeé el edificio hacia la entrada de servicio. Jordan estaba en la mesa de la cocina leyendo la sección de economía de *The Sunday Times*. Si se sorprendió al verme, lo ocultó de maravilla.

—¿Haciendo horas extras? —me preguntó.

—En realidad he venido para vivir con vosotros.

Dobló el periódico con minuciosidad.

—La señora tenía razón.

—¿Ah, sí?

—Afirmó que se mudaría antes de una semana. —Se levantó—. Sírvase un café mientras le preparo la habitación.

Me senté pensado: «Joder, ha sido fácil».

Me estaba liando un cigarrillo cuando recordé la prohibición de fumar. Lo encendí de todos modos. Yo vivía allí. Cuando Jordan volvió miró el humo pero lo dejó pasar.

—Creo que tiene todo lo que puede necesitar: ducha, hornillo, nevera. No hay teléfono, así que le dejaré un móvil hasta que le instalemos una línea.

—¿Cuáles son las normas?

—¿Perdone?

—Sí, hombre —le dije—, las obligaciones y las prohibiciones.

Jordan sonrió. A este tío le gustaban los planes.

—Muy sencillo. Manténgase lejos del edificio principal a menos que sea convocado.

—*Convocado*. Ardo en deseos.

Las convocatorias comenzaron antes de lo que ambos esperábamos. Una campana sonó.

—Disculpe —dijo el mayordomo.

Diez minutos después estaba de vuelta.

—La señora le da la bienvenida a Los Olmos y desea saber si estaría preparado

para hacer de chófer como parte de sus obligaciones.

—Claro. ¿Tengo que llevar uniforme?

—Aquí no usamos uniformes.

Llevé mi bolsa al garaje y me dispuse a deshacerla. La habitación olía a aire fresco. El móvil estaba sobre la mesa.

Un Rolls Royce en el garaje, un móvil en la mano... Bienvenido a la cúpula del placer.

Primero llamé a Jeff.

—Jeff, soy Mitch.

—Hola, Mitch, me encantó verte el sábado. ¿Has cambiado de opinión con respecto al trabajo?

—No, amigo, gracias. ¿Qué sabes de un villano de nombre Gant?

—Guau... malas noticias. Un cabronazo de los pies a la cabeza.

—Vaya.

—Tu colega Billy Norton anda con él.

¡Mi colega!

—Es una idea peregrina, Jeff, pero... ¿no sabrás dónde vive?

—Sí, hice un trabajito con él, pero nunca jamás. Créeme, no quieres ir allí, amigo.

—Da igual, Jeff.

—Bueno, espera un momentito... —Una pausa—. El 19 de Regal Gardens, en Dulwich. Posee la casa y la mayor parte de la calle.

—Gracias, Jeff.

—Evita encontrártelo, amigo.

—Lo intentaré.

Después llamé a Bri para darle mi nueva dirección y el número del móvil. No dijo nada, así que tuve que preguntar.

—Bri... ¿Estás ahí?

—Es la dirección del vejestorio ese, ¿verdad?

—No es lo que piensas, es por trabajo.

—A su edad, seguro que es un trabajo muy duro.

Y me colgó.

Vaya, si Bri no se andaba con cuidado acabaría desarrollando un fino sentido del humor.

Le estaba dando caña al teléfono. Llamé a Norton. Sonaba como si le hubiera despertado.

—Billy, ¿estabas durmiendo?

—No... yo... estaba... mmmh... masturbándome. ¿Eres tú, Mitch?

—Sí.

—Estás jodido, tío.

—¿Perdona?

—Gant está que trina contigo. Ah... y estás despedido.

—Dios, Billy, pareces afectado por la noticia.

Un suspiro hondo.

—¿Qué es lo que pasa contigo, tío? Te consigo el mejor de los trabajos y te cagas en él.

—Eres mi colega, Billy... ¿cierto?

—Claro.

—Pues deja que te diga entonces que Gant tampoco está como loco contigo.

—Ahí lo tienes... ¿Lo ves? Mitch, has perdido un tornillo.

—Billy, ese tío es un pajarraco de cuidado.

—Mitch... Tú eres el pajarraco. Dijo que le debías algo.

—Le debo una mierda.

—Será mejor que pagues, Mitch. Se pone como loco con esas cosas.

—Una última cosa, Billy. Después de lo que le hice a aquel tipo hace tres años, ¿cómo tenías las manos?

Un largo silencio.

—Estás muerto, tío —me dijo—. Estoy hablando con un fantasma.

Y colgó.

Ahora sabía que era cierto. Bastardo de mierda...

En mi primer año en prisión había una reinona negra en el pasillo superior. Le habían dado mucha caña en su primera semana y lo habían hecho a conciencia. Sólo tenía dieciocho, edad suficiente para estar en la cárcel.

«Trabajaba» mucho, intercambiando mamadas por cosméticos y anales por lencería. Todas las noches, sobre las once y media, empezaba a cantar «Fernando», una versión lenta, preciosa. Muy *blues*. Muy triste.

—*Can you hear the drums, Fernando...*

Durante los minutos que duraba la canción, todo aquel lugar de mierda guardaba un silencio mortal. Ni un ruido. Sólo aquellas estrofas solitarias y dolorosas.

Una noche, en la fila para la cena, lo tenía delante.

—Tienes una voz maravillosa —le dije.

Se dio la vuelta, con las mejillas maquilladas y la raya del ojo trazada con betún.

—Oh, muchas gracias. ¿Quieres una mamada?

—Nah... Sólo quería decirte que tienes talento de verdad.

A esas alturas ya me arrepentía de haberle molestado. Un segundo más con él y volvería a convertirme en presa. Ya me iba cuando me dijo:

—No... Puedes follarme gratis.

Dios.

No sé por qué lo hice pero seguí hablando.

—¿Por qué haces... esas cosas?

—Es mi única protección.

¿Quién era yo para discutir aquello? Seguí andando y la vez siguiente que me saludó le dije:

—¿Con quién cojones hablas?

Pocos meses después apareció estrangulado con un par de medias.

Me dije a mí mismo que ignorarle fue mi protección. A veces hasta me lo creía.

Me levanté y arrojé el móvil sobre la cama.

—Billy, chavalote... —Dije en voz alta—. Vas a pagar por Fernando.



Hubo un tiempo en que Londres cerraba los domingos. Ahora, hasta las librerías están abiertas. Fui hasta Bayswater y me sumergí en el mundo árabe. Si alguien hablaba inglés, yo no me enteré.

Entré en Whiteleys y encontré lo que quería en la tercera planta. En la vitrina había un Silver Ghost, flanqueado por un Lamborghini y un Ferrari. El vendedor se aproximó. Le dije que me gustaba el Ghost y me lo alcanzó. Era una miniatura perfecta en cada detalle. Tampoco era barato. Mientras el tipo me lo envolvía, vi un de Loreau. El vendedor se percató de mi interés pero sacudí la cabeza. Pensé: «Y siguen sin vender ninguno».

Me hice con un sobre acolchado y algunos sellos. Luego escribí en el remitente:

ROB GANT

y su dirección. Le puse un solo sello y escribí con grandes letras mayúsculas:

FRANQUEO INSUFICIENTE

Y lo eché al buzón.

Me di un paseo por Hyde Park y pasé una hora rodeado de patinadores. La próxima vez cogería la Glock. Ya les iba a dar yo velocidad.

No tenía ni idea de qué hacer con Norton. Supuse que lo mejor sería no hacer nada. Conociéndole, él se encargaría de que pasara algo. Gant también estaría de camino. Podía haber dejado Londres pero... ¿adónde iba a ir?

Además, no quería irme.

Por si fuera poco, tenía fijación por Lillian Palmer y definitivamente quería ver cómo iba la cosa. ¿En qué otro sitio iba a disfrutar de la oportunidad de conducir un Ghost?

Entré en una cafetería y pedí unos huevos con beicon. El personal era tailandés y servicial hasta rayar en lo molesto. La comida era buena pero sabía un poco a pimienta. Mierda, ¿qué sabía yo? Quizá ocultaran algo.

Segunda parte

1

Me acosté con Lillian aquella misma noche.

Encima
debajo
de lado
en el suelo
en una mesa
sobre la cama.
Como suena.

—No entiendo cómo tienes problemas para mantener al personal —le dije en plena faena.

A las ocho de la noche, estaba echado en mi cama leyendo uno de la serie «Presa» de John Sandford.

El móvil sonó.

Era ella.

—Necesito compañía.

Y fui para allá. Recorrí la casa. Todas las luces estaban encendidas. Ni rastro de Jordan. Subí las escaleras. La puerta de su habitación estaba entreabierta. Llamé.

—Entra.

Cómo no.

Se encontraba de pie junto a la ventana, envuelta en un salto de cama de seda negra. Me acerqué.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó.

Y empezó el frenesí. Yo tenía tres años de cárcel que desahogar y ella tendría su propia historia.

Cuando al fin nos sentamos me preguntó:

—¿*Bucks fizz*?

—Espero que hayas dicho «*Bucks*^[7]».

Nos terminamos dos botellas de Moët y finalmente le eché un vistazo a la estancia. En contraste con el resto de la casa, era bastante espartana. Me había esperado cientos de fotos pero no había ni una.

—¿Cómo es que esta habitación está tan... vacía? —pregunté.

—Siempre es necesaria una zona de sencillez.

—La cárcel te habría gustado.

—Cómo caen los poderosos —dijo mirándome. Sabía que no era un cumplido—.

¿Sabes siquiera el nombre de esta casa?

—Claro. Los Olmos.

—¿Su significado?

—Los árboles de la entrada son olmos.
—«Deseo bajo los olmos», Eugene O’Neill.
—Irlandés, ¿verdad?
Soltó un bufido de burla.
—Mi mejor trabajo. Hasta que interpreté a Electra.
—¿Estás planeando volver?
—Oh, sí, lo llevo esperando mucho tiempo. El West End jaleará mi retorno.
—¿Por qué ahora, Lil?
Sus ojos centellearon de rabia y trató de abofetearme. Le cogí la muñeca.
—Soy Lillian Palmer, no una furcia de bar.
Me incorporé.
—Gracias por el polvo —le dije.
A ella pareció encantarle el comentario.
—No te vayas, déjame que te cuente mi gran plan.
—Seguro que es fascinante, pero estoy derrengado.
Se levantó y se puso una bata.
—Me han llamado. La oficina de Trevor Bailey me telefoneó tres veces.
—Sin duda podrás ilustrarme y decirme quién es.
—El Empresario. Ahora mismo está produciendo dos espectáculos. Quiero que me lleves allí mañana. Llegaremos con estilo.
Se acercó a la cama y de debajo sacó un enorme legajo de folios.
—Es mi obra. He reescrito Electra para hacerla más moderna.
—Buena obra.
—Te estoy concediendo el honor de ser el primero en leerla.
Su expresión era de absoluta seriedad. Su vida estaba en aquel fardo cutre de papeles.
—Es un honor.
Y me pasó el guión como si fuera una niña.
—Vamos a hacer cosas magníficas, Michael.
Estuve a punto de señalar que me llamaba Mitchell, pero lo dejé pasar.
Cuando bajaba las escaleras, Jordan las subía sin hacer un solo ruido.
No hablamos. Él ni siquiera me miró.
De vuelta en mi habitación abrí una cerveza e intenté leer la obra.
Era un galimatías. No podía seguir ni una sola frase. Lo arrojé sobre la cama.
—Menudo coñazo.
Debía de haber dormido unas horas cuando el teléfono sonó.
Dios, dónde está el puto móvil... Lo encontré y murmuré:
—¿Ajá?
—¿Has terminado?
—¿Qué?
—¿Estabas durmiendo?

—Lillian. No, claro que no, estaba totalmente absorto, perdido en sus páginas. Intenté ver la puta hora... las 3:15... ¡joder!

—Dame tu veredicto.

—Una obra maestra.

—No es verdad.

—Oh... no lo digo por cumplir.

—¿Puedo ir y leerte un poco ahora?

—No... no... deja que me deleite en la magia.

—Buenas noches, *mon chérie*.

—Vale.

En mi vida he pasado momentos de preocupación, de miedo o de ansiedad, pero la sola idea de verla a ella actuar me llenaba de un terror absoluto.



A la mañana siguiente me dirigí a la cocina y me preparé un café y unas tostadas. Iba a empezar cuando entró Jordan.

—Hay unos trajes que necesitaré para conducir.

—¿Ya los tienes?

—Tratamos de adelantarnos a las contingencias —dijo con una sonrisa apretada.

Le ofrecí un café. No quiso. Su expresión era severa pero se quedó callado, así que pregunté:

—¿Has oído hablar de Bailey?

—¿El del teatro?

—¿Entonces existe de verdad? —Dije, sorprendido.

—Ha llamado a la señora tres veces.

—¿Has hablado con él?

—*Siempre* contesto personalmente el teléfono.

Estaba en la segunda tostada cuando dijo:

—Respecto al guión de la señora, espero que no haya sido muy crítico.

Acero en su voz.

—Nada de eso, colega, creo que es brillante.

—Bien, no me gustaría que la señora se disgustara.

—No te preocupes.

—La señora se pregunta si está libre el miércoles por la noche.

—¿Libre?

—Para el *bridge*.

—Dios, no sé jugar al puñetero *bridge*.

Exhaló un largo suspiro de paciencia.

—No se espera que juegue, sino que acompañe simplemente a la señora en la partida con sus amigas.

—Suenan anestésico.

Los trajes ya estaban en mi cama. Tres: negro, gris y azul. Comprobé la marca: Jermyn Street. Y media docena de camisas blancas.

Fui al garaje, donde el Silver Ghost relucía, recién encerado y pulido. Jordan estaba de pie, al lado. Silbé con auténtica admiración.

—Has hecho un gran trabajo, colega.

—Gracias.

—¿De dónde sacas el tiempo?

—Anoche, cuando usted leía el guión de la señora.

—Ah.

—Llamé a la oficina del señor Bailey. Se les espera a mediodía en el teatro The Old Vic.

Subí a ducharme y hacer mis deberes. Iba a tener que encajar con la señora.

—¿Qué demonios...? —exclamé en la ducha.

Descubrí marcas de mordeduras en mi pecho. La jodida furcia me había mordido.

Había algunas revistas encima del armario. No, nada de porno. Cosas como GQ o Vanity Fair. Leí una frase de Courtney Love:

«Que se joda toda esa mierda de las diferencias de género, a la mierda toda esa iracunda mierda feminista. Eso es trabajo de Polly Harvey».

Si tan solo pudiera meter esto en una conversación...



En chirona conocí a un vejete que había cumplido quince años en Perú. Al salir lo deportaron y, tras una semana en Londres, fue arrestado por robo. Le cayeron siete años.

—Me gustan las prisiones inglesas —me confesó un día—, son de lo más acogedoras.

—Sí, dile eso a la reinona que estrangularon.

Pero ya no me estaba escuchando, distraído como estaba con su historia de siempre.

—Primero te desnudan y te roban todo lo que tienes. A continuación te sumergen la cabeza en un cubo de agua helada y te colocan cables eléctricos en las pelotas. San Juan de Lurigancho... ¿No es un nombre encantador? Está gobernada por los presos. Las celdas son vendidas por la mafia de la prisión. Hay mierda y mosquitos por todas partes. Pero lo peor es el silencio. El silencio significa guerra total de bandas.

Podía entender su punto de vista sobre lo acogedor de nuestra cárcel.

Un golpe en la puerta. Jordan.

—La señora está preparada.

Jordan había sacado el coche a la entrada de la mansión. Ella salió unos minutos después, ataviada con un vestido blanco de lino y una pamelita. Parecía... vieja. Le abrí la puerta trasera y luego di la vuelta hasta la del conductor.

Ahora sé por qué la gente que les lleva es tan arrogante. El jodido coche te hace sentirte superior.

—¿Todo bien? —Dije mientras salíamos de la finca.

Ni siquiera sé si habló en todo el viaje. Como si me importara. El coche absorbía toda mi atención. La cosa es que no sabía cómo iba a poder conducir después cualquier otro vehículo. Es decir, si alguna vez acababa al volante de un Volvo, ¿podría pensar «guau, qué bueno»?

Llamábamos la atención, eso seguro. Desde admiración hasta desdén, pasando por asombro. Un montón de jóvenes conductores trataron de picarse conmigo pero habrían necesitado algo más que sus urbanitas coches japoneses. Estaba empezando a pensar que necesitarían ir montados en una bala.

Llegamos al The Old Vic y aparqué al lado.

—Entraré para anunciarte —me ofrecí.

—Estaré esperando.

El portero, un jovencito que nunca había oído hablar de ella, me dijo:

—Nunca he oído hablar de ella, tío.

Estábamos en plena discusión cuando apareció un tipo de más edad.

—¿Qué está pasando aquí?

—Tengo en el coche a Lillian Palmer esperando para ver al señor Bailey.

Se le iluminó el rostro.

—¡Lillian Palmer, Dios mío!

Y se fue a por Bailey.

—Ah, ¿entonces es famosa? —me preguntó el jovencito.

—Estamos a punto de descubrirlo.

Un hombre con una manada de asistentes personales a remolque se acercó a grandes pasos.

—Soy Bailey. —Le conté mi historia—. Esto parece ser obra de Phillips, que alguien lo traiga. Mientras tanto, vamos a conocer a la señorita Lillian Palmer.

Se puede asegurar que sabía cómo tratarla. La acompañó del brazo hasta el teatro, la condujo al escenario y se dio la vuelta.

—Señoras y señores, compañeros actores y actrices, os ofrezco una estrella —dijo.

Alguien situó un foco sobre ella y la gente se arremolinó a su alrededor. Lillian parecía transformada, como si treinta años hubieran desaparecido de su rostro.

«Guau», pensé, «sí que debió ser alguien».

Bailey, que debió de leer mi cara, me replicó:

—Era una actriz condenadamente buena. ¿Todavía anda Jordan por ahí?

—Sí.

—Estaba casado con ella, ya sabes. Diablos, en algún momento casi todos lo estuvimos. —Me miró—. ¿Estás perforando allí?

—¿Qué?

—No te culparía, chico, es de primera clase.

—¿Ha leído su guión?

—Al menos una vez al año. No creo que el de este año sea peor.

Bailey sirvió champán y canapés y todos los tomaron en el escenario. Alguien dio al fin con Phillips y sí, había llamado tres veces. Querían alquilar el Ghost para una campaña de promoción.

—Al final, todo son anuncios de coches —dijo Baileys.

Nadie se lo mencionó a Lillian. Nos siguieron hasta el coche, dedicándole a ella una maravillosa despedida.

Lillian casi deliraba de satisfacción.

—¿Lo has visto... lo has oído? ¡Me amaban! Voy a recuperar mi lugar. Aparca en alguna parte. Necesito que me ames.

Aparqué junto a la zona norte de Hyde Park. Me cambié al asiento trasero y se lo hice como si tuviera ganas. Cuando salí al final, dos guardas del parque me dedicaron una ronda de aplausos.

Había sido un día de actuaciones.

2

Jueves, de vuelta al trabajo, tirando tejas sueltas desde el tejado. Las oía aterrizar en el patio rompiéndose como cristal. Si fuese imaginativo, diría que lo que se rompía eran sueños, pero tan solo eran tejas estropeadas. La señora estuvo al teléfono todo el día, comprando ropa nueva, pidiendo cita con el peluquero y emitiendo gorgoritos de satisfacción con sus amigos. Aún no había conocido a ninguno, pero imaginé que la «noche de *bridge*» le pondría solución a eso.

Entrada la tarde, decidí mientras me duchaba que pediría pescado con patatas y leería a Edward Bunker. La línea de teléfono ya estaba instalada y yo también. El primero sonó.

—Señor Mitchell.

—Hola, Doc.

—¿Cómo lo has sabido?

—Doc, imagina cuántos hindúes me llaman.

—Oh.

—¿Cómo has conseguido el número?

—Ha sido Briony, tiene recursos para todo.

—Sí, eso también... ¿Y bien?

—¿Podemos vernos? Deja que te invite a cenar.

—Vale.

—Espléndido. Hay un italiano genial en Notting Hill, De Vinci's. ¿Digamos a las ocho?

—¿Italiano?

—¿No te gusta la comida italiana?

—Sí, sí, bien, de acuerdo. Y llámame Mitch.

—Está bien, señor Mitch.

Ya me había hecho a la idea del pescado con patatas, pero qué demonios. Me puse el traje azul y una camisa blanca. Me miré al espejo.

—Esmoquin —dije.

Quién lo iba a decir: todo el mundo, incluso el doctor, vestidos de manera informal.

El lugar era cálido y agradable y conocían al médico. Buen comienzo. Pedimos almejas y *linguini*, seguido de espaguetis a la boloñesa. El pan estaba crujiente y fresco como una lechuga. Hasta me gustó el vino. Estaba mojando la salsa con el pan y el doctor pidiendo más vino cuando atacó:

—¿Qué sucede, Doc?

—Es Briony.

—*Quelle surprise*.

—¿Sabes francés?

—Nop, sólo esa frase, así que tengo que racionarla. Te sorprendería saber lo a

menudo que la tengo que utilizar cuando se trata de Briony.

—¿Puedo hablar con franqueza, señor Mitch?

Cuando oigas eso, paga la cuenta y corre.

—Adelante.

—La quiero muchísimo.

—Pero está como una cabra, ¿no?

Aquello le cortó un poco pero también le sirvió de entrada.

—Cuando no era más que un estudiante de medicina, consideré muy seriamente la carrera de psicología. Aprendí bastante sobre mentes límite.

—¿Límite? ¿Como deficientes?

—No.

El camarero vino y se llevó las sobras, las pocas que encontró. Les gusta eso, tanto como a los demás comer. Buena gente. El doctor tomó pavlova de postre. Yo me decanté por un capuchino, sin las ralladuras de chocolate. Odio esa mierda.

—En esencia —retomó el hilo el doctor—, separan sus sentimientos de su comportamiento. Lo trágico es que el límite se va estrechando, nunca se recupera. Lo mejor que se puede hacer es ayudarlos en su descenso. Al principio parecen normales, todo marcha bien, pero es un tira y afloja constante entre locura y cordura. Son incapaces de establecer relaciones y guardan muy en su interior una ira que les conduce a la autodestrucción.

—¿Cómo lo de robar bolsos?

—Exacto. Viven de un desastre a otro. Son excelentes para la interpretación y sufren de un sentimiento sobrecogedor de vacío. Y nunca cambian.

—Como actrices.

—Sí, muchos límite se desenvuelven bien en el escenario, pero luego...

Estaba pensando en Lillian.

—¿Y cuál es el problema? Ve al grano.

Bajó los ojos hacia el postre, que apartó antes de continuar.

—Estoy loco por ella.

—Venga, Doc, te invito a una copa en un *pub* inglés, si es que encontramos alguno.

Me lo llevé al Sun and Splendor de Portobello. Al menos solía ser un *pub* inglés. Pedimos dos amargas y cogimos una mesa.

—De un trago.

Y lo hizo. Luego me echó una mirada larga y analítica.

—¿Cómo puedes estar tan *tranquilo* con... lo de tu hermana?

Quería decir *frío*.

Está bien, yo también puedo ser educado.

—Doc, he estado en la cárcel. No me gustó en absoluto. Tengo la impresión de que voy a necesitar todas mis fuerzas para no volver. Tengo que ser discreto para sobrevivir. Si me empiezo a poner nervioso soy hombre muerto.

Me miró horrorizado.

—Pero vivir así, con ese control... es una existencia horrible.

Apuré mi cerveza.

—Peor es la cárcel.

Al rato pedimos otra ronda y a medio camino de las jarras me preguntó:

—¿Qué voy a hacer?

—Doc, no doy consejos y mucho menos los acepto, pero deja que te diga algo.

Dale caña, ve al baile, vive peligrosamente, porque lo cierto es que te dejará, siempre lo hace. Acabará por resucitar a Frank y volverá a la coca, a las armas y a la locura.

—¿Y cómo viviré entonces?

Toqué su hombro antes de responder:

—Como el resto de nosotros, amigo: lo mejor que puedas.

3

Las siguientes dos semanas fueron tranquilas. Hice mi trabajo, leí mis libros, serví a la actriz.

Esperaba estar listo para cuando Gant viniera. De otro modo, estaba jodido.

Como la canción de Chris De Burgh, *Waiting for the Hurricane*.

La noche de *bridge* demostró que los muertos regresan. Tres hombres y una mujer, todos momificados. Sólo sabías que estaban vivos por los cigarrillos que fumaban.

Yo no jugué y nadie habló conmigo. Excepto Lillian, que me decía dos cosas repetidamente:

Otro *whisky* con soda, cariño

Limpia los ceniceros, cariño.

Ah, sí, y me hizo un regalo. Una pitillera de plata. Se la di a un alcohólico en Queensway que me gritó:

—¿Qué coño es esto?

Exacto.

El cambio empezó con una llamada del doctor.

—Se ha ido.

—Lo siento.

—¿Qué voy a hacer?

—Vuelve a tu vida.

—¿Qué vida?

Bienvenidos a Ciudad Quejido.

A final de quincena empecé a ponerme nervioso. Una vez dijo un filósofo: «Los problemas de todos los hombres derivan de su incapacidad para sentarse en una habitación y no hacer nada».

Tenía razón.

Se me antojó ir al Finches, en Brompton Road. Llevaba la chaqueta Gucci, así que supongo que el viaje no fue del todo improvisado. En el metro encontré un ejemplar abandonado del *South London Press*. Lo ojeé mientras la District Line transcurría con su habitual bullicio. Casi paso por alto un pequeño artículo al pie de una página. Un hombre hallado muerto en el exterior de un apartamento en Clapham, víctima de un atraco callejero. Reconocí el nombre del desdichado y el apartamento.

Yo llevaba puesta su chaqueta y había vivido en su casa.

En el Finches pedí una pinta de cerveza normal y corriente y me la llevé hasta una mesa apartada. Lié un cigarrillo y me pregunté si no sería hora de tomar un *whisky*.

Me quedé con la mirada fija a varios metros de distancia pensando en lo del *South London Press*. Ni siquiera era consciente: simplemente no estaba allí. Descubrí cómo hacerlo en prisión o, mejor aún, aquel talento me descubrió a mí. De forma gradual, me di cuenta de que alguien me hablaba. Volví a concentrarme y comprobé que ni

había tocado la cerveza ni había encendido el cigarrillo. La mujer de la mesa de al lado me decía:

—Pensé que te habíamos perdido.

La miré con gesto serio. Treinta y muchos, chaqueta de ante color canela, camiseta negra y vaqueros desgastados por el uso. Cabello negro, rostro bonito y una gran cicatriz bajo el ojo izquierdo.

—Estaba pensando —repuse.

—Estabas en coma.

Acento irlandés. Las siempre delatoras vocales suaves de efecto tranquilizador. Eché un buen trago de cerveza antes de preguntar:

—¿Tratas de darme conversación?

—No. De hecho, no parece tener de qué hablar.

Era atractiva, sin duda, pero dudé.

—Hay una palabra preciosa en irlandés —continuó ella—. *Bronach*... Significa tristeza pero mucho más. Bueno, es igual. Así es como parecías.

Seguía sin poder poner a funcionar la lengua. Allí estaba aquella deliciosa mujer dándome conversación, y yo atascado en una especie de horrible letargia.

—¿Sabes? Tu cara es un desastre. Esa nariz rota, esas magulladuras... ¿Duele?

—¿Te apetece una copa? —Dije al fin.

—No, estoy servida, gracias.

Cuando dudes, ponte agresivo. En la cárcel siempre funciona.

—¿Cómo es que estás sola en un pretencioso *pub* de mierda del norte de Londres?

Fue como si recibiera una bofetada en la cara. Se tocó la cicatriz.

—¿Tanto se nota? —dijo.

—¿Por qué no te la operas? —Dije con crueldad.

Más bofetones. La mujer se apoyó en el respaldo.

—Siento haberte molestado.

Ahora que podía hablar, no iba a quedarme callado.

—Me llamo Mitch, ¿cómo estás? Tómate algo conmigo, he tenido un mal día.

Sonrió. Dios, una sonrisa tan radiante que hasta la cicatriz retrocedió ante ella.

—Adelante entonces. Tomaré media pinta de Guinness.

—A la mierda con eso, tómate algo fuerte.

—¿Fuerte como qué?

—El *whisky* es fuerte.

Pedí dos dobles. Sin hielo, por lo que rasparon más de lo normal.

—Dios, qué bueno. La miré y le pregunté:

—¿Siempre dices lo que sientes?

—Claro, ¿tú no?

—Casi nunca.



Se llamaba Aisling y una vez que me solté nos llevamos genial. No podía creerlo, me lo estaba pasando en grande. Salimos de allí y paré un taxi para que nos llevara a un club donde hacían comida cajún y servían unas costillas a la barbacoa para morirse. Pedimos unos cubos de costillas y jarras de cerveza. No hay manera de comerlas de forma delicada. Si vas allí, ponte hasta arriba y llénate de grasa. Lo hizo.

Que Dios la bendiga.

Luego me arrastró a la pequeña pista de baile. La banda contaba con un violinista endiabrado y nosotros danzamos como posesos. Cubiertos de sudor, regresamos a la mesa, bebimos más cerveza, comimos más costillas y nos pusimos como cerdos.

Entonces me cogió la mano y me dijo:

—Bésame.

Así lo hice, y el menú estuvo completo. En ese momento se acercó un solista que interpretó una versión sureña de *The night they drove Ol’Dixie down*. La bailamos agarrados. Me sentí a un milímetro de ser feliz.

Estaba como a punto de desmayarme.

—Sabes, Mitch —dijo ella—, besas de fábula.

El mismísimo Jesucristo lloraba de alegría.

Me masajeara la nuca con la mano mientras cantaba la canción al compás. Mi cuerpo estaba lleno de electricidad. Aquella mujer me estaba dando de beber el veneno más traicionero de todos: la esperanza.

—Dímelo, Mitch, dime que este sitio no cierra nunca.

—Acabará haciéndolo.

Ella abrió los ojos.

—Dime algo bonito. No tiene que ser verdad, tan solo algo tan maravilloso que siempre lo recuerde.

En aquel momento pensé que ella lo merecía, así que...

—Eres la persona más encantadora que he conocido en mi vida.

Me abrazó muy, muy fuerte y me dijo:

—Eso ha sido hermoso y perfecto.

También era verdad.

A veces los dioses se ablandan y piensan: «Ya es suficiente. Dejemos que ese cabrón vea cómo podía haber sido todo. Como si fuese uno de los bienaventurados».



Cuando la banda acabó, ella dijo:

—Ven conmigo, Mitch, a mi horrible cama del sureste de Kensington y te prepararé un café irlandés.

Accedí.

No tomamos café, pero hicimos el amor de una forma dulce y delicada que jamás había pensado que existiera.

—¿No voy a verte nunca más? —me preguntó cuando me marchaba.

—Espero que sí, de todo corazón.

Caminé hasta casa sobre una nube. Las canciones cajún, la voz cantarina de Aisling y la absoluta suavidad de su cuerpo encandilaban mis pensamientos.

—Ya basta, estoy en el mundo real —murmuré al llegar a Holland Park.



Sobre la almohada había lo que parecía ser una araña negra aplastada. Me aproximé lentamente y entonces reconocí lo que era. Los restos retorcidos de la miniatura de Rolls Royce que le había enviado a Gant.

Al final me compré un coche. Sí, ya era hora. Un viejo Volvo. Me costó el sueldo de seis meses sin garantía. Estaba abollado pero... ¿y quién no? Al ponerlo en marcha, aparté de mi mente todos los Rolls.

Me llevó tres noches de patrulla dar con Norton. Al final lo encontré frente al Bidy Malone's, en Harrow Road. Fuera de su terreno.

Esperé, como había esperado las noches anteriores. Salió cerca de la hora de cierre. Se puso a chocar los cinco para despedirse de otra gente.

Con la clásica energía de los que estaban castaña, iba jugueteando con las llaves hacia su coche. Aún estaba riéndose cuando le puse la Glock detrás de la oreja.

—¿Quién está muerto ahora, gilipollas?

Le metí en el asiento trasero y coloqué el cañón entre sus cejas.

—Amenázame ahora, hijo de perra —continué.

Le llevó un rato recuperarse del susto.

—Mitch... Podemos solucionarlo... ¿verdad?

—Así que dejándome regalos en la almohada...

—Mira, Mitch... Hablemos...

Se lo permití.

—¿Por qué no registraste la habitación? Entre otras cosas, habrías encontrado esto. —Apreté el cañón contra su nariz—. Y ahora tendría mi dedo metido en el culo.

Norton meneó la cabeza.

—Me dijo que entrara rápido y que no tocara nada. Y sobre todo, que no me viera el jodido mayordomo ese. No quería arruinar la sorpresa.

—¿Qué le pasó al anterior inquilino?

Norton se me quedó mirando.

—¿Lo has oído?

—Lo he leído.

—Gant no podía creer que te hubieras ido. Habíamos puesto bajo vigilancia el piso y entonces ese estúpido bastardo intenta colarse. Así que Gant perdió la cabeza, ya sabes cómo, igual que hizo con el negrata.

—Entonces, ¿todavía está cabreado conmigo?

Norton soltó una risotada chillona.

—Más que nunca. A veces hace tratos con los colombianos y le encanta lo despiadados que son. Matan a todos los que conoces.

Me llevó un instante caer en la cuenta.

—¿Mi hermana?

Asintió.

—No hagas nuevos amigos.

—¿Y qué hay de ti, Billy?

—Yo estoy fuera, en cuanto liquide mis activos me largo.

—¿No estás pasando por alto algo al hacer esa afirmación?

Norton miró la pistola y luego me miró a mí.

—No vas a dispararme, Mitch.

Lo consideré. Lo peor de todo es que aquel bastardo me gustaba. Era una basura, pero habíamos pasado cosas juntos, la mayoría malas, pero daba igual.

—Tienes razón, Billy.

Aparté el arma y salí del coche. Estaba empezando a llover. Me subí el cuello de la chaqueta y Norton salió del coche. Nos quedamos quietos un momento y luego extendió la mano.

—Chócala, amigo.

—No tienes a la suerte.

Y me marché.

Estaba leyendo *Down on Ponce*, de Fred Willard. Muy de mi gusto, amargado e hilarante. Sale un tipo que describe Atlanta, Georgia, como una ciudad que puede ser concurrida hasta lo odioso, pero no tanto como para perder el tiempo en robar allí.

Sonó el teléfono. Lo cogí y contesté:

—Sí.

—Mitch, soy Briony.

—Gracias a Dios, tengo que verte.

—Eso me gustaría, Mitch.

—Mañana por la noche te invito a cenar. Digamos... ¿ese sitio italiano de Camberwell a las ocho?

—Iré sola, Mitch.

—Bien.

—Siempre acabo sola.

—Hablaemos de eso.

—Así que no traigas a esa vieja actriz.

—No, sólo tú y yo.

Colgué.

—Dios, qué trabajo me da.

Pensé que sería mejor no decirle que había conocido a alguien nuevo. Y mucho menos se lo diría a la «vieja actriz». Mientras leía, mi mente estaba en dos lugares. En el libro pero también en Gant.

Resolví intentar una solución temporal y marqué su número. Contestó en persona.

—Rob, mi hombre —dije.

Silencio, y luego:

—Mitchell.

—Ni más ni menos. ¿Cómo estás, hermano?

—Bueno, Mitchell, estaba pensando en hacerte una visita.

—Por eso llamo. Quería que supieras en qué he estado gastando mi salario. Me costó unos cuantos grandes pero he contratado a alguien.

»Así funciona: tú me haces daño a mí o a mi hermana, él le dispara a tu hija. ¿Qué tiene ahora, once años? ¿Cómo le va en esa escuela de Dulwich? Pero espera, hay más. Aún me quedaba pasta, así que he preparado algo para tu esposa. Creo que es maravilloso su voluntariado con Oxfam esas tres tardes semanales. He conseguido un “bocadillo especial” para ella. Como ves, seguí tu consejo e investigué. Como dijiste, la información es poder.

—Es un farol.

—Ahí está la belleza del asunto. Tendrás que decidir si lo es o no. Nuestra pequeña versión de *Call my bluff*. ¿Qué opinas?

—Opino, Mitchell, que no tienes ni idea de a quién estás amenazando.

—Cosas del directo.

—Créeme, Mitchell, nos veremos.

—Tengo que irme... oh, una cosa más. La Nación del Islam estarán encantados de hablar contigo del colega que reventaste en Brixton... en la silla...

Colgué. Eso me haría ganar algo de tiempo. Lo comprobaría y, tarde o temprano, vendría a por mí. Para entonces, esperaba haber discurrido un plan. O al menos, conseguido algo más de munición.

6

Mientras conducía para encontrarme con Briony, decidí aparcar en The Oval. Aproveché para acercarme a comprobar cómo le iba al nuevo vendedor del *Big Issue*. El chaval parecía estar bien y me reconoció nada más verme. Le compré un ejemplar y sentí cómo me inspeccionaba con la mirada.

—¿Cómo te va? —Le dije.

—Te encargaste tú, ¿verdad?

—¿Qué?

—Los tipos que reventaron a Joe... Les diste lo suyo.

—¿El futbolista?

—Sí, el que solía llevar la camiseta de Beckham.

—¿Era bueno?

—Un auténtico *crack*.

—Bueno, será mejor que me vaya.

Había alcanzado el coche cuando el chico gritó:

—¿Sabes lo que yo opino?

—¿Qué?

—Que les jodan.

—¿Me echas un ojo al coche?

—Por supuesto.

Bajé paseando hasta Camberwell New Road. Menudo sumidero de mierda. *Pubs* horrorosos y peor ambiente. Pasaban continuamente jovenzuelos con esos chándales de capucha. El aire rezumaba amenaza, como el patio de la cárcel después de doce horas de encierro. Había un tiempo en que los sin techo te pedían un chelín. Ahora te lo exigen. Como el de esa tarde.

El tío me divisa, se acerca para echarme un primer vistazo, da la vuelta y me dice:

—Dame un cigarrillo.

Tienes que responder con mala leche y mantenerte así. Cualquier mierda o disculpa del tipo «No fumo» y te arrancan la lengua.

—Vete a freír espárragos —dije.

Y se fue a freírlos.

Desde luego, si están colocados el juego cambia. No hay reglas con los drogadictos. Machácalos rápido y sigue andando. Ya me estaba arrepintiéndome de no ir conduciendo, aunque tenía la adrenalina por las nubes.

En Camberwell Green exhalé un suspiro de alivio y entré en el restaurante. Briony ya estaba allí aferrada a una copa de vino. Tenía el día gótico: vestido negro, maquillaje blanco.

—¿Qué es esto, el *look* vampírico?

—¿Te gusta?

—Me encanta.

El dueño era un viejo amigo con el que choqué los cinco, un gesto nada fácil para un italiano criado en Peckham.

—Qué bueno verte, Alfons.

—Lo mismo digo, amigo. ¿Os tomo nota?

—Fantástico.

Briony me sirvió un poco de vino, hicimos un brindis y bebimos.

—¿Y bien? —pregunté entonces.

—He tenido que dejar a mi doctor.

—Eso he oído.

—Me dio su número PIN.

—¿Por eso le dejaste?

Se rió. Gracias a Dios, la noche no iba a ser totalmente lúgubre.

—Me he comprado un perrito.

Entendí «garito» y exclamé:

—Dios, ¿cuánto dinero le sacaste?

—Un King Charles Spaniel.

—Ah, un chucho.

Puso cara de niña pequeña (bueno, de niña gótica pequeña).

—Es un King Charles Spaniel.

—Perfecto.

—Son muy dóciles, como si estuvieran hasta arriba de tranquilizantes.

—Unos perros con mucha suerte.

Alfons nos trajo la cena.

Para empezar: Verduras *fristi misti*. Una selección de calabacines, berenjenas y brócoli, en un rebozado crujiente.

Después: *Crostino al prosciutto*. Lonchas de jamón cortadas muy finas cubiertas de queso parmesano fundido.

Era genial ver comer a Bri. Lo hacía con delicadeza y concentración.

—He llamado al perro Bartley-Jack.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Como plato principal, Bri tomó *cotoletta alla milanese*. Carne de vaca rebozada con especias. Se deshacía en la boca.

Yo me decanté por los *gnocchi*. Pequeñas bolas de harina sazonadas con *porcini*, un hongo silvestre italiano.

Cuando le describí todo lo anterior a Bri, ella preguntó impresionada:

—¿Cómo es que conoces todas estas cosas? La mayoría de los días apenas hablas tu propio idioma.

—En mis primeras dos semanas en prisión, antes de aprender nada, lo único que tenía para leer era un menú italiano que estaba colgado de la pared de la celda. Debí de leerlo unas mil veces. Y entonces alguien lo robó.

—¿Por qué?

—Es la cárcel, es lo que hacen. No importa por qué.

Para acabar tomamos *espresso*, el auténtico, el amargo, el que te abrasa el cielo del paladar.

—Bri, necesito que me escuches atentamente.

—Claro.

—¿Hay algún lugar al que puedas ir una temporada?

—¿Por qué?

—Tengo unos asuntos que atender y no quiero tener que preocuparme por ti.

—No.

—¿Qué?

—Ahora tengo un cachorro, no puedo irme sin más.

—Dios, llévate el jodido perro contigo.

—No, a menos que me digas el motivo.

Me lié un cigarrillo y exhalé el humo con un suspiro.

—Hay gente que me está presionando. Puede que intenten hacerte daño.

—¡Ja! Que les den por el culo.

—Venga, Bri, te daré pasta.

—Tengo montones de pasta.

—Por favor, Bri, hazlo por mí.

—Puede. ¿Por qué no quieres saber lo del médico?

—Sí que quiero. ¿Qué pasó?

—Es vegetariano. De los estrictos.

—¿Y? Tú también a veces, ¿no?

—Pero no me gusta que me lo recuerden. De todos modos, me gustan más los crápulas, como tú.

Me rendí. Pedí la cuenta y pagué.

—Bri, ¿puedo llamarte un taxi?

—No, tengo un pase de autobús.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

—Cuídate, cariño.

Me regaló esa sonrisa, pero no prometió nada.

Empezaba a desandar New Road cuando un coche me pitó. La ventanilla bajó. Era Jeff.

—Mitch, te he estado buscando, colega.

—¿Sí?

—Sube, te llevo.

—Sólo hasta The Oval, estoy allí aparcado.

Entré en el coche y aceleró. Los vagabundos de la calle sólo eran manchas borrosas debido a la velocidad.

—Necesito un favor, amigo.

—Lo intentaré.

—Dos días de tu tiempo en el norte.

—¿Para?

—Dos del equipo han caído. Gerry se ha roto la pierna y la mujer de Jack está en el hospital.

—¿No puedes posponerlo?

—Ya tuve que hacerlo con las dos últimas excursiones. Es duro ser delincuente y padre de familia a la vez.

—¿Y qué es lo que me estás pidiendo, Jeff?

—Que completes el equipo.

A los amigos no se les tiene sobre ascuas.

O sí, o no.

—De acuerdo.

—Oh, genial, amigo. El lunes por la mañana en mi casa... Ocho y media.

Cuando me apeé del coche me dijo:

—Me alegro de poder contar contigo, Mitch.

—No es para tanto.

Eso pensé entonces.



Mientras subía por Holland Park, me percaté de que las luces estaban apagadas. Gracias a Dios, pensé. Tener que subirme ahora encima de la actriz se me antojaba tan atractivo como el desayuno de la cárcel.

Estaba a punto de irme a mi habitación cuando vi la luz de la cocina. «¿Por qué no?», pensé.

Jordan estaba sentado a la mesa en mangas de camisa con una botella delante.

—Eh —le dije.

Levantó la vista.

—Únase a la fiesta.

—Vale.

Nunca le había visto sin chaqueta. Observé que sus brazos estaban bronceados y musculados. Me hizo una seña para que cogiera un vaso. Él inclinó la botella y me sirvió hasta el borde.

—Es Jenever, ginebra holandesa.

Entrechocamos los vasos, murmuró algo que sonó como «skol» y los apuramos de un trago. Por Dios, menudo gancho al estómago. Un instante de gloria y entonces un golpe que te devastaba las entrañas. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Uf —conseguí jadear.

Jordan asintió antes de decir:

—¿Otra?

—Por supuesto.

Tras recobrarirme del doble disparo en las tripas comencé a liarme un cigarrillo.

—¿Puedo fumar uno? —me dijo.

—Guau... ¿qué pasa con las reglas?

—A la puta mierda.

Le pasé uno y lo encendió.

—Ahora sí, coño.

Le dio una buena calada, no era su primera vez. Allí teníamos a un tipo criado entre humos.

—¿Cómo está la señora? —Quise saber.

—Esperando su llamada para el teatro.

—¡Vaya! Quiero decir que no se rinde. Si no llaman, ¿qué?

El mayordomo pareció dolido. Borracho también, pero dolido más que nada.

—Pensaré en algo, como siempre.

En ese momento me sentía lo bastante borracho para preguntar:

—¿Cuál es el trato? ¿Por qué te quedas?

Esbozó un gesto de sorpresa.

—Es mi vida.

Como la respuesta no contenía detalles lo seguí intentando.

—¿No eras su marido?

El que yo lo supiera no le desconcertó.

—Aún lo soy. —Extendió las manos sobre la mesa y me miró fijamente—. Antes de ella yo no era nadie. Esa mujer es el latido de mi corazón.

Dado que ambos teníamos una buena curda, seguí tirando del hilo.

—Pero... ¿ella no se ve con... ya sabes... otros tipos?

Escupió en el suelo y soltó un resoplido de desdén.

—No son nadie. Juguetes que descarta como basura. Yo siempre estoy aquí.

Tenía un rastro de saliva en los labios y sus ojos estaban febriles. Consideré que en esos momentos era demasiado fácil aprovecharse, así que aflojé un poco.

—Está claro que cuidas muy bien de ella.

Jordan hizo un gesto con la mano como descartándolo. Serví otra ronda de ginebra antes de continuar.

—¿Has oído alguna vez un dueto de Garth Brooks y Trisha Yearwood llamado *In another eyes*?

—No.

—No escuchas mucha música, ¿eh?

—Sólo a Wagner.

No creo que exista una respuesta sensata a eso. Al menos, yo no la tengo.

Y ahí sucedió lo más raro de todo. El mayordomo se levantó e hizo una inclinación.

—He disfrutado de nuestra charla, pero ahora debo cerrar bien la casa —dijo.

Me levanté sin saber si debía estrechar su mano o no.

—Gracias por el trago —fue lo que dije.

—Señor Mitchell, si alguna vez se mete en problemas, estaré a su disposición.

—Oh.

—Soy un aliado valioso.

No lo dudé ni un segundo mientras regresaba a mi habitación.

Intenté ver la televisión un rato, pero veía doble. Debía de estar muy borracho, ya que pensé que Ally McBeal no era tan horrible.



Viernes. Supuse que si iba a robar un banco el lunes, lo mejor sería pasar un buen rato de ocio. Llamé a Aisling.

—No esperaba volver a saber de ti.

—¿Por qué?

—Cosas de tíos. Cuando dicen «Te llamaré», es mejor esperar sentada.

—Vale... Entonces, ¿salimos por ahí?

—Oh, sí, tengo un plan.

—Nada mejor que un plan.

—¿Puedes recogerme en la estación de Angel a las ocho?

—¿Islington?

—¿Te parece mal?

—Está en el norte.

—¿Y?

—Nada... Puedo ir al norte.

—Hasta luego.

Un día de trabajo muy completo:

reparé una puerta
limpié las ventanas
silbé algunas canciones.

Por la tarde, Jordan me entregó un fajo de billetes.

—A la señora le gustaría hablar con usted.

—Claro, oye... necesito librar el lunes.

—No se acostumbre.

Toda la camaradería de la noche anterior parecía haberse evaporado, pero me di cuenta de que tenía los ojos inyectados en sangre. Tendría que enseñarle a soplar ginebra.

La señora esperaba en el comedor. Tenía buen aspecto. El batallón de peluqueras, esteticistas y fisioterapeutas había hecho su trabajo. Tanto su piel como sus ojos resplandecían. Llevaba un vestido escotado de color crema y tenía la piel ligeramente bronceada. Excelente combinación.

Empecé a sentir un hormigueo. El cuerpo humano es un cabronazo, va a lo suyo. Lillian mostró su sonrisa de complicidad.

—Debes de estar caliente y sudoroso después del duro trabajo.

Contesté con un evasivo encogimiento de hombros.

—Esta noche salimos, he reservado una mesa en el Savoy.

—No puedo, cariño.

—¿Disculpa?

—Tengo otros planes.

—Bueno, pues cancelalos. Es hora de que se me vea en público.

—Diviértete, pero yo no estaré.

—¿Cómo esperas que me muestre en solitario? Debo tener un acompañante.

—Prueba con las páginas amarillas.

Ella no podía creer que la estuviese rechazando.

—A mí no se me rechaza —gritó.

Le eché una mirada severa antes de decir:

—Dios, baje de las nubes, señora.

Y me fui. Una vez fuera, podía escuchar sus gritos:

—¡No te he dado permiso para marcharte, vuelve aquí!

Jordan, cómo no, apareció y antes de que pudiera hablar le dije:

—Está ensayando, no la molestes.

Mientras me duchaba pensé: «Es un auténtico y absoluto grano en el culo».

Qué poco lo sabía aún.

Después de ducharme abrí una cerveza y me vestí. Algo casual, sudadera y vaqueros. La nariz todavía me dolía pero podía vivir con ello. Gant sobrevolaba en los límites de mi pensamiento. Los hilos mentales que uno teje son finos y traicioneros. Lo único que me vino a la mente fue una frase de «101 dálmatas».

No se trata de odio, sino de absoluta devastación.

Las joyas que se pueden aprender de la literatura infantil. Ya estaba listo para irme. Cogí el móvil y me lo metí en el bolsillo de los vaqueros. El coche arrancó a la primera y conseguí llegar al final del camino de acceso cuando el móvil sonó.

—¿Sí?

—Eres mucho más de lo que había imaginado —dijo Lillian—, pero mucho menos de lo que esperaba.

Y colgó.

Eran las ocho y diez cuando llegué a la estación de metro de Angel. Ir a Islington en coche es un coñazo. Aisling ya estaba esperando. Vestía trenca y vaqueros desgastados. Parecía una radiante estudiante. Abrí la puerta y entró en el coche. Se inclinó y me besó en la boca.

—Siento llegar tarde —dije.

—Yo tampoco he llegado a tiempo.

—¿Dónde vamos?

Me dio una serie de complicadas instrucciones y me perdí un par de veces.

—¡Para! —gritó al final.

Así lo hice. Habíamos aparcado frente a un *pub*.

—Éste es el Filthy McNasty's.

—Bromeas.

—No, se llama así.

—Suenan como si tuviese que estar en el Bronx.

—Recordé que habías dicho que te encantaban los escritores de novela policíaca. Aquí suelen traer a escritores de novela negra e interpretan fragmentos relevantes de su obra. Adivina quién está esta noche.

Como no tenía ni idea, eso fue lo que dije.

—No tengo ni idea.

—James Ellroy.

—¡No jodas! ¡Es genial!

El lugar ya estaba hasta la bandera, pero logramos ocupar dos taburetes en la esquina de la barra. El rostro de Aisling resplandecía de excitación.

—Yo invito, ¿qué quieres?

—Una pinta de Guinness.

Para ella pidió un Malibú. Las bebidas llegaron y brindamos con ellas.

—¿Qué es un Malibú? —pregunté.

—Ron con coco.

—Dios santo.

—Pruébalo.

—Mejor que no.

—Ah, venga.

Lo hice.

—Jesús, José y María, sabe a jarabe para la tos.

Se rió y me apretó el muslo.

—Estoy encantada de que me llamas.

Me sentía genial. Bueno, ¿cuánto hacía que no me sentía así? Era preciosa, divertida, lista y yo le gustaba. Tenía dinero en la cartera y una prometedora erección. Estaba en el cielo.

Entonces entró James Ellroy. Un tipo grande y fuerte. Más que leer, fue una actuación total.

Hipnótica.

La multitud le rodeó cuando hizo una pausa.

—¿Por qué no vas a hablar con él? —me preguntó Aisling.

—Puede que más tarde.

Sus labios dibujaron una sonrisa picara.

—Déjame hablarte sobre «más tarde». Voy a llevarte a mi casa y a llenar mi bañera con perfumes, con aceites y contigo. Abriré una botella de vino y nos emborracharemos. Después pediré una *pizza* enorme y la comeré sobre ti mientras está caliente. Y luego, mientras duermes, me quedaré mirándote.

Mi móvil sonó.

Tuve que abrirme paso a codazos para encontrar un lugar tranquilo.

—Puto yuppie —me espetó un tipo.

¿Yo?

Me pegué el teléfono a la oreja y contesté.

—¿Sí?

—Señor Mitchell, soy Jordan.

—¿Sí?

—La señora ha intentado suicidarse.

Oh, mierda.

—¿Está bien?

—Me temo que no.

—¿Qué puedo hacer?

—Creo que debería venir.

—Oh, mierda.

—Como quiera.

Y colgó.

Joder.

Joder.

Joder.

—Suele leer mejor después de la pausa —dijo alguien cercano.

Regresé como pude a la barra y le dije a Aisling.

—Tengo que irme.

—Oh, no.

—Escucha, te llevaré a casa.

—No, mejor ponte en marcha.

—¿Estarás bien?

—Quizá tenga unas palabras con James Ellroy.

—Te lo compensaré.

La sonrisa que esbozó ahora fue triste.

—Ya veremos.

Cuando me fui, la canción que sonaba era *The sweetest thing*, de U2.

Si eso no es que le metan a uno el dedo en la llaga, no sé lo que es.

Vacío por dentro excepto por tu recuerdo.

«Joder», pensé, «¿de dónde me salió esa idea?».

Mientras maniobraba entre el tráfico de Islington me sentí muy cansado. Me llevó casi dos horas volver a Holland Park.

Entré en la cocina, donde estaba Jordan.

—¿Cómo está? —pregunté.

—El médico le ha dado un sedante, pero está despierta.

—¿Debería subir?

—Por favor, hágalo.

No teníamos más que añadir, así que fui. Subí aquellas escaleras como un condenado a la horca. El dormitorio estaba iluminado por una lámpara de mesa. Sus brazos yacían por fuera de la colcha. Pude ver las vendas de las muñecas. Ni por todo el oro del mundo iba ella a esconderlas.

—Lillian —dije.

—Mitch... Mitch, ¿eres tú, cariño?

—Sí.

Hizo un gran esfuerzo para sentarse pero luego se dejó caer.

—Lo siento, Mitch —susurró—, no quería causarte ningún problema.

Me daban ganas de darle una paliza.

—Está bien, descansa, todo va bien.

—¿Es guapa, Mitch? ¿Es joven?

—¿Qué?

—La chica que estás viendo.

—No hay nadie... Estaba en una noche de chicos.

—Prométemelo, Mitch, prométeme que nunca me dejarás.

Mi mente gritaba: «¿Cómo demonios hemos llegado a esto?».

—Lo prometo —dije en cambio.

—Cógeme la mano, cielo.

Lo hice. Exhaló un profundo suspiro.

—Ahora me siento segura.

Yo me sentía exactamente como me sentí cuando el juez me dijo:

—Tres años.

9

Para un robo, lo mejor es vestirse cómodo. No es el momento de estrenar zapatos nuevos, o de tener un par de calzoncillos incrustados en las pelotas.

Llegué temprano a casa de Jeff. Ya estaban allí dos miembros del antiguo equipo. Bert y Mike, tan leales como duros. El aire estaba cargado con el humo del tabaco y el aroma del café.

El ambiente era tenso. Aquellos tipos eran profesionales, pero el riesgo aumentaba cada vez. Había un sofá cargado de armas.

—Tenemos un tío nuevo —dijo Jeff.

Como eso no me gustó, dije:

—Eso no me gusta.

Jeff alzó las manos.

—A mí tampoco, pero tiene su reputación como conductor. No tenemos elección.

El sistema de Jeff era simple. Tres coches. Uno para el robo y luego dos cambios. Los vehículos habían sido dispuestos durante el fin de semana. Un conductor experto era vital.

—¿Quieres desayunar, Mitch? —preguntó Jeff. Había una enorme fuente de fritangas junto a un montón de tostadas.

Hay dos escuelas de pensamiento sobre la comida antes de un golpe.

Ponerse como un cerdo para recargar energías.

Ayunar... para aumentar la adrenalina.

Yo era un adepto de la segunda.

—Café será suficiente.

Me acerqué al sofá, elegí una 9 milímetros y me la metí en la cintura de los vaqueros. También cogí una escopeta. Cuando disparas una de estas hijas de puta consigues la atención de todo el mundo. Me embutí una chaqueta de combate y llené los bolsillos de cartuchos. Probé el café. Muy cargado: era como un gancho al estómago.



Llamaron a la puerta. Jeff abrió con cuidado y luego se giró hacia nosotros.

—Es el nuevo.

Entró un punk. Había algo familiar en él. Vestía como Liam Gallagher antes de saber lo que era una VISA oro. Una de sus mejillas estaba atravesada de arriba abajo por una cuchillada. Y entonces recordé.

En la fiesta, el tío había estado encima de Briony y ella le había rajado la cara antes de ponerle un arma en la boca.

—Te conozco —me dijo.

Asentí. Él esbozó una sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo está la puta loca de tu hermana?

—Bueno, bueno, vamos a relajarnos —intervino Jeff.

—¿Responderás por él? —Le dije a Jeff.

—Garantizado.

No me gustaba pero ya era demasiado tarde para retroceder. Nos organizamos y partimos. El primer viaje lo hicimos en furgoneta.

Me senté delante con Jeff y el resto lo hizo detrás. El punk hablaba por los codos, pero Bert y Mike simplemente lo ignoraban.

—El objetivo es Newcastle-Under-Lyme. Los coches están aparcados en la Universidad de Keele.

—¿De cuánto hablamos?

—El banco está cargado. Puede que doce mil.

—Bien.

—Esperemos que sea así.

Me arrebujé en mi respaldo y dejé que mi mente fluyera.

Una noche, tras hacerle un servicio a la actriz, empecé a hablarle de mis lecturas. No sé qué me impulsó a hacerlo pero me desaté y enumeré los diferentes campos sobre los que había leído.

Cuando terminé, ella me dijo:

—Son los libros de un autodidacta, un hombre trabajador. Y todos sabemos cómo son:

pobres
egotistas
insistentes
rudos
imponentes y, por último,
nauseabundos.

—Puta presumida... —Ella rió.

—Caramba, no me eches la culpa a mí. Es el análisis de Virginia Woolf sobre James Joyce. ¿Has leído a Virginia?

—Adivina.

La furgoneta dio un bandazo y Jeff dijo:

—Estamos en Keele.

Cargamos las cosas en el coche que allí nos esperaba y nos pusimos los monos. Bert se quedaría con el segundo coche y Mike con el tercero. Era vital que cada coche fuese de calidad, estuviese bien conducido y bien escondido.

El punk se puso al volante, Jeff a su lado y yo en el asiento trasero.

—Menudo montón de chatarra —dijo el punk cuando lo puso en marcha.

—Cierra la boca y conduce —dijo Jeff.

Veinte minutos después entramos en Newcastle. Yo tenía la adrenalina a tope. Jeff guió al punk hasta aparcar a veinte metros de la entrada trasera. Salimos y nos pusimos en marcha, colocándonos los pasamontañas mientras entrábamos.

Algunas bandas, cuando se hacen un banco, confían en el terror verbal. Entran rugiendo o gritando obscenidades. Meten el temor de Dios en el cuerpo de los clientes. Reconozco los méritos de esa estrategia.

Pero Jeff tiene su propio método. Él cree que una imagen vale más que mil palabras.

Así que disparó al primer cliente que nos encontramos.

Le disparó en las rodillas y el tipo cayó. Jeff cargaba su escopeta con perdigones. No causaban un daño grave pero

dolían de cojones
 hacían ruido
 y asustaban a los valientes.

En dos minutos tenía a los clientes y al personal del banco reunidos. Jeff se movía por el banco como un virus llenando dos bolsas negras. Después salimos de allí.

Mientras corríamos hacia el coche, la gran costumbre británica entró en juego. Sí, el espíritu samaritano. Un tipo me agarró por detrás y me rodeó con los brazos. El punk estaba poniendo en marcha el motor. Dejé mi cuerpo inerte y luego, con un solo movimiento, estampé el tacón de mi zapato en el empeine del valiente. Dejó escapar un rugido que debió de oírse en Brixton. Y lo más importante, me soltó. Me di la vuelta y le puse el cañón en la cara.

—Tú, estúpido bastardo —le grité—, quieres morir, ¿no?

Jeff se paró a mi lado con los dientes apretados.

—Vamos, venga.

Ya se podían oír las sirenas. Retrocedí y corrí hacia el coche.

Salimos cagando leches.

—Joder, Mitch —dijo Jeff—, pensé que te lo ibas a cargar.

—Y yo —repuse.

El punk reía como un histérico.

—¡Tenías que haberlo hecho, tenías que haberle volado la tapa de los sesos!

Pensé que si no se ponía a conducir de una vez, le atravesaría la nuca con el puño.

Llegamos a Keele y cambiamos de coche. Condujimos a una marcha más razonable hacia el siguiente vehículo. Cambiamos de nuevo y en un abrir y cerrar de ojos circulábamos por la autopista, perdidos entre el denso tráfico. Una vez que llegamos a la furgoneta dejé escapar un largo suspiro. No me había percatado de que iba aguantando la respiración.

En la parte de atrás, Mike, Bert y el punk iban dando alaridos de celebración. Jeff echó la mano bajo su asiento mientras conducía. Sacó una botella pequeña de Cutty Sark y me la pasó. Eché un buen trago y dejé que me quemara por dentro. Me miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pan comido, ¿eh? —me dijo.



De vuelta en casa de Jeff comenzamos la fiesta. Yo bebía Bud y le iba dando sorbos al Cutty. El punk le pegaba sobre todo a la botella de ginebra. Jeff y Bert efectuaban el recuento.

—¿Otra Bud, Mitch? —preguntó Mike.

—Claro.

Estábamos sentados en la cocina. Mike se inclinó sobre la mesa antes de decirme:

—Ese chaval te pone de mala leche.

—Nos traerá problemas.

—Bueno, hoy lo ha hecho bien.

—Mira sus brazos. ¿Pinchazos?

Mike le echó un buen vistazo.

—No parece que ahora esté consumiendo, no tiene los brazos hinchados.

—Preparación H.

—¿Qué?

—Sirve para bajar la hinchazón.

Mike estaba asombrado.

—Dios, Mitch, ¿cómo sabes esa mierda?

—*New hope for the dead.*

—¿Eh?

—De Charles Willeford.

—Me he perdido.

—También Charles Willeford. Está muerto, para desgracia de Irlanda.

Jeff alzó la mano.

—Eh, gente, hemos terminado.

Pausa dramática.

—Quince mil.

Vítores a gritos. Después de que Jeff descontara los gastos, tocamos a dos mil setecientos cada uno.

—Sigamos la fiesta —dijo el punk.

Al cabo de un rato, los chicos empezaron a marcharse.

—¿Tienes un segundo, Mitch? —me dijo Jeff.

—Claro.

Cuando se habían ido, Jeff abrió una cerveza.

—¿Has oído alguna vez hablar de un tipo llamado Kerrkovian?

—No.

—Un cabrón alto y delgaducho al que le gusta vestir de negro. Ojos como canicas, como muertos. Creo que es uno de esos mañosos de Europa del Este.

—Por muy interesante que sea, Jeff, ¿qué tiene esto que ver conmigo?

—Ha estado preguntando por ti.

—Oh.

—Vigila tu espalda.

—Sí. Muchas gracias, Jeff.

—Has debido cabrear mucho a alguien.

—Parece ser que tengo talento para ello.

Me fui hasta una floristería. Compré un ramo de rosas, orquídeas y tulipanes.

—Una mezcla como ésta... —dijo el florista—. Le va a costar bastante.

—¿Me ha oído quejarme?

—No, pero...

Puse las flores en el maletero del coche y conduje hasta Peckham.

La tumba de Joe estaba bien atendida y contaba incluso con un ejemplar del día del *Big Issue* envuelto en celofán. Aquello me entristeció.

Había un hombre moviéndose por todo el cementerio, arreglando el aspecto de las tumbas. Me aproximé a él.

—Hey.

—Hey.

—¿Se ha ocupado usted de aquella tumba de allí?

—¿Y qué si lo he hecho?

—Sólo quería darle las gracias.

Saqué unos billetes y los cogió rápido. El gesto hizo maravillas con su actitud.

—Una lápida destacaría más —me dijo.

—¿Cómo puede encargarse una?

Sacó una petaca del bolsillo y me la ofreció. Meneé la cabeza y él tomó un trago.

—Aleja el frío.

—Le creo.

Guardó la petaca.

—Un cantero normal y corriente le cobraría un pastón. Yo podría encargarme por la mitad.

Saqué unos cuantos billetes más.

—¿Lo haría?

—Será un placer. ¿Quiere una inscripción? Lo pensé un momento.

—«Él era el ejemplar».

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿No quiere poner un poema o algo? Tengo algunos versos de mi propia cosecha.

—No era muy poeta.

—De acuerdo, yo me encargo.

Contó el dinero.

—Aquí hay mucho.

—No, quédese el resto.

—¿Cómo es que se fía de mí? —preguntó cuando ya me iba.

—Si no puede uno fiarse de un tipo en el cementerio...

Soltó una risa grave.

—Los más picaros están bajo tierra —sentenció.

—Todo un lema de vida —rematé.



De vuelta en Holland Park sentía que la adrenalina me abandonaba y que ansiaba echar un sueño. Jordan salió a mi encuentro.

—La señora ha estado preguntando por usted.

—Vale.

—No ha sido la única.

—¿No?

—Ha tenido dos visitas.

—¿Juntas?

—No, una era un policía.

—Bailey.

—Un tipo con muy malas pulgas.

—No te lo discutiré.

—El otro era... ¿Cómo describirlo? En dialecto húngaro hay una palabra... *Zeitfel*. Significa «cadáver que aún camina».

—Como un zombi.

—Quizá. Cargado de maldad, propulsado por malicia. Los americanos tienen un término: *Stone-killer*.

—¿Iba vestido de negro?

—Sí.

Mientras digería la información, Jordan siguió hablando.

—Cuando se marchaba, apuntó al olmo. —Jordan hizo un gesto con la cabeza hacia el enorme árbol situado a la izquierda del camino de entrada— y dijo: «Cuidado con la fruta extraña».

—Billie Holiday.

—¿Disculpe?

—Cantaba una canción sobre un hombre linchado llamada *Strange Fruit*.

Jordan rebuscó en su bolsillo y sacó un sobre.

—También tiene correo.

La letra era de Briony.

—Gracias.

Abrí la carta. En la parte delantera había un oso con cara triste. Sostenía una pancarta que decía:

ESTOY TRISTE

Dentro, lo siguiente:

Oh, Mitch...

Quieres que me vaya. Christopher Isherwood escribió: «Todo armario esconde el pequeño y pobre fantasma de una reputación malograda. Márchate, susurra, vuelve adonde perteneces. Aquí no hay lugar para ti. Me vencieron la vanidad y la codicia. Fui adulado. Y me perdí. Tú te perderás también. Márchate».

Sólo mi perrito me quiere.

XXX

Bri

Supongo que habría tenido más sentido si hubiese sabido quién era Isherwood. O a qué se dedicaba.

Me tendí en la cama y pensé en Aisling. Tenía que llamarla de veras. Luego repasé mentalmente el robo y el momento en que el idiota me cogió por detrás. Por un instante había querido apretar el gatillo en serio.

Tenía que admitir que me había divertido. Había disfrutado del torrente de emociones. Sólo esperaba que no me entraran ganas de otra descarga.

El sueño reptó hasta mí y dejó a medias mi último pensamiento.

Era de noche cuando desperté con una vaga sensación de presagio. Hice algo de café para despejarme. Me lié un cigarrillo y me lo fumé sentado en la cama. Me supo tan envejecido como me sentía. Me di una ducha y me puse una camisa blanca almidonada y unos vaqueros desgastados. Comprobé el resultado en el espejo. Parecía el padre de George Michael antes del incidente de los baños públicos.

Sonó el teléfono.

—Te he echado de menos, Mitchell —dijo la actriz.

—Bueno, ya estoy de vuelta.

—Tengo una sorpresa especial para ti.

—Estoy vestido para la ocasión.

—¿Perdona?

—Voy de camino.

—No te decepcionaré.

Quedaban un par de centímetros en la taza de café, así que saqué la botella de *whisky* escocés y serví otro par para equilibrar la balanza. Me lo bebí de un trago. Me quedé con ganas de más pero decidí tomármelo con calma.

Lillian me estaba esperando en el salón. Alguien había estado muy ocupado, ya que todos los muebles estaban apilados junto a una pared. Las alfombras estaban enrolladas. El barniz del suelo de madera resplandecía. En el centro de la estancia había un pequeño escenario iluminado por un foco. Pensé: «Joder, no».

Frente a la tarima, una sola silla. A su lado había una cómoda con varias botellas de alcohol. Me senté, examiné las botellas y vi una de Johnnie Walker. Me serví un vaso ancho. Iba a necesitarlo.

La música clásica empezó a sonar y las luces se apagaron.

Jordan apareció sobre el escenario ataviado con traje negro y pajarita.

—Es un placer —entonó— anunciar el regreso de Lillian Palmer. Esta noche recitará un breve fragmento de D. H. Lawrence: «Un lamento por una Inglaterra perdida hace tiempo».

Yo mismo me sentía perdido. Tragué el *whisky* que tenía en la boca. Jordan hizo una inclinación y se retiró. Si esperaba un aplauso, que lo hiciera sentado. No sonó ni una sola palmada.

Entonces apareció ella, vestida con alguna clase de sari muy fino. Podía ver sus tetas con toda claridad. Bajó la cabeza y empezó despacio:

—Es Inglaterra, Dios mío, me rompe el alma. Esta Inglaterra, estas ventanas saeteras, los olmos, el pasado... El gran pasado, desmoronándose, no por la fuerza de los brotes venideros sino bajo el peso de las hojas caídas. No, no puedo soportarlo. El invierno, donde toda visión se pierde y todo recuerdo perece, se alarga. No puedo soportarlo, el pasado, la decadente, caduca y deteriorada costa, tan grande, tan magnífica.

Desconecté. Puede que incluso me durmiera un poco. Le estaba pegando una tremenda paliza a la botella de Johnnie Walker. Por fin, ella terminó. Me levanté, vacilante, y grité:

Bravo
Magnífico
Venga, arriba los Reds.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba en el escenario arrancándole la ropa. Fue algo

sudoroso
ruidoso
feroz.

Recuerdo vagamente que me clavó a fondo los dientes en el cuello y que grité:
—¡Sí, puta vampiresa!
Al acabar, me tumbé boca arriba buscando aliento.
—¿He de creer entonces que te ha gustado mi actuación? —me preguntó.
¿Cuál de las dos?
Me hice un ovillo y me desmayé.



Alguien tiraba de mí mientras yo trataba de quitármelo de encima.
Al final me incorporé. Jordan estaba de pie junto a mí.
—Hay algo que tiene que ver.
—¿Ahora?
Intenté enfocar mi vista para ver el reloj. Me costó lo suyo.
3:45
—Cristo bendito, ¿no puede esperar?
—Es de extrema urgencia. Le esperaré en la cocina.
Sacudí la cabeza. Gran error. La madre de todas las jaquecas. Por no mencionar el estómago revuelto.
—Sería buena idea que se pusiera la ropa —me dijo Jordan cuando llegó a la puerta.

Dolorido, tiré de mis pantalones y de la camisa blanca hecha una bola. Entonces vomité.

Jordan, que sostenía una linterna, me miró. Asintió en silencio y salió. La noche era oscura como la pez. Jordan cruzó el césped y se detuvo junto al olmo. Esperó a

que le alcanzara.

—¿Está preparado?

—¿Para qué?

Dirigió el potente haz de luz hacia las ramas. Billy Norton colgaba de una de las más gruesas. Tenía un agujero negro allí donde debía estar su ingle.

—Dios —musité.

De pronto estaba de rodillas vomitando de nuevo. Jordan apagó la linterna.

—¿Un amigo? —preguntó en voz baja.

—Sí.

Sacó entonces una petaca y un paquete de cigarrillos. Encendió uno y me lo pasó. Luego quitó el tapón de la petaca y me la ofreció. Me la bebí de un trago.

—Brandy y Oporto —dijo.

Cuando la mezcla golpeó mi estómago pensé en regurgitarla, pero elegí la otra opción: calmarme. Ya podía fumar el cigarrillo.

Evité mirar a Billy.

—¿Se ha fijado en su mano? —preguntó Jordan.

—¿Qué? No...

—Le faltan los dedos de la mano derecha. Es una firma.

—¿Una qué?

—Vosnok. Un escuadrón de la muerte de Europa del Este. Desde que se abrieron las fronteras están sin trabajo. Londres atrae a las sabandijas.

—¡Kerrkovian!

Jordan asintió.

—Supongo que esto no es asunto de la policía —dijo.

—Te agradecería que no lo fuera.



Lo enterramos detrás de la casa. Fue un trabajo duro, al menos para mí. A la resaca no le sientan bien las palas. El sudor me caía en cascada por todo el cuerpo. Además tenía los pies descalzos y la tierra estaba fangosa. Jordan cavaba con un ritmo constante.

—Parece como si hubieras hecho esto antes —le dije.

—Muchas veces.

No tuve los redaños suficientes para preguntarle si quería decir «en este mismo sitio». A veces es mejor dejar pasar las cosas.

—¿Quiere decir algunas palabras? —me preguntó Jordan cuando terminamos.

Parte de mí quería gritar «¡Púdrete!». En cambio, asentí.

—Adiós... Billy.

A Jordan le pareció suficiente. Se dirigió a la casa y yo le seguí. Al entrar en la cocina dejé huellas de lodo.

—Lo siento —dije.

Jordan sacó sus sobrecitos de polvo y empezó a mezclar su elixir curativo. Mi mente entró en caída libre.



En el trullo nunca se daban ni se recibían favores. Era peligrosísimo. Sólo una vez rompí esa regla, con un tipo llamado Craig. Le cubrí las espaldas en un momento dado. Después, casi todos los días lo tenía allí comiendo conmigo. Hasta me ofrecía su postre.

Su hermano era policía. No cualquier saco de mierda, sino un reconocido detective que había mandado a chirona a más pederastas que Andrew Vachss. Pero al final el abismo le devolvió la mirada. Una noche de borrachera se descubrió a sí mismo enrollándose con una niña. Se la quitó de encima, se fue de inmediato a casa y se pegó un tiro. Sólo Craig supo la razón del suicidio. Para la policía siguió siendo un héroe y, simplemente, se le había disparado el arma. Tras contarme esto, Craig había levantado la vista y me había mirado fijamente a los ojos. Los convictos nunca hacen eso a menos que tengan un cuchillo o una pistola a mano.

—La conclusión de esta historia es que yo evito el celo. Cuando la gente de aquí va detrás de algún culito, yo me abstengo.

Lo comprendí. Había estado germinando en la prisión un frenesí durante algunos días. Solía culminar en la caza de algún abusador sexual.

—No había planeado unirme a la fiesta.

—La santurronería es muy infecciosa —dijo sosteniendo mi mirada—. La gente se ve arrastrada por ella con facilidad.

No discutí aquello. Estaba pagando su deuda conmigo.

13

Jordan me dio un codazo y me pasó una taza.

—Beba.

Lo hice.

Dios, me sentó de maravilla. Todo parecía cantar a mi alrededor, todos mis sistemas se revitalizaron.

—¿Qué va a hacer con el tal Kerrkopian?

—Encontrarlo.

—Claro.

Dudé cómo continuar, pero él esperó con paciencia.

—Y luego lo mataré.

—Necesitará ayuda.

—No es tu guerra.

Jordan se cruzó de brazos.

—Un hombre viene a mi propiedad, coloca un cadáver frente a mi ventana, ¿y cree que voy a poner la otra mejilla?

—¿Quién se ocupará de la actriz si ambos desaparecemos?

—He hecho algunas previsiones.

Me levanté.

—De acuerdo... Iremos de caza.

—¿Tiene un arma?

—Sí... ¿y tú?

Me lanzó una sonrisa que tenía de todo menos humor.



Encendí la radio para poder dormir. Los Dire Straits tocaban un *riff*, la parte sobre Dixie, cargado de amenaza. Esperaba que el puto Kerrkopian lo estuviese escuchando.

Al día siguiente Jordan hizo una prueba con mi coche.

—Quiero que se acerque al coche con recelo y que compruebe el asiento trasero con atención.

Así lo hice. Intenté abrir la puerta pero no pude. Miré por la ventanilla. Todo lo que se veía era una sábana arrugada en el suelo y los asientos vacíos. Di unos golpecitos en el cristal, la sábana se movió y Jordan salió de debajo.

—¿Cómo puedes hacerte tan pequeño?

Sonrió con tristeza.

—Años de servicio.

—¿Y cómo es que la puerta no se abre?

—Es un coche viejo, sólo se abren las delanteras.

—¿Se lo tragará?

—Esperemos.

Nos llevó tres noches encontrarlo. Habíamos rastreado Clapham, Streatham, Stockwell, Kennington y al final lo encontramos en un club de Brixton. Me había traído la Glock. No sabía lo que llevaba Jordan pero esperaba que fuese pesado. Aparcamos a unas calles del club en el que había entrado Kerrkuvian.

—Deme el arma —dijo Jordan.

—¿Qué?

—Le cachearán.

—Oh.

—No le desearé suerte, ya que estas cosas requieren sólo precisión y sangre fría.

—Tomaré esa suerte, de todos modos. Te veo luego —dije mientras salía.

—No, no lo haré.

El portero era un triste tipejo que intentó darme largas.

—Sólo socios —me dijo.

—¿Cuánto?

Me midió con la mirada y llegó a un acuerdo consigo mismo.

—Veinticinco.

Saqué los billetes.

—¿No me das una tarjeta o algo?

—Te recordaré.

—Je, ya me quedo más tranquilo.

Entré. El lugar estaba abarrotado. La clásica mezcla de Brixton:

siniestros

góticos

travestidos

irlandeses de mierda

delincuentes menores

polis corruptos.

Avisté a Kerrkuvian sentado en una mesa de la esquina con el punk. «Mierda», pensé.

Me dirigí a ellos.

—Chicos... —Les dije.

El punk dio un respingo.

—Mitchell.

Kerrkuvian llevaba traje negro y se parecía al jodido Bryan Ferry.

—He oído hablar mucho de ti —me dijo.

Su acento era pseudoamericano, como si se hubiese visto todas las peores películas de serie B. Tenía los dientes podridos. Europa del Este no parece tener el mejor seguro dental. Se levantó.

—Te traeré una cerveza.

—Ahora mismo no. He oído que me has estado buscando.

—Oíste bien, muchacho.

—Bueno, mi coche está afuera, demos una vuelta.

—Ni se le ocurra —dijo el punk.

Miré fijamente a Kerrkuvian.

—No tendrá miedo de viajar conmigo, ¿verdad? —Le dije. Él sonrió con todo su frontal de molares gangrenosos—. No voy armado, puedes registrarme.

Lo hizo. Aquello era un club de Brixton, nadie pestañeó al vernos.

—Menudo gilipollas —dijo el punk.

—¿Entonces, qué? ¿Viene?

—Siempre y cuando mi nuevo amigo nos acompañe.

Me encogí de hombros. Salí el primero. Mientras nos aproximábamos al coche, dije:

—Las puertas traseras no funcionan.

El punk me adelantó y miró el interior por las ventanillas.

—No hay nada —concluyó.

Me puse al volante, el punk a mi lado y Kerrkuvian junto a la ventanilla del copiloto.

—¿De dónde sacaste semejante montón de chatarra? —dijo el punk.

Cuando me moví para encender el motor, Jordan se levantó y rodeó el cuello de Kerrkuvian con un cable. Yo empotré mi codo en la cara del punk y luego aplasté su cabeza contra el salpicadero. Kerrkuvian luchaba y pataleaba, pero la rodilla de Jordan estaba bien apoyada contra el asiento. Parecía que había pasado una hora cuando Kerrkuvian se quedó laxo, con los ojos fuera de las órbitas.

—Jordan... —Dije—. Jordan, ya puedes soltarlo.

—Nunca se puede fiar uno de esta basura.

—Dios, está casi decapitado.

Jordan aflojó la presa. Arranqué el coche y salimos cagando leches.

—De vuelta a Holland Park —dijo Jordan.

El asiento delantero estaba lleno de sangre. Jordan colocó la sábana encima.

—¿Y qué pasa con este crío? —Dije.

—Que nos ayude a cavar.

Empezó a llover copiosamente, lo que ayudó a ocultar el fardo del asiento delantero. La sangre empapaba mis zapatos y los pedales.

Cuando llegamos a Holland Park, la lluvia ya era torrencial.

—¿Y la actriz? —pregunté.

—Dormirá hasta el mediodía.

—¿Seguro?

—Me he asegurado. Aparque frente al garaje.

Obedecí.

Salimos del coche y entramos en la casa. Jordan sacó unos chubasqueros.

—Coja la carretilla —dijo.

Luego llevamos a Kerrkovian y al punk al garaje. Éste empezaba a recuperar el sentido.

—Saque todo lo que lleven en los bolsillos —me dijo Jordan.

De Kerrkovian obtuve:

una Sig Sauer calibre 45

una cartera

cigarrillos

un estilete y

un trozo de papel con un número de teléfono.

El de Gant.

Del punk saqué:

maquillaje

un buen fajo de billetes

caramelos de menta

condones

cocaína.

Jordan llenó un cubo de agua y se lo echó al punk por encima. Ése farfulló, tosió y abrió los ojos despacio. Le debió parecer que despertaba en medio de una pesadilla. Dos figuras con abrigos largos de plástico, la tormenta y un cadáver.

—Me has roto la nariz —jadeó.

—Levántate —dijo Jordan—. Tienes trabajo que hacer.

Se puso en pie tembloroso y gimoteó:

—¿Qué sucede?

—Cállate y puede que vivas —replicó Jordan.

Se calló.

—¿Dónde ponemos a Kerrkovian?

—Bajo el olmo, al lado de su amigo.

Jordan se acercó a un estante del fondo, sacó una botella de *brandy* y me la pasó. Bebí un buen trago y se la ofrecí al punk. Éste tiritaba tanto que apenas podía sostenerla. Se le cayó el *brandy* por la barbilla.

—Usa las dos manos —le aconsejé.

Le sobrevino una arcada pero consiguió tragar. Le devolví la botella a Jordan, quien tomó un sorbo. El punk me miró.

—No deje que me mate, señor Mitchell.

¡Señor!

—Claro que no —dije.

—Ayúdame a sacarle el cable de la garganta.

Le dimos la vuelta a Kerrkovian. La cabeza le colgaba en un ángulo imposible. Se había mordido el labio inferior con los dientes, hasta atravesarlo.

—Arg... h... h —articuló el punk antes de vomitar.

El cable tenía dos mangos de madera que parecían estar muy desgastados. No quise pensar en ello. Cogimos un mango cada uno y tiramos. Salió bien, pero no limpio. Jordan lo restregó contra el traje del muerto. Luego se incorporó, se aclaró la garganta y escupió sobre él.

—Arriba con él —dijo entonces.

Arrojamos su cuerpo sobre la carretilla. Jordan cogió la Sig Sauer y la sopesó.

—Es la cosa más cercana a una automática que no se encasquilla que se puede conseguir —dije.

Jordan apuntó con ella al punk.

—Empuja la carretilla.

La tormenta arreciaba. Podía sentir la lluvia incluso a través del impermeable. Fue un trabajo duro para el punk encargarse de la carretilla, pero al final llegamos al olmo. Jordan dejó caer una pala al suelo.

—Empieza a cavar.

El punk, empapado en sangre y mocos procedentes de la ruina que era su nariz, preguntó:

—¿Yo solo?

—Hazlo.

El barro hizo que fuese más sencillo, aunque se resbaló varias veces.

Jordan me pasó una petaca de la que bebí como un loco.

La tumba quedó abierta al fin. Jordan se inclinó sobre la carretilla, cogió un par de alicates del bolsillo de su impermeable y cortó el dedo meñique de Kerrkovian. El punk empezó a lloriquear.

—¡Cristo bendito!

El chasquido del hueso fue como un pistoletazo. Después inclinó la carretilla y el cuerpo cayó en la tumba. El sonido de la caída fue como el del chapoteo en el infierno. Jordan me dio la Sig Sauer.

—¿Qué?

Jordan me miró a los ojos.

—Su turno.

El punk se percató de lo que sucedía y empezó a suplicar.

—Ay, Dios, señor Mitchell, no diré nada...

Le disparé en la frente. Movié los brazos por un instante y luego cayó en el agujero. Jordan cogió la pala y empezó a rellenar la tumba. Yo no me moví, tan solo

me quedé allí, con la lluvia empapándome y la Sig Sauer colgando lacia de mi mano.
Al rato, Jordan se incorporó.
—Vayamos a por una taza de té —dijo.



En la mesa de la cocina, mientras Jordan hacía el té, dije:

—Mickey Spillane siempre hacía que sus personajes tomaran *whisky* porque no sabía deletrear coñac.

No hubo respuesta.

No me importó.

Sirvió dos tazas humeantes de té y me preguntó:

—¿Una galleta?

—¿Tienes Rich Tea?

—Sólo Mikado.

—Entonces paso.

Cogió una botella de Glenlivet de debajo del fregadero.

—Bueno —pregunté—, ¿es que tienes botellas escondidas en todas partes?

—No sólo botellas.

—Oh.

Quitó el tapón y regó el té con el licor.

Probé el mío. Sabía a té con *whisky*.

Lié un cigarrillo y se lo ofrecí. Él lo aceptó y me puse manos a la obra con otro.
Lo encendí y formamos una gran nube de humo en tiempo récord.

—Jordan, ¿por qué te llamas así? No tiene nada que ver con el béisbol, ¿verdad?

Soltó un bufido.

—Mi padre nació a orillas del Jordán.

—Creí que eras húngaro.

—Nos mudamos.

—¿Has oído alguna vez las palabras: «Estoy relleno de ataúdes igual que un viejo cementerio»?

Apagó la colilla.

—Aún no se ha acabado —dijo.

—Me temo que tienes razón. —Me puse en pie—. Tengo que dormir un poco.

—Lo necesitará.

Acto final

1

Jordan le envió el dedo amputado a Gant.

Un precioso envoltorio.

Una caja dorada.

Papel de seda.

Lazo de terciopelo rojo.

—Metámosle el dedo en la llaga... —me dijo.

—Eres un jodido enfermo —repliqué.

Volví al ataque con Aisling. Al principio se hizo la remolona y me hizo sudar, pero después accedió. Quedamos en el Sun and Splendour de Portobello. Me había comprado zapatos nuevos. JP Tods, auténticos. Los muy cabrones eran caros pero ¡guau!, tus pies te lo agradecen.

Vestí mi piel bronceada con los Gap caqui, una camiseta color crema y la chaqueta Gucci. Estaba para que se me echaran encima.

Aisling llevaba un vestido negro matador. De hecho le dije:

—Un vestido matador.

Sonrió. Vislumbré un atisbo de esperanza.

—Tú tampoco estás mal.

—¿Te gustan los zapatos?

—¿Bally?

—No.

—¿Imitación?

—Para nada.

—Oh, perdona, olvidé que eras un hombre de buen gusto.

—¿Eso no es de *Sympathy for the devil*?

—No lo sé.

—Anterior a tu época, supongo.

Ignoró el comentario y me preguntó:

—¿Adónde vamos?

—¿Te apetece cenar?

—Me apetecees tú, para desgracia de los irlandeses.

El problema con los irlandeses es que saben hablar y, chico, lo hacen muy bien. ¿Pero de qué narices hablan?

Que me jodan si lo sé.

—Aquí va una idea —continuó ella—: alquilamos un vídeo, pedimos una *pizza* y así podrás descubrir lo que hay debajo de un vestido matador.

—¿Eso no resultará extraño aquí, en la calle?

Fuimos a su casa. Al minuto de entrar, ya estaba encima de mí.

Movimientos de cadera, la boca llena de promesas.

—¿Y la *pizza*? —jadeé al terminar.



Después vimos «Tres colores: rojo». No estoy seguro de haberla entendido del todo. Aisling lloró durante la mayor parte de la película. Odio los putos subtítulos.

—¿Te ha gustado? —me preguntó.

—Me ha encantado.

—En serio, puedes decir la verdad, no me importa.

En el calor del momento, decidí jugármela del todo.

—Me encantan las películas francesas. Tienen un cierto... *je ne sais quoi*.

Se lo tragó todo: anzuelo, sedal y plomada.

—Oh, qué contenta estoy, Mitch, hasta hablas francés.

La única frase que sabía la aprendí en chirona. Un violador en serie solía gritarla cuando los vigilantes iban por él. Lo cual hacían dos veces por semana.

—Claro.

Se incorporó y la sábana se deslizó de sus pechos. Habría hablado ruso, joder.

—Es genial —dijo— porque es parte de una trilogía. Podemos ver «Azul» y «Blanco».

Asentí, cogí mi tabaco y empecé a liar. Me miró fascinada.

—¿Quieres uno? —pregunté.

—Tú eres mi droga.

Oh... oh.



Al final comimos la *pizza* abrasada por el microondas. Mientras me chorreaba por la comisura de la boca, me preguntó:

—¿Satisfechos todos los apetitos?

Dije que sí con la cabeza.

La radio sonaba bajo. Había estado muy bien: Graham Parsons, Cowboy Junkies... hasta que Phil Collins empezó a masacrar *True Colours*.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber.

Ésa me la sabía.

—En ti, cariño.

Ella se rió.

—No necesitamos luz —añadió—, tus ojos iluminarían cualquier habitación.

—Chorradas.

La radio contraatacó con Iris de Ment, *My father died a year ago today*...

Aisling empezó a llorar. Cambié de postura para abrazarla pero me rechazó. Se quedó en silencio hasta que la canción terminó con la última nota embrujadora.

—Mi padre era alcohólico. Mi hermano decía que yo viví mi infancia como un ciervo ante los faros de un coche veloz. Durante años, mi vida estuvo entre el drama y el espectáculo de variedades. Cuando falleció pidiendo a gritos un trago, me alegré. Me dieron sus efectos personales en el hospital... ¿Sabes en qué consistían?

—No tengo ni idea.

—Un cinturón de los Boy Scout y las cuentas de un rosario. —Jugueteó con un borde de la *pizza*—. Tiré las cuentas al río.

—¿Te quedaste con el cinturón?

—Era su herencia.

—Vaya, se te da bien la ironía, ¿lo sabías?

Sonrió.

—¿Quieres oír una sandez?

—¿Una qué?

—Una gilipollez.

—Bueno...

—Estás escuchando a la Nueva Mujer. No quiero lo tradicional. Esta mujer quiere un marido, una casa e hijos.

Me quedé callado. Alargué el brazo para coger la bebida.

—Te quiero —me dijo.

Luego se inclinó, se montó a horcajadas sobre mí y empezó a hacerme el amor.

No me resistí.

—¿No estaría loca si no lo hiciera? —me dijo al acabar.

—Lo estarías.

No me sentía mal. Pasé todo el día siguiente con ella. Fuimos a Portobello Market y nos reímos de la basura que trataban de vender. Condujimos hasta el West End y nos hicimos una foto en Trocadero. Extraño, no era una mala foto. Aisling parece joven, resplandeciente, y yo... yo parezco encantado de que ella parezca así. Y lo estaba.



Era ya medianoche cuando regresé a Holland Park. La casa estaba a oscuras. Fui a ver a la actriz, la toqué la mejilla, murmuró algo y siguió durmiendo.

Ni rastro de Jordan.

Fui a mi habitación y abrí una cerveza. Tenía ese dolor de huesos que es resultado de sentirse bien. No lo analicé demasiado para no perder la sensación. ¿Amaba a Aisling? Lo que estaba más que claro es que me hacía sentir como la persona que una

vez tuve la esperanza de haber sido.

Bebí la cerveza, fría, satisfactoria. Me desvestí y me tiré en la cama. Dios, estaba molido. Estiré las piernas. Los dedos de mis pies tocaron algo húmedo y di un respingo al instante. Salté de la cama con la sensación de horror creciendo en mi interior. Eché atrás las sábanas y apareció una masa sanguinolenta. Mis ojos podían enfocar la escena pero mi mente se había paralizado. Tuve que acercarme... era una cabeza de perro. El perro de Briony... ¿cuál era su puto nombre... Bartley? Bartley-Jack.

¿Habéis oído alguna vez a Dolores Keane cantar *Caledonian*?

Yo lo hice en ese momento.

No sé por qué.

Mientras retrocedía ante el horror de aquella cama, la canción martilleaba mi cabeza.

Locura, supongo.

Entonces sentí que me agarraban de los hombros y me propinaban un buen bofetón en el rostro.

—Oye —dije—, suave con los tortazos.

—Estaba gritando —me dijo Jordan—, no quería que despertara a la señora.

—No lo permita Dios.

Se acercó a la cama y murmuró algo en húngaro. Algo equivalente a «Joder».

—Es el perro de mi hermana.

—¿Y por qué estamos aquí todavía? Vamos.

Cogimos los impermeables y las armas y nos subimos a mi coche. El tráfico no era denso y conseguimos atravesar la ciudad en treinta minutos.

Briony vivía en una casa de Peckham Road, una calle tranquila y alejada del bullicio. La casa tenía todas las luces encendidas.

—¿Prefiere por delante o por detrás? —preguntó Jordan.

—Delante.

Mantuve la Glock en el bolsillo derecho. La puerta estaba entreabierta.

La empujé lentamente. Atravesé el pasillo de puntillas. Briony estaba sentada en el sofá, cubierta de sangre. Me quedé sin respiración hasta que me di cuenta de que era del perro, a quien sostenía en su regazo.

Tenía los ojos fijos en el vacío.

—¿Bri?

—Oh, hola.

Entré en el salón y me acerqué a ella.

—¿Estás bien, cariño?

—Mira lo que le han hecho a mi bebé.

—¿Quién ha sido?

—No lo sé. Cuando llegué a casa lo encontré en mi cama. ¿Dónde está su cabeza, Mitch?

Jordan entró en la estancia.

—Bri, éste es mi amigo Jordan.

—Oh... Hola, Jordan. ¿Quieres un té?

Jordan negó con la cabeza.

—Bri, ¿me dejas sostener a Bartley-Jack?

—Vale.

Cogí los restos de su regazo. El cuerpo del chucho todavía estaba caliente. Aquello me sacó de quicio.

—Yo limpiaré a tu hermana —dijo Jordan.

La ayudó a levantarse y la cogió de la mano. El teléfono sonó. Cogí el auricular y oí una sonrisita aguda.

Me dirigí a la puerta pero Jordan me detuvo.

—¿Adónde va?

—Es Gant.

—¿Y?

—Voy a matar a ese hijoputa.

Jordan me dio la vuelta y me dijo:

—Piénselo bien. Queremos cogerle en un momento vulnerable. ¿Tiene familia?

—Una hija en edad escolar.

—Entonces, vamos a la hora del desayuno.

—Después de que la niña se vaya al colegio.

—Como desee.

—¿Cómo está Briony?

—Durmiendo. Le di un sedante.

—¿Qué cojones eres, una farmacia móvil?

Sonrió.

—Entre otras cosas.

Jordan salió durante media hora y regresó con una bolsa de papel.

—Para ayudarnos a pasar la noche.

—Ponle música a eso y tendrás un número uno en todas las listas.

Jordan hizo una mueca. Sacó un blister de seis Bud, una barra de pan, jamón, tomates, pepinillos y un tarro de mayonesa.

—¿De dónde has sacado toda esa mierda?

—Esto es Peckham.

Rebate eso.

Unas cervezas más tarde, dije:

—El Matt Scudder de Lawrence Block decía:

*El invierno no es para tanto:
ponte ropa caliente
y atraviésalo.*

—¿Eso qué quiere decir? —me preguntó a mitad de su bocadillo.

—No lo sé. Me parecía apropiado.



Ideamos un plan para encargarnos de Gant. Mejor dicho, consideramos varias opciones.

Descartamos algunas. Modificamos otras. Y llegamos a la buena.

—Okey —dijo Jordan—, esa vale. Ahora, hagamos que parezca como si un trato de drogas se hubiese desmadrado.

—¿Cómo?

Metió la mano en la bolsa y sacó

una aguja hipodérmica

heroína

y el resto de herramientas

y lo dispuso todo sobre la mesa.

—¡Ésas son mis cosas! —Dije.

—Lo sé.

Me puse en pie.

—¿Rebuscas en mi habitación?

—A diario.

—Cabronazo, ¿a qué estás jugando?

—¿Ha oído hablar de Anthony de Mello? —me preguntó—. Por supuesto que no. Se ha leído un puñado de noveluchas negras y cree que conoce la vida. —No me llamó «¡Gilipollas!», pero estaba implícito en sus palabras—. De Mello decía que el noventa por ciento de la gente está dormida. Y nunca despiertan. ¿Cuándo fue la Revolución Húngara?

—¿Qué es esto, un concurso? ¿Qué cojones me importa la Revolución Húngara?

—*Voilà*. Ni siquiera conoce la premisa básica de la literatura policíaca. *Cherchez la femme*. Crecí viendo hombres decentes, compasivos. Tuvieron que perseguir y exterminar a los asesinos de niños. En el transcurso, se vieron obligados a convertirse en bestias con corazones de piedra. Nunca sonreían.

—No tengo ni idea de adónde quieres llegar.

Sacó unas píldoras de la bolsa y las dejó sobre el brazo del sofá.

—De Mello cuenta la historia de un pollo. Un huevo de águila cae en un gallinero de pollos. El huevo eclosiona y los pollos crían al recién nacido como si fuera suyo, que aprende a picotear en el suelo y crece con los demás. Un día ve un ave majestuosa sobrevolando el gallinero. Le dicen que es la más magnífica de todas las

aves. Vuelve a picotear el suelo, se hace mayor y finalmente muere, pensando que es un pollo.

Me encogí de hombros.

—Muy profundo. —No me replicó—. Deja que te diga algo de esas noveluchas policíacas que leo. ¡Harry Crews! Escribió *Comic southern gothic*...

Él levantó la mano.

—Evidentemente, nunca oyó hablar del cerdo.

—¿Qué... qué puto cerdo?

—El de «no intentes enseñar a cantar al cerdo». Es una pérdida de tiempo y sólo consigues irritarle. Me disculpo por pensar que usted podría cantar.

Briony gritó, distrayéndonos de a dónde aquella historia podría habernos conducido.

Estaba dormida, pero gimoteaba. La acuné entre mis brazos y se tranquilizó. Yo también me quedé dormido, soñando con

cerdos sin cabeza
pollos voladores
y
cadáveres silenciosos.

Me desperté cuando Jordan me tocó el brazo.

—Será mejor que nos vayamos —dijo.

Me pasó una taza de café y la píldora. Cogí ambas. Briony estaba en un sueño profundo y aproveché para besarle la frente. Jordan nos observaba con expresión impenetrable.

—Sólo los muertos conocen Brooklyn —dije.

Era el título de una obra de Thomas Boyle. Puede que Jordan no quisiera saber nada de las novelas policíacas, pero eso no significaba que no fuera a oír hablar sobre ellas.

Nos pusimos los impermeables y repasamos el plan en voz baja.

Los dedos de los pies empezaban a picarme. La adrenalina comenzaba a agolparse en mi interior.

—¿Qué cojones me está pasando?

—Está a punto de volar.

—¿Qué?

—Digamos que le he dado velocidad.

—¿Anfetaminas?

—Algo así.

Estaba amaneciendo.

—No sabía que su hermana tuviese un bebé —dijo Jordan.

—No lo tiene.

—Hay un armario lleno de ropa de bebé.

—¿Qué? ¿También has registrado su habitación?

—La fuerza de la costumbre.

El *speed* me quemaba los ojos, provocando que se abrieran como platos. Jordan comprobó su arma, la Sig Sauer.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Es una nueve milímetros, ¿cómo no?

Salimos. Había un barrendero apoyado contra la pared.

La pausa del cigarrillo.

De su carrito colgaba una radio. ABBA interpretaba *I have a dream*.

—Buenas, caballeros. —Irlandés.

—Bonito día —repliqué.

—Mientras no empeore —remató.

Jordan puso el coche en marcha y salimos de allí. Pensé en Harry Crews y la entrevista que hizo con Charlie Bronson. Éste dijo:

No hay motivo para no tener amigos. Y viceversa. Pero no creo que se deban tener a menos que estés dispuesto a dedicarles tiempo. Yo no le doy mi tiempo a nadie.

Llegamos a casa de Gant en menos de veinte minutos. Vamos, digo yo, con el colocón que tenía. Eran las ocho. Mi sistema nervioso iba a toda velocidad. Me picaban los pies y las manos y un torrente de ideas me abarrotaban la cabeza. La calle estaba jalonada de árboles.

—Es un bulevar —dijo Jordan.

—Londres es un puto bulevar.

Por la calle se acercó lentamente un autobús escolar.

—¿Has leído alguna vez *Meetings with remarkable men*?

—Hombres desesperados... sí.

Ignoró mi comentario. Miró al autobús y siguió hablando.

—Devorar las obras de Gursjjeff, Ouspensky, Sivanda, Yoganda, Blavatsky, Bailey... Ah... y luego, abandonar la luz y caminar de vuelta a la oscuridad.

Estuve tentado de preguntarle si ésa era la alineación del Liverpool pero temí que me disparara. La puerta delantera de Gant se abrió y emergió una mujer de la mano de una niña. La mujer recolocó la mochila de la niña, le abrochó el abrigo y le dio un abrazo. La niña subió al autobús. La mujer se quedó mirando el autobús con expresión de pérdida y luego volvió al interior de la casa.

—Vamos —dijo Jordan.

Mientras caminábamos, me preguntó:

—¿Prefiere por delante o por detrás?

Esboqué una sonrisa lúgubre, apreté los dientes y tragué saliva.

2

¿Cuál es la banda sonora para un asesinato? En mi cabeza sonaba *Famous blue raincoat*, de Leonard Cohen. Mientras llegaba a la puerta delantera, murmuré entre dientes algo sobre la música en Clinton Street. Me encantan esos versos.

Llamé al timbre.

¡Campanillas!

Peor aún, sonó una musiquilla... ¡«Una paloma blanca»! Lo juro por Dios. ¿Cuánto hacía que no se tomaban unas vacaciones?

La mujer abrió la puerta.

Le di un puñetazo en toda la cara. Cayó de espaldas como un saco de patatas. Miré en derredor. Casi esperaba ver aparecer al lechero diciendo: «A ti tampoco te ha pagado, ¿eh?».

La cogí del pelo, la arrastré al interior y cerré la puerta.

Estaba inconsciente. Una figura apareció en el pasillo. Aterrado, busqué mi arma. Jordan... Negó con la cabeza. Luego se llevó un dedo a los labios y señaló las escaleras.

Gant estaba sentado en la cama con una bandeja de desayuno en su regazo. Se quedó de piedra.

—Buenos días a todos —dije.

Tenía la taza de café a medio camino de la boca. Se había quedado paralizado con el brazo en alto. Entré en la habitación y se la quité de un manotazo. La taza rebotó en la pared.

Jordan se quedó de pie en la puerta. Le solté un revés a Gant.

—Querías verme, ¿eh? Bueno, aquí estoy, joder.

Seguía sin hablar. Le cogí por el pijama y lo saqué de la cama. Jordan sacó un martillo de su impermeable y empezó a romper cristales.

—Oh, vamos... —dijo Gant.

Saqué la Glock y la empuñé despreocupadamente.

—Cuando le cortaste la cabeza al perro, ¿te pusiste cachondo?

—¿Qué?

Perdí los nervios y le golpeé con la pistola hasta que Jordan me cogió del brazo.

—Se va a desmayar —me dijo.

Saliendo del sopor del *speed*, acerté a ver que tenía los brazos llenos de sangre. No de la mía.

—Hora de irse —dijo Jordan.

Gant logró enfocar el ojo bueno.

—Hagamos un trato —dijo.

Le disparé en la boca. Jordan tiró la parafernalia de drogadicto sobre la cama y luego colocó una bala sobre la cabeza de Gant. Saqueamos la casa y encontramos

20 de los grandes
un montón de Kruger Rands
tres pistolas
un alijo de cocaína.
Nos lo llevamos todo.

Cuando nos disponíamos a irnos, la esposa empezó a recuperar el sentido. Jordan le dio una patada en la cabeza.

—¿Quiere que lo quememos todo?

—No, odio el fuego.

Mientras entrábamos conduciendo en Peckham, dije:

—Déjame aquí, quiero ver a un amigo.

—¿Está seguro? Quiero decir, está colocado.

—Mi amigo está muerto.

Si tenía réplica para esto, no la expresó en voz alta.

—Toda esta mierda —dijo Jordan señalando el botín— es suya.

—¿Qué?

—Para usted.

—Estás de broma, joder... Aquí hay para el presupuesto de un país pequeño.

—No necesito dinero.

—Si insistes...

Culpad al *speed*, pero en ese momento dije:

—Creo que voy a casarme.

Por primera vez vi a Jordan mirándome con regocijo. Me cogió la mano, me la apretó con calidez y me dijo:

—Maravilloso, por fin piensa con la cabeza... pero no creo que Lillian esté soltera.

Me llevó un instante responder.

—¡Lillian! ¿Quién cojones está hablando de Lillian?

Dejó caer mi mano y los nubarrones volvieron a su rostro.

—¿Hay alguien más?

—Claro.

Eché una carcajada y empecé a parlotear sobre Aisling. Cuando pude contenerme un poco, dije:

—Quiero que vengas a la boda, ¿vale?

Él abrió la puerta del coche.

—Vaya a ver a su amigo muerto.

3

Compré un enorme ramo de flores en una floristería junto a las cocheras del autobús. Compré tantas que la florista empezó a ponerse nerviosa. Hasta que saqué la pasta, claro. Estaba tan colocado que quise hasta dejarle propina. Lancé un Kruger al aire.

—Que tenga un buen día.

Había invadido la casa de un hombre, noqueado a su mujer, le había sacado a rastras de la cama y le había disparado en la boca. ¿Cómo iba a parar ahora?

Así que empecé a dar tumbos en dirección al cementerio con las flores. Un tipo apoyado en un salón de juegos me dijo con acento irlandés:

—Bonitas flores.

En el cementerio, el enterrador había puesto una cruz blanca en la tumba de Joe.

—Hey, Joe —dije.

Deposité el ramo con cuidado. Me quedé allí plantado, observando la muerte. Le conté a Joe lo que había ocurrido.

—Te echo de menos, tío —finalicé.

Otra vez en Holland Park. El efecto del *speed* se había evaporado y comenzaba a sentir un bajón de aúpa. Me senté en la cama, bebí algo de *whisky* y traté de amortiguar la caída. Dejé el botín sobre la cama.

—Entonces soy rico —dije en voz alta—, ¿verdad? Rico de cojones.

El teléfono comenzó a sonar.

Lillian.

—¿Cómo estás, cariño? —ronroneó.

—Molido es como estoy.

—Descansa, amor, ya lo haremos después.

—Claro.

—Todo está dispuesto, cielo.

—¿Sí?

—Oh, sí, duerme, cariño.

Me tumbé en la cama y pensé: «¿Me he perdido algo?».



Cabalgué sobre la actriz como si tuviese ganas. Ella se quedó asombrada de mi energía.

—¿Quién ha estado tomando sus vitaminas? —me dijo.

—Pues tengo más de donde vino esto —dije odiándome a mí mismo.

Me abrazó con fuerza. Sentí una especie de repulsión postcoito. En ese momento tomé una decisión: una semana más y pista. Me mudaría con Aisling y buscaría

tranquilidad.

—¿Has visto un juego de llaves sobre la mesa? —dijo Lillian.

—No.

—Ve a ver.

—¿Ahora?

—Por favor, cariño.

Me levanté y caminé desnudo hasta la mesa. Recogí un juego de llaves brillantes. Podía sentir los ojos de Lillian ardiendo sobre mi cuerpo. Regresé a la cama.

—¿Éstas?

Con el rostro resplandeciente, me dijo:

—Son de un BMW.

—Qué bien.

—*Tu* BMW.

—¿Cómo?

—Ha llegado hoy. Espero que te guste en rojo.

Odio el puto rojo.

—Es mi favorito —repliqué.

—Oh, amor, esto es sólo el principio. Voy a malcriarte como una loca.

—No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo.

Se tendió de espaldas y supe que tendría que ganarme esas llaves.

Estaba bajando las escaleras cuando me crucé con Jordan, que subía. Llevaba una bandeja de plata con una gran pila de cartas encima.

—Facturas, ¿eh? —Dije.

—Correo de los admiradores.

—¿Qué?

—Todos los días, de su público.

—¿Por qué estás tan seguro de que son cartas de admiradores?

—Porque las escribo yo.

Al anochecer llamé a Aisling. Me prometió una cita «oirish^[8]».

—¿Qué es eso?

—Bueno, tienes que

beberte un Black Velvet

comer estofado irlandés

escuchar a Clannad

y

acostarte con una tía buenísima.

—Suenan estupendo.

—Lo es.



La tarde siguiente me fui de compras. Ya era hora de fundir un poco de pasta. Primero, una vuelta por el centro, donde hay una joyería fantástica. Chris Brady, el propietario y yo nos conocíamos hacía tiempo. Tiene la misma pinta que Errol Flynn: una gran dosis de encanto y movimientos gráciles. Me recomienda libros que debería leer. Cuando era casi un ciudadano limpio, Chris me había ayudado en mi educación. Luego me aparté del buen camino. Al principio no me reconoció.

—¿Mitch? —Cayó en la cuenta después de un rato.

—El mismo.

Dio la vuelta al mostrador y me plantó un enorme abrazo. De todas las cosas que soy, seguro que abrazable no. Donde yo crecí, si tocas a otro hombre pierdes ese brazo.

—Estoy encantado de verte —dijo.

Le creía.

Le conté lo de Aisling y mis planes de boda.

—Sé exactamente lo que necesitas —respondió.

Desapareció en la trastienda. En la radio sonaba *Beds are burning*, de Midnight Oil. Una melodía pegadiza.

Había un *Evening Standard* sobre una silla, primera edición. En primera página, la foto de Gant. Pasé las páginas y le eché un vistazo a la noticia. Se sospechaba que era algo relacionado con un trato por drogas.

Chris regresó.

—Éste es un anillo de boda irlandés conocido como «Corazón en las manos», o anillo de *Claddagh*.

Me gustó. Le eché un ojo al precio.

—Oh-oh... —exclamé.

—No te preocupes por eso —dijo Chris, y me hizo el cincuenta por ciento de rebaja.

Me detuvo en la puerta antes de irme.

—Espera un poco, tengo un libro para ti.

Sacó un volumen delgado. *Izzy Baia*, de Kevin Whelan.

—¿Es bueno? —pregunté.

—Magnífico.

Nos dimos la mano.

—Escucha, ven a cenar algún día. A Sandra le encantará verte.

Le aseguré que iría. Ambos sonreímos ante aquella mentira descarada. Algunos amigos no te juzgan por las mentiras que les cuentas.

Mientras me alejaba del centro con el anillo a buen recaudo en el bolsillo, fui

canturreando mentalmente una canción: *Hearts in armour*, de Trisha Yearwood.
Me entristeció, pero no de forma preocupante.

A la mañana siguiente fui a Regent Street. Me había prometido a mí mismo que si alguna vez tenía dinero, compraría zapatos. No cualesquiera, sino Weejun. El dependiente iba mejor vestido que mi agente bancario. Compartían, sin embargo, la misma expresión de desprecio en el rostro.

—¿Cómo puedo ayudarle, señor?

—Para empezar, podría hablar normal.

¿Dónde aprenden esa mierda? ¿Hay una escuela donde les instruyen en el arte del sarcasmo y la arrogancia?

—Un par de Weejun, talla diez, color canela... ¿Tienen?

Tenían.

Me los puse y ascendí al cielo de los zapatos.

—¿Son del agrado del señor?

—Pistonudos. Me llevaré otros dos pares en negro y marrón.

La factura era de agárrate y no te menees. Tragué saliva.

—¿Al contado o tarjeta? —me preguntó Cara de Vinagre.

Dejé caer un fajo de billetes.

—Sírvase a gusto —contesté.

Después intentó el timo de los zapatos.

—Esos zapatos requieren una limpieza especial.

Empezó a apilar tubos sobre el mostrador.

—*Nah*.

—¿Señor?

—No hay nada mejor que un escupitajo y un trapo.

—Como desee el señor.

Cogí mis bolsas.

—Te echaré de menos, colega.

No respondió.

Cuando vas de tiendas, hay que hacer alguna parada de avituallamiento. El descanso obligatorio para un café de diseño. Me lo podía permitir.

Escogí The Seattle Coffee Company. Los domingos tenían nueve tipos diferentes de café. Pedí un *latte*. Sólo con decirlo uno se siente estúpido. La dependienta tenía pinta de descarada. La etiqueta de la camisa decía que se llamaba Debi.

—¿Quiere algo más en el café, señor?

—Claro —contesté—, échale un buen chorro de *whisky*.

Esbozó una sonrisa tolerante.

—Tenemos vainilla, grosella y jarabe de arce.

—Guau, Debi. Sólo la cafeína.

Me desplomé en un sofá y agarré un periódico. El café sabía a espuma y aire. Leí cosas sobre los *Heshers* —treintañeros amantes del heavy metal— y *Tweakers* —

quinceaños adictos a las metanfetaminas, más conocidas como cristal o *speed*. Los fines de semana salen con la panda y:

Merodean una y otra vez por los mismos centros comerciales y las mismas salas de máquinas recreativas.

Colocándose
emborrachándose
montando, bulla
o peleas.

Cualquier cosa para matar el aburrimiento.
Sólo hacían una pausa para

ir a la cárcel
abortar
o suicidarse.

Dejé el periódico a un lado. La dependienta se acercó.

—¿Quiere una tarjeta de fidelidad?

—¿Qué?

—Cada vez que venga le perforamos la tarjeta y, tras la décima visita, obtiene un café gratis.

—No me va la fidelidad.

—¿Disculpe?

—No te ofendas, Debi, pero eres demasiado joven para perforarme la tarjeta.

Una vez fuera, un tipo me preguntó si quería pillar chocolate. Miré alrededor. A nadie parecía preocuparle que desplegara su negocio abiertamente y a la luz del día.

—¿Tienes tarjetas de fidelidad? —le pregunté.



Cuando llegué a casa de Aisling, el corazón se me salía del pecho.

—¡Guau! —exclamé cuando me abrió la puerta. Llevaba puesto un vestido de tubo. Parecía una de esas combinaciones que estilizaban. Mis ojos se detuvieron en el escote.

—El milagro del Wonderbra —dijo.

Cómo no, repliqué:

—*Wunderbar*.

Una vez dentro, nos besamos hasta que me apartó, diciendo:

—Uf... que estoy preparando la cena.

—Yo también.

Sacó una botella de Jameson.

—Empecemos, *irish*: ¿te apetece una bien servida?

—Ni siquiera voy a fingir que tengo respuesta para eso.

Le di el libro que Chris me había regalado.

—Tuve que buscar por todo Londres para conseguir un autor de Galway.

Ella soltó un chillido de éxtasis.

—¡Kevin Whelan! ¡Me encanta!

—Y...

Saqué la cajita. La cogió muy despacio y la abrió con cuidado.

—¡Oh, Dios mío! —Era de la talla exacta.



El aroma de una comida exquisita flotaba desde la cocina.

Mientras, le eché un vistazo a un poema enmarcado sobre la pared. Era de Jeff O'Connell.

Decía:

SUFRIDO NAUFRAGIO

Buscó el preciso instante

en que una emoción se convierte en la opuesta,

como si pudiera encontrar una explicación

que excusara la crueldad de su trato hacia ella.

Me produjo una sensación sobrecogedora. Era como si me hubiesen leído la palma de la mano.

—¿Qué opinas? —me preguntó Aisling.

—Uf.

—¿Qué quieres decir?

Quería decir, o eso pensé al menos, que alguien había pasado sobre mi tumba.

—¿De dónde es? —pregunté.

Oí cómo se reía antes de decir:

—Eso es tan irlandés...

—¿El qué?

—Contestar a una pregunta con otra pregunta.

—Oh.

—Es de Galway, de donde proceden los anillos de Claddagh. ¿No es extraño?

Lo que pensé es que era espeluznante.



Siguiendo con el tema irlandés, los Fureys interpretaban *Leaving Nancy* y nosotros hacíamos el amor a la tórrida manera internacional.

—¿Me quieres? —preguntó ella.

—Estoy llegando ahí.

—¿Y vas a casarte conmigo?

—Eso he dicho.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como sea posible.

Aisling se sentó.

—Oh, Dios mío, ¿lo dices en serio?

—Por supuesto.

Se marchó corriendo de la cama y volvió con champán.

—Ya sabes, íbamos a tomar Black Velvet.

—¿Sí?

—Que se joda la Guinness —dijo imitando mi voz a la perfección.

—¿Quieres que la boda sea a lo grande? —pregunté yo, intentando un horrible acento regional irlandés.

—Quiero que sea rápido.

El amor, o algo parecido, debió haberme convertido en un egoísta, un cabeza hueca o simplemente un gilipollas. O al menos lo parezco, al tratar de olvidar el hecho de que no me había vuelto a preocupar por Briony. Ni siquiera una llamada de teléfono.

Dos noches después, dormía profundamente en Holland Park. El teléfono tuvo que sonar varias veces hasta conseguir despertarme. Al final, cogí el auricular y musité:

—¿Qué?

—¿Señor Mitchell?

—Sí.

—Soy el doctor Patel.

—¿Quién...? Ah, sí... Dios, ¿qué hora es?

—Las dos y media... Es una emergencia... Briony.

Me incorporé como un rayo.

—¿Está bien?

—Parece que se ha tomado una sobredosis.

—¿Parece? ¿Qué haces, jugar a las adivinanzas?

—Lo hago lo mejor que puedo, señor Mitchell.

—Vale, vale, estoy en camino.

Pensé: «No hay mejor momento para darle caña a mi nuevo BMW». También

pensé que de ningún modo podía ser rojo. Ni siquiera Lillian Palmer compraría un BMW rojo.

Lo era. De un brillante puto rojo.

Bueno, al menos era de noche. ¿Cuánto podía notarse? Me lancé hacia las luces de Notting Hill Gate. Se deslizaba como la seda. Mientras esperaba a que cambiara un semáforo, un Mazda azul aparcó a mi lado. Estaba atestado de hermanos negros que escuchaban rap a toda pastilla. Yo tenía las ventanillas bajadas. El conductor del Mazda me señaló.

—Hermano, qué color más guapo.

Asentí. Él extendió el brazo y me pasó un canuto.

—Toma, que tienes que estar de bajón.

Lo cogí y le di una fuerte calada. La luz se puso verde y el conductor del Mazda pisó el acelerador.

—Que lo pases de puta madre.

La droga entró en mi sistema y se me emborronó la visión. Casi atropello a un ciclista en la rotonda de Elephant Castle. Me gritó un par de obscenidades.

—Tranqui, hermano —le contesté.

Cuando llegué al St. Thomas, aparqué en la zona reservada para los médicos. Un tipo de uniforme salió gesticulando y gritando:

—¡Eh!

—¿Sí?

—Esto está reservado para los médicos.

—Yo soy médico.

—¿Eh?

—¿Cuánto fumas al día? Dios mío, hombre, mira qué pálido estás. ¿Cuándo te has hecho el último ECG?

—Yo...

—Y deja ya las hamburguesas o no durarás seis meses.

Pasé deprisa junto a él. Aunque con el colocón, lo mismo me estaba arrastrando.

Encontré a Patel en la UCI. No me tendió la mano y me acusó:

—¡Está drogado!

—¿Y?

—Bueno, me parece inapropiado.

—¿Está Briony consciente?

—No.

—¿Entonces qué coño importa?

No sabía que la ira estaba allí hasta que la oí salir. El viejo síndrome «matar al mensajero».

—Le hemos hecho un lavado, se había tomado setenta y nueve paracetamoles.

—¿Es que las contáis?

Mi saliva aterrizó sobre su bata blanca. Tenía los puños cerrados. Dos segundos

más y estaría machacándole. Patel empezó a retroceder.

—¿Le gustaría verla?

—Adivina, joder.

Tuve que disfrazarme para entrar en la UCI:

bata larga

maskarilla

botas de papel.

Me sentía como un extra de «Urgencias».

Briony parecía muerta. Estaba tan pálida como el color de la desesperación. Una máquina le ayudaba a respirar.

Sostuve su mano mientras una enfermera me conseguía una silla.

—Puede usted hablarle —me dijo la enfermera.

—¿Podrá oírme?

—Quizá.

—Sería la primera vez.

—¿Perdone?

—Nunca me escucha.

Murió pasadas las seis. No llegó a ver el amanecer. Después, Patel me llevó a su oficina.

—Puede fumar si lo desea.

—Gracias.

—Lo siento muchísimo.

—Es igual.

—Yo... sentía por ella... yo...

—Oiga, doctor... no quiero oírlo, ¿vale?

—Por supuesto.

Resuelto el papeleo, el doctor dijo:

—Querrá enterrarla en el panteón familiar.

Solté una risotada cargada de malicia.

—El panteón familiar es una caja de zapatos.

—Oh.

Bajó la cabeza. Rebusqué en mi bolsillo, saqué un buen fajo y lo dejé sobre la mesa.

—Incinérela. ¿No es lo que hacéis los indios? Luego meta sus cenizas en una urna y por fin será suya.

Ya me iba cuando me preguntó:

—¿Y su perrito?

—Perdió la cabeza. Es un rasgo familiar.

En la recepción, una enfermera me llamó.

—¿Señor Mitchell?

—¿Sí?

—Lo siento mucho.

—Claro.

—¿Quiere su impermeable?

—¿Qué?

—Estaba envuelta en un chubasquero... ¿Quiere llevárselo?

La observé durante un momento y contesté:

—Era más o menos de su constitución. Quédeselo.

Me di la vuelta para irme.

—Es Gant —dijo ella.

—¿Cómo?

—El impermeable, es un Gant, una marca americana... Una marca muy cara.

No podía enfrentarme a eso en aquel momento, así que me despedí con la mano y salí. En el exterior traté de encender un cigarrillo. Mis manos bailaban un fandango. Al final lo tiré y me dirigí al coche.

Échale la culpa a los sucesos de los últimos días, qué coño, de las últimas

semanas, o a la droga, al alcohol, al impacto de la muerte de Briony o a que no soy más que un estúpido hijo de perra. Sea como fuere, era incapaz de responder a dos preguntas:

¿Quién encontró a Briony?

¿Quién la trajo al hospital?

No, estaba concentrado en minucias. En arremeter contra el primero que se acercara.

El del uniforme se acercó paseando. Me fijé en sus pantalones brillantes.

Eran un reflejo de lo limpio de su alma. El milagro de la limpieza en seco no se había filtrado en la suya. Se cruzó de brazos y no habló. Bien, pensé. Que te jodan, Jack.

Llegué al BMW. A lo largo del guardabarros, rayado en letras enormes, se podía leer:

JILIPOLLAS

—¿Y tú te haces llamar guardia de seguridad? —Le dije.

—¿Por qué no? Tú te haces llamar médico.

Una rabia pura e irracional me atravesó de arriba a abajo. Lo que me jodía de verdad era que el autor no supiera deletrear.

—Y no tienes ni idea de quién ha podido ser... —inquirí.

Me dirigió una sonrisa llena de dientes.

—Nop.

La rabia se evaporó. No tenía sentido molestarse. Me metí en el coche y salí pitando de allí. Aún puedo ver su cara consternada y despreciativa por haberlo dejado estar. Yo también me quedé decepcionado conmigo mismo.

Pasé el resto del día vagando como un fantasma de *pub* en *pub* por el sudeste de Londres. Bebí y bebí pero no llegué a tocar fondo.

Más tarde, en Holland Park, me quedé dormido con la ropa puesta. Me desperté a tiempo para encontrarme a la actriz haciéndome una mamada. Se detuvo y dijo:

—No te preocupes, querido, ya casi hemos terminado.

En ese momento pensé que se refería a llevarme al clímax. Como con casi todo, estaba irremediabilmente equivocado.

6

A la mañana siguiente me afeité, me duché y me puse ropa limpia.

Si no puedes sentirte mejor, al menos siéntete limpio. Me preparaba para irme a trabajar con un chute doble de cafeína y nicotina cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Mitch.

—¿Eres tú, Jeff?

—Sí, escucha, amigo, estoy consternado por lo de Bri.

—Gracias.

—Escucha, colega, necesito hablar contigo.

—Vale.

—A las ocho de la tarde en el Charlie Chaplin.

—Allí estaré.

Colgué el auricular y pensé: «¿Había algo más en su tono?».

Me encogí de hombros. Jeff no. Qué va, era mi amigo. Joder, él y yo habíamos pasado por mucho juntos.

En el exterior, Jordan se dedicaba a sus labores de jardinería.

—Tus talentos no tienen fin, ¿eh?

Levantó la mirada pero no contestó. Me acerqué al BMW. Las marcas habían desaparecido.

—No podía permitirlo —dijo Jordan.

—¿Lo reparaste tú mismo?

—En efecto.

—Joder, eres fantástico.

—Como siempre, señor Mitchell, se empeña en remarcar lo obvio.



Mis planes de matrimonio requerían un certificado de nacimiento y pelotas. Tenía una de las dos cosas y esperaba conseguir la otra. Para la cita con Jeff me puse la chaqueta Gucci, pensé en llevarme un arma y decidí que no. No cogí el BMW: allí me lo robarían en tres segundos. Paré un taxi.

—Al Charlie Chaplin, en Elephant —le dije al taxista.

Durante un rato, éste no dijo nada.

—¿Sabe por qué se llama así? —me preguntó al fin.

—Tengo la sensación de que usted va a contármelo.

—Porque Charlie nació por allí mismo, en Kennington.

No contesté para no animarlo. El tipo, sin embargo, no se desmoralizó.

—¿Sabe quién más vive allí?

—No.

—¡Greta Scacchi!

—Yuju.

Cuando llegamos le pagué.

—Debería ir al concurso Mastermind —le dije.

—¿Quiere que le espere?

—Paso.

Me dio una tarjeta.

—Llámeme otro día.

La rompí en pedazos antes de entrar en el *pub*. Jeff estaba sentado en la barra con una pinta de Guinness en la mano.

—¿Llevas mucho esperando? —Le dije.

—No.

—¿Qué tienes en mente, Jeff?

Éste inhaló una larga bocanada de aire.

—El tipo ese, Kerrkovian, ha desaparecido.

—Que le den.

—Brindo por eso, pero el chico también ha desaparecido.

—¿El chico?

—El punk, el que te cabreaba tanto.

—¿Y?

—Y, que andaba por ahí con Kerrkovian.

Pedí una bebida y me lié un cigarrillo.

—Suéltalo ya.

—¿Has tenido algo que ver?

—No.

Apuró su pinta y se levantó.

—A la gente le gustaba ese chico. Se rumorea que te lo has cargado.

—Gilipolleces.

—La cosa es, Mitch, que en cuanto entierres a tu hermana, sería aconsejable que te mantuvieras alejado del sur de Londres.

Me llevó un momento encajar las piezas.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy entregando un mensaje.

Desde mi perspectiva, me pasaba todo el día recibiendo mierda de la gente.

—Aquí está mi contestación.

Lancé el puño muy rápido, le alcancé bajo el mentón y se derrumbó de espaldas contra la barra. Me di la vuelta y caminé hacia la salida.

Ni rastro de un taxi. Casi llegué a considerar el reunir los trocitos de la tarjeta.



Al día siguiente me dolía la mano de narices. Los nudillos estaban pelados y magullados. Los limpié bien y después les puse antiséptico.

¿Me escoció?

La hostia. Dejé caer la botella, eché la cabeza atrás y aullé como un hijoputa.

Me puse el mono y me miré al espejo. Parecía un pandillero de baja estofa. Un vividor sin contactos.

Bajé a la cocina y me llegaron deliciosos aromas. Jordan estaba cocinando.

—¿Tiene hambre?

—Como un lobo.

Saqué una silla y él me sirvió un café que ardía.

El olor era una maravilla. Tenía miedo de probarlo. ¿Cómo podría igualar el sabor al olor? Jordan me colocó un plato delante con huevos revueltos y tiritas de beicon crujiente. Me puse un montón de ello sobre una tostada bien cargada de mantequilla y le di un mordisco. Jo, tío, como la infancia que nunca tuve. Jordan se sentó y empezó su ración. Comía como un demonio, como si tuviese dentro un fuego que no podía alimentar. Terminó muy rápido.

—Vaya, veo que lo necesitabas —le dije. Él asintió con frialdad—. No estás de humor esta mañana, ¿eh?

—Tengo la agenda apretada.

Se levantó, se dirigió a un cajón y sacó un sobre grueso.

—No ha cobrado lo suyo.

—¿Qué?

—Aún está en nómina. —Me miró lentamente—. A menos que haya considerado dimitir.

Se me pasó por la mente decirle que me largaba de allí en un segundo.

—Por supuesto que no —dije en cambio.

—La señora y yo —me dijo mientras se disponía a aclarar los platos— estaremos fuera todo el viernes. ¿Puedo confiar en usted para cuidar la casa?

—Para eso me pagáis. ¿De qué se trata? ¿Una cita cachonda?

—La señora será entrevistada para *Hello*, como preparación para su regreso.

—Supongo que habrá que desearle mala suerte.

—No creo en la suerte.

—Por supuesto que no... ¿Tú crees en algo?

Se quedó sorprendido.

—En la señora. Sólo creo en la señora.

Como las otras veces, me decía ni más ni menos que la verdad. Como de costumbre, no presté la debida atención.



Conduje hasta Kensington High Street. A pesar del color del BMW, me encantaba el motor. Fui a la oficina de registro y solucioné el papeleo. En diez días estaría casado.

Para celebrarlo, entré en Waterstone's y compré *El diablo vuelve a casa*, de Derek Raymond.

Encajaba.

Después, en una cafetería, pedí un capuchino largo sin canela. Conseguí un asiento confortable cerca de la ventana y me dispuse a leer. Asentí totalmente de acuerdo con frases como:

Uno de esos hoteles del West End donde te asaltan en cuanto abres la boca.

Joder, me encantó.

O un sueño del protagonista, como éste. Su difunto padre dice:

—Seca la lluvia de los nombres de nuestras lápidas, allá en la iglesia —dijo con suavidad—, con el dedo índice. Te asegurarás de hacerlo, ¿verdad, hijo?



Desde las sillas altas de una terraza, otra gente nos miraba. También estaban muertos.

Dejé el libro, tomé un sorbo de café y pensé en Briony. De pequeña solía decirme: —¿Cuidarás de mí, Mitch?

Le prometí que lo haría con toda la fuerza y la sinceridad vacías de un chico de siete años.

Me levanté y me marché deprisa. Conduje hasta la casa de Aisling.

Derek Raymond decía que cuando sueñas con lluvia es señal de muerte. En ese momento llovía. Briony, con doce años, gimoteaba:

—Me quedaría desnuda de pie en la nieve sólo para mirarte.

Uf.

Sólo más tarde me daría cuenta de que me había olvidado a Derek Raymond junto a la ventana de la cafetería. Puede que le gustara eso, escuchar la lluvia, aspirar el rico aroma de las infusiones recién hechas.



Pasé la tarde en la cama con Aisling.

—¿Te ha gustado? —pregunté después.

—Psé.

—¿Qué?

—Es broma, ha sido mágico. Quisiera quedarme aquí tumbada para siempre, sintiéndome como el gato que consiguió la leche.

La lluvia golpeaba fuerte el tejado.

—Menos mal que estamos dentro.

—Sería mejor que estuviésemos dentro el uno del otro.

Eso ni se discute.

Aisling sostuvo la mano izquierda en alto para que le diera la luz.

—¿Ves el anillo, cómo refleja la luz?

—¿Sí?

—¿Ves la parte superior del corazón?

Miré. Parecía un pequeño corazón dorado.

—¿Y?

—Está mellado.

Me incorporé como el rayo.

—Estás de broma. Voy a patearle el culo a Chris.

—No... no, me gusta así. Es perfecto que tenga una diminuta imperfección.

—¿Sí?

—El defecto lo hace ideal.

No lo entendía.

—¿Es una de esas cosas irlandesas?

Se rió en alto.

—Es una de esas cosas de chicas.

—¡Perfecto!

La rodeé con mis brazos. Podía sentir su corazón golpeando contra mi pecho. Estuve a punto de decir «Te quiero».

Estaba justo ahí, mi cerebro y mi lengua sincronizados para pronunciar las palabras que nunca había usado, cuando ella dijo:

—¿Harías algo por mí?

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Peter Gabriel tiene una canción llamada *I grieve*.

—¿Y?

—¿La escucharías conmigo?

—Pero... ¿ahora?

—Sí.

—De acuerdo... pero... ¿estás bien?

—Éste es el mejor momento de mi vida.

—¡Uf! Entonces, demos paso a Peter Gabriel. Mientras escuchábamos la canción, ella sostenía mi mano entre las suyas, con rostro de embelesada concentración. No me disgusta Peter Gabriel, de hecho me encanta *Biko*, pero este tema no encajaba. La tristeza y el dolor de su voz y la letra te hacían añorar un trago de *whisky*. Al final terminó y ella me miró con eléctrica avidez.

—Y ahora —le dije—, ésta es una de esas cosas de irlandeses...

El martes por la tarde volví muy tarde a Holland Park. Vi *South Park* y no me hubiera importado adoptar a Kenny.

La actriz apareció en mi puerta.

—¿Puedo hacerte una visita?

—Estoy un poco machacado, Lillian.

—¿Machacado, como en «machacársela»?

Estuvo más cerca de lo que imaginaba. En la mano izquierda sostenía una botella y dos copas, cogida por el cuello como en las películas.

Borra eso. Como en las películas *antiguas*.

—¿Puede una chica invitar a una copa a su amigo?

¡Dios!

—Puede que un traguito.

Me pasó la botella.

—Es Dom Perignon —me dijo.

—Lo que sea.

Hice restallar el corcho con elegancia. La mayor parte del champán acabó en el suelo, como es obligado. La gente parece considerarlo parte del trato. De algún trato.

Lillian llevaba un traje de gala plateado. No bromeo, eso me dijo que era.

—¿Por qué? —pregunté.

—Pensé que un pequeño baile de salón sería original.

—¿Y has contratado una banda?

—Una orquesta.

Le miré a los ojos.

—Espero que estés de broma.

Sonrió, pícara.

—Yo no gasto bromas.

—¿Y qué, están apiñados en el pasillo? —Señalé la habitación—. Vamos a estar un poco justos.

—Está en el salón de baile.

Ni siquiera pregunté dónde estaba, pero pensé: «¿Cómo de grande es esta puta casa?».

Nunca la había explorado, pero el viernes, cuando estuvieran en la entrevista, pensaba recorrerla como un derviche. Sí, agitaría las ramas para ver qué frutas caían.

Entrechocamos las copas.

—*Slàinte* —dije.

—¿Y eso? —preguntó.

—Es irlandés.

Ella sacudió la cabeza con fingido disgusto.

—Una nación de bufones y charlatanes —sentenció.

—Vaya, qué lado tan inglés.

Se acercó más a mí.

—Permite que te enseñe el francés.

Se lo permití.

Su perfume olía a naftalina con cloro. Échale la culpa al champán, pero me corrí. Nada espectacular, debido al esfuerzo con Aisling. Fue más como un triste chorrito. Como la lluvia que cae en Creta.

—Tendremos que sacarle punta a ese lápiz —me dijo, limpiándose la boca.

—Me has agotado, es imposible que llegue al baile.

Se lo creyó.

—Ya bailaremos mañana. Ahora duerme, querido mío.

Cuando se hubo ido, me di una ducha con el agua ardiendo pero aun así no pude librarme de la sensación de su tacto. En la cama, traté de pensar en Aisling y no acordarme de Briony.

Fallé en las dos cosas.

8

La llamada se produjo a las dos en punto de la tarde del miércoles. Cogí el teléfono y dije «¿Sí?» después de:

—¿Señor Mitchell?

Era la policía.

—¿Conoce usted a Aisling Dwyer?

—Sí.

—Siento informarle de que ha habido un trágico accidente.

—¿Qué?

—Un trozo de papel en su bolso nos ha proporcionado su nombre y su número.

—¿Cómo está,

dónde,

cuándo,

oh, Dios?

Apunté la dirección del hospital Islington y conduje hasta allí.

No recuerdo la secuencia de hechos. Sólo que estaba muerta, resultado de un atropello y fuga en High Street. Un hombre se había quedado sosteniendo su mano hasta que llegó la ambulancia. Un rato después, alguien me dio un café. Sabía a la taza de plástico en la que venía. Después me entregaron el «sobre marrón». Sus posesiones.

Contenía:

dinero

un bolso

una tarjeta telefónica

un reloj

y ningún anillo.

Debió dejárselo en casa. Me sorprendió que se lo quitara.

La mañana del jueves temprano volví a casa. Bebí hasta que se apagaron las luces.

Desperté alrededor del mediodía del viernes. Dios, temblaba como un condenado. Mis dedos bailotearon de nuevo mientras trataba de liarme un cigarrillo. El sudor me caía en cascada por la frente y me escocía en los ojos. Sabía que un trago de *whisky* me calmaría, pero ¿lo haría del todo?

A la puta mierda.

Me acerqué a la pequeña nevera y cogí una lata de cerveza. Fosters.

¿Cuándo la compraría? O peor, ¿por qué?

Daba igual.

Quitó la anilla y la apuré de un trago. Me resbaló por la barbilla, empapando la camiseta. Luego, emulando a Richard Dreyfus en *Tiburón*, aplasté la lata y la lancé al otro lado de la habitación.

La cerveza hizo su trabajo y mi organismo se relajó. Me di una ducha, me afeite, me puse una camisa blanca y unos vaqueros negros limpios. Me arriesgué a mirarme en el espejo.

Como un camarero cutre.

Okey, hora de la incursión.

La casa estaba en silencio, se habían ido de verdad. Evité la habitación de Lillian. Ya me era demasiado familiar. Me llevó un rato localizar la de Jordan. Sabía que era la suya porque la puerta estaba cerrada con llave. Me impulsé con la pared opuesta y le propiné una patada voladora. Casi la saco de las bisagras.

Entré con precaución. Las trampas explosivas eran una posibilidad.

La habitación era espartana. Incluía un catre al estilo militar con el cabecero de barrotes.

Primero me dediqué a los armarios. Media docena de trajes negros, zapatos negros y camisas blancas. En el estante superior había una caja de zapatos que contenía una Casull calibre 454. Un arma muy hija de puta. No demasiado precisa, pero la carga que disparaba le haría un agujero a un elefante. Me la metí con cuidado en la cintura de los pantalones, sobre el trasero. Tres cajones más. El primero contenía ropa interior limpia y ordenada. El segundo, un montón de viejos programas de teatro, de obras de Lillian, por supuesto. Por último, un revoltijo de calcetines. Metí la mano en ellos y saqué un collar de perro.

—¿Cómo? —Dije.

Tenía sangre seca y un nombre: Bartley-Jack.

Antes de poder reaccionar, mi otra mano tocó un anillo. Lo saqué a la luz y el corazón mostró la pequeña imperfección que tanto admiraba ella. Me senté en la cama con la cabeza dando vueltas.

Creo que debí hacer algún ruido casi imperceptible, como cuando la gente bajo mucho estrés habla en alto sin ser consciente de ello. Todo el mundo lo hace pero algunos son más propensos. Yo nunca había sido más propenso que en aquel

momento. El sonido está por debajo del umbral del oído. Hace años, alguien lo llamó «pensamientos de la garganta». Por supuesto, cuanto mayor es el estrés, más alto es el sonido. El mío podía oírse a distancia.

—¡Ah —dijo una voz—, se cierra el telón!

Jordan estaba apoyado sobre la puerta destrozada con los brazos cruzados. Me llevó un momento encontrar mi voz, pero al final dije:

—¿Tú los mataste a todos...

Briony
el perro
Aisling?

Jordan asintió.

—Dios Todopoderoso... ¿A todos?

—Obstáculos.

—¡Qué!

—Para Lillian.

—Eres un jodido psicópata.

—Qué expresión tan trillada, cuán predecible.

Le disparé en las tripas.

Dicen que es el dolor más intenso del mundo. Tirado sobre la puerta, Jordan no lo puso en duda. Pasé sobre él y me agarró del tobillo.

—Termine.

—Que te jodan. —Y le arreé una patada en las pelotas—. Toma dos tazas.

Lillian estaba sentada en la cama, con un chal rosa cubriéndole los hombros.

Me sonrió.

—¿Qué era todo ese jaleo, cariño?

—Ha sido el mayordomo.

Levanté el arma con desgana y le apunté. Ella, con voz petulante, preguntó:

—Oh, tontorrón, venga... ¿Cómo se supone que he de reaccionar?

Mi turno de sonreír.

—Eres actriz —le dije—. Finge que estás asustada.



KEN BRUEN (Galway, Irlanda, 1951). Es uno de los más destacados escritores de novela policiaca de las dos últimas décadas. Pasó cerca de veinticinco años viajando por el mundo antes de comenzar a escribir a mediados de los noventa. Como profesor de inglés, Bruen trabajó en África del Sur, Japón y América del Sur.

Elogiado por su profundo conocimiento del lado oscuro de la Irlanda contemporánea, las novelas de Bruen se distinguen por su atmósfera sombría y su prosa concisa y cortante.

Entre sus trabajos más reconocidos se encuentra la denominada *White Trilogy* (1998-2000) y *The Guards* (2001), ganadora del premio Shamus y primera novela de la serie sobre Jack Taylor.

Bruen continúa viviendo y trabajando en Galway, junto con su esposa e hija.

Notas

[1] Versión británica de La Farola. <<

[2] «Take it easy» en el original. <<

[3] En español en el original. <<

[4] Juego de palabras intraducible entre la marca de *whisky* «Black Bush» y el anterior comentario sobre el autobús negro («black bus»). <<

[5] En el original, «toeing the line». Juego de palabras intraducible con el término «toe», dedo gordo del pie. <<

[6] Camberwell Carrot: Tipo de porro hecho con doce papeles de fumar popularizado en la película inglesa *Withnail y yo* (*Withnail and I*, 1987). <<

[7] Juego de palabras intraducible entre «Bucks fizz», una bebida alcohólica hecha con champán y zumo de naranja, y «butts», que literalmente significa culo o nalgas.

<<

[8] «Irlandés de boquilla». Término generalmente despectivo que se aplica a los que se enorgullecen de su condición de descendientes de irlandeses, pero que no conocen la cultura o el idioma propios de Irlanda. <<